
III.

En la canción de *Gesta* el carácter del Cid tiene toda la dignidad y el brillo que podía darle la Edad Media: natural era que este héroe tan generoso y tan leal fuese para la nación el tipo más noble del amor, del honor, de la caballería, de la religión y del patriotismo. El pueblo que lo envidiaba á los nobles, procuró apropiárselo, ya en parte, haciéndolo descendiente de la nobleza por su padre y villano solo por su madre (1), ya por completo, suponiéndolo hijo de un mercader de trapos (2), de un molinero (3), de un labrador (4).

Los poetas posteriores no encontraron nada que añadir al carácter del Cid, y los ro-

(1) *Crónica General.*, fól. 280, col. 1 y 2.

(2) *Crónica rimada*, vs. 869 y siguientes.

(3) *Cancion del Cid*, verso 3389 y siguientes.

(4) Romance «Tres cortes armára el rey.»

manceros del siglo XVI, que no comprendían tampoco la tradición y se engañaban frecuentemente sobre el sentido de las expresiones más usuales (1), disfrazaron completamente al héroe castellano, convirtiéndolo en un galán culto y decididor, como falsearon el tipo de Jimena, suponiéndola una señora romántica y sentimental. Los monges tuvieron más acierto en la ejecución; sus leyendas se distinguen por una sencillez encantadora.

El Cid no era para todos los monges el héroe favorito, como lo fué para los nobles y aldeanos, porque en general aquellos sostenían la dignidad real contra la nobleza. Alguna vez en verdad aparecían poco respetuosos para con los reyes; el lenguaje que el antiguo poeta Gonzalo de Bercé o atribuye á Domingo de Silos, cuando habla al rey Garcia, no difiere mucho del empleado por los caballeros en los romances (2). Pero solo en circunstancias excepcionales hablan así; de ordinario estaban en favor del rey que los

(1) Hé aquí un ejemplo: en las composiciones antiguas Gomez de Gormaz es llamado «el conde lozano, el conde vigoroso, robusto,» pero los romanceros modernos han tomado este adjetivo por un nombre propio, el conde Lozano.

(2) «Vida de Santo Domingo de Silos,» copla 127 y siguientes.

protegia contra la nobleza y reconstruía sus claustros saqueados y quemados á menudo por los grandes señores (3). Sin embargo, el Cid llegó á ser el héroe favorito de los monges de un convento benedictino, del de San Pedro de Cardaña. Allí todo recordaba su memoria; allí se encontraba su sepulcro, su bandera, su escudo, su copa de cristal violeta, la cruz que llevaba sobre el pecho, y contenia, segun era fama, un pedazo de la verdadera cruz; uno de los cofres que dejó en prenda á los judíos de Búrgos y otras muchas reliquias, más ó ménos apócrifas. No contentos con poseer el sepulcro del Cid, los monges de Cardaña, disputaron á los de San Juan de la Peña el honor de poseer el de Jimena; enseñaban hasta los huesos de esta señora, «pero son tan grandes, dice Sandoval, que causan miedo y parecen más bien los de un hombre que los de una mujer.» Pretendieron tambien que en su iglesia reposaban el padre y la madre del Cid, sus dos hijas, su hijo Diego, su yerno Sancho de Aragon (enterrado en San Juan de la Peña, y no casado con una hija del Cid), su nieto, el rey Garcia de Navarra (enterrado

(3) Véase por ejemplo á Sandoval, «San Pedro de Slonza,» fól. 37.

en la catedral de Pamplona), el obispo Gerónimo, cuyo sepulcro está en Salamanca y por último el conde D. Gomez de Gormaz y su esposa, parientes de Jimena, segun los romances (1). Como se vé San Pedro de Cardeña se hizo un verdadero panteon consagrado á todos los personajes, reales ó fabulosos, que habian tenido algunas relaciones con el Cid de la realidad ó el de la poesía popular; y si este número de sepulcros donde suponian que reposaban individuos enterrados en otra parte, ó que quizás no existieron nunca, no habla muy alto en favor de la buena fé de los monges, prueba al ménos que entre ellos la memoria del Cid era muy respetada, cosa que acreditaron tambien con sus leyendas.

La más antigua de éstas era la del leproso, que se encuentra en la *Crónica rimada* (2), y tambien en la *general*. (3) Hay algunas diferencias entre estos dos relatos; el autor de la *rimada* siguió sin duda la tradicion oral, y la *general* la tradicion consignada en la leyenda de Cardeña; hé aquí el fondo de estas dos narraciones.

Llegado á un vado, Rodrigo encontró á

(1) Véase Sandoval, «San Pedro de Cardeña,» al fin.

(2) Versos 577 y 579.

(3) Fóllo 281.

un leproso, embarrancado en el fango y rogando á los pasajeros que lo sacasen de allí y lo ayudasen á pasar el rio. Todos huyeron del contacto de este desgraciado; pero el Cid tuvo piedad de él, lo tomó de la mano, lo envolvió con su manto, lo colocó sobre un mulo y lo condujo al sitio donde iba á acostarse. Al acabar el dia lo hizo sentar á su lado y lo invitó á comer con él en la misma escudilla, mientras los otros caballeros, temerosos de que la lepra hubiese caido en sus platos, se apresuraron á abandonar la habitacion. Llegada la noche Rodrigo compartió su cama con el leproso; se acostó con él y se taparon con la misma sábana. A la media noche, Rodrigo fué despertado por un viento muy fuerte, que sintió en sus espaldas. No encontrando al leproso y habiéndole llamado en vano, se levantó y fué á buscar una luz; pero el leproso habia desaparecido. Rodrigo se volvió á acostar dejando la luz encendida; un hombre, vestido de blanco, se acercó á él y le preguntó:—¿Duermes Rodrigo?—No, respondió el caballero, no duermo: pero, quién eres tú que esparces tanta claridad y un olor tan suave?—Soy San Lázaro. Sabe que era yo el leproso á quien has honrado y hecho tanto bien por amor de Dios, y que éste quiere, para recompensarte,

que cada vez que sientas el viento de esta noche, lèves á feliz término todo lo que emprendas. Tu honor crecerá de día en día; moros y cristianos te temerán; serás invencible, y cuando mueras, morirás honrosamente.

Cuando se considera la aversion que los leprosos inspiraban en aquella época, en que se miraba la lepra como un castigo de Dios, es imposible dejar de admirar esta conmovedora leyenda, llena toda del espíritu del Evangelio.

No contentándose con un solo milagro, inventaron otros muchos. Un monge de Cardeña los consignó por escrito bajo el pseudónimo de Abenalfarax (1): hé aquí lo que cuenta:

Cuando el Cid tendido en su lecho, pensaba en rechazar á Bucar, hijo del rey de Marruecos, que marchaba contra Valencia con un grueso ejército, apercibió de repente una gran claridad, sintió un olor suave y vió delante de sí un hombre, con vestidos blancos como la nieve. Era San Pedro: — «Vengo á anunciarte, dijo, que solo te quedan treinta dias de vida; pero Dios quiere hacerte la merced de que tus compañeros derroten la

(1) Véase más arriba.

rey Bucar y de que aún despues de muerto, quedes vencedor en esta batalla. Dios te enviará á Santiago para ayudarte; mas antes harás penitencia de todos tus pecados; por mi amor y por el respeto que has tenido siempre hácia mi iglesia, situada á orillas del Arlanza (1), Jesucristo consiente que se cumpla lo que te pronostico.» El Cid muy alegre con lo que acababa de oir, se levantó para besar los piés del Apóstol, mas este le dijo:—«No te tomes ese trabajo porque no podrás llegar hasta mí; tén la seguridad, sin embargo, de que todo lo que te he pronosticado, se cumplirá.» Dicho esto, el apóstol se remontó al cielo.

Al dia siguiente por la mañana, el Cid reunió á todos sus caballeros en un castillo y les dijo:—«Solo me quedan treinta dias de vida, estoy seguro de ello, porque hace siete que me persiguen visiones; veo á mi padre Diego Laynez y á mi hijo Diego Ruiz, y cada vez que se me aparecen, me dicen: «Has estado mucho tiempo ahí; ven á reunirte con nosotros en la morada de los bienaventurados.» Ahora bien, sabeis que el rey Bucar viene á atacaros con fuerzas tan considerables que no podreis defender á Va-

(1) San Pedro de Cardeña.



lencia; sin embargo, con la ayuda de Dios los vencereis en batalla campal. Doña Jimena y todos vosotros os salvareis y antes de abandonaros, os diré lo que teneis que hacer.» Cuando hubo acabado de hablar se sintió malo; sin embargo fué á la iglesia de San Pedro, y á presencia de los caballeros, de las damas y del pueblo confesó todos sus pecados y errores al obispo Gerónimo, quien le dió la absolucion depues de imponerle una penitencia. Luego se despidió de todos y vuelto á entrar en el castillo, se acostó para no volver á levantarse. Cada dia se sentia más débil y cuando ya solo le quedaban siete de vida, mandó llamar á Jimena y á Gil Diaz, les suplicó que le trajesen el bálsamo y la mirra, que le regaló el sultan de Pérsia, á quien habia llegado la fama de sus expediciones. Tomó una cucharada de estas sustancias, que mezcló en una copa de oro con agua de rosas. Desde entónces no tomó otro alimento que una cucharada diaria de bálsamo y de mirra; su carne se hizo entónces más bella y más fresca, pero sus fuerzas disminuyeron por instantes.

La vispera de su muerte llamó á Jimena, al obispo Gerónimo, á Alvar Fañez, á Pedro Bermudez y á Gil Diaz, y cuando estuvieron todos reunidos alrededor de su lecho, les

habló de este modo:—«Cuando deje de vivir, lavareis muchas veces mi cuerpo y lo ungireis de la cabeza á los piés con el bálsamo y la mirra que quedan en esos botes. Vos, doña Jimena, no griteis cuando exhale el último suspiro, é impedid á vuestras damas que lo hagan, pues conviene que los musulmanes no se aperciban de mi muerte. En cuanto llegue el rey Bucar junto á la ciudad y querais volveros á Castilla, advertidsele á vuestros soldados, exigiéndoles el secreto á fin de que no se entere ningun moro del barrio de al-Cudia, y haced cargar las caballerías con todo lo que merezca llevarse. A tí, particularmente, Gil Diaz, encomiendo este cuidado: luego colocarás mi cuerpo armado de punta en blanco sobre mi caballo Babieca, atándolo de modo que no pueda caerse y me pondrás la espada tizona en la mano: hecho esto podeis combatir al rey Bucar, seguros de vencerle, pues Dios me ha prometido que, despues de mi muerte alcanzaré una gran victoria.»

Al dia siguiente el Cid dictó su testamento y á las seis, cuando sintió su fin aproximarse, suplicó al obispo que le diese el cuerpo del señor, lo recibió con mucha uncion y habiendo pronunciado una corta oracion,

entregó su alma al Eterno. Sus amigos lavaron dos veces su cadáver con agua caliente y una con agua de rosa: luego lo embalsamaron, siguiendo sus instrucciones.

Tres días despues, Bucar levantó sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia y colocó en la avanzadas, muy cerca de la muralla, un cuerpo de doscientas negras que llevaban la cabeza afeitada, á excepcion del moño, en cumplimiento de un voto. Durante doce días los compañeros del Cid defendieron denodadamente la ciudad, y al décimo tercio, cuando hubieron preparado todo, como su jefe se lo habia ordenado, emprendieron, á media noche, el camino de Castilla. La vanguardia, mandada por Pedro Bermudez, que llevaba la bandera del Cid, se componía de cuatrocientos caballeros: otros tantos quedaron cuidando de las caballerías; detrás venia Babieca, sobre cuyos lomos habia colocado Gil Diaz, por medio de una máquina muy ingeniosa, el cadáver del Cid que, con el escudo al cuello, el yelmo en la cabeza y la espada en la mano, parecia vivo: la cara tenia buen color, los ojos estaban abiertos, la barba peinada con esmero.

A un lado marchaba el obispo Jerónimo, al otro Gil Diaz: cien caballeros escogidos formaban la escolta. Jimena, y sus damas,

acompañadas de seiscientos caballeros, cerraban el cortejo, que empezó á desfilarse con solemne lentitud y en profundo silencio.

En el momento de abandonar la ciudad los últimos castellanos salía el sol, y entónces Alvar Fañez, que tenia ya colocados á sus soldados en órden de batalla, cayó sobre la division más próxima á las murallas, que era la de las negras (1), y le mató un ciento antes que tuviese tiempo de armarse y montar á caballo: las demás resistieron sin embargo el ataque de los enemigos, y muy diestras en el manejo del arco, causaron gran estrago en las filas cristianas; pero muerta la que hacia de jefe emprendieron la fuga (2). Los cristianos atacaron el grueso del ejército musulman cumpliéndose entonces la prediccion de San Pedro, pues los moros se creyeron atacados por sesenta mil caballeros vestidos de blanco y mandados

(1) El conjunto del relato indica suficientemente que debe leerse *aquellas moras* en vez de *aquellos moros*.

(2) La leyenda dice sobre esta materia (general fol. 362): «La historia dice que esta negra manejaba el arco turco con una destreza maravillosa y que por esta razon la llamaban en árabe *nugueymat turya* que quiere decir: estrella de los arcos de Turquía. Parece que el legendario que presenta su trabajo como traducido del árabe, ha querido colocar una expresion tomada de esta lengua; sin embargo no la comprendo porque *Nugueymat Alzuraya* no significa estrella de los arcos de Turquía, que en todo caso seria un contrasentido, sino la pequeña estrella de las pleyadas.

por un hombre de elevada estatura, montado sobre un caballo blanco, un estandarte del mismo color en la mano izquierda y una reluciente espada en la derecha.

Espantado de este extraño espectáculo, emprendieron la fuga y mientras la retaguardia del ejército cristiano hizo alto en una gran llanura, las tropas de Alvar Fañez y Pero Bermudez persiguieron á los moros, obligándolos á embarcarse con tanta precipitacion que se ahogaron diez mil. Saqueado el campamento enemigo, los vencedores se unieron á sus compañeros y continuaron juntos su camino á Castilla en pequeñas jornadas. Llegado á San Pedro de Cardeña, en vez de dar sepultura al cadáver, lo colocaron en una silla de marfil á la derecha del altar, con la cabeza apoyada sobre una almohada de púrpura y cubierto el cuerpo con un traje de la misma tela: la mano izquierda del Cid descansaba en su espada tizona y la derecha en los flecos de su manto: sobre el cadáver se elevaba un magnífico dosel con sus armas y las de Navarra y Castilla. El abad D. García Tellez y Gil Diaz fundaron un aniversario y, cada vez que se celebraba, vestían y alimentaban un gran número de pobres. En el dia en que se festejaba el séptimo aniversario, hallándose desierta la igle-

sia por no caber la numerosa multitud que á ella concurría, y en la que abundaban los moros y judíos, el abad se vió precisado á dirigir su voz á los fieles en la plaza pública. En esta ocasion entró un judío en la iglesia para ver al Cid y encontrándose solo en ella, dijo para si: he aquí el cadáver de este Rodrigo Diaz á quien nadie tocó la barba durante su vida; voy á tirarle de ella á ver lo que sucede; veamos si me hace algo. Mas, cuando iba á ejecutar su designio, Dios envió su espíritu al Cid y entonces la mano derecha del cadáver empuñando á Tizona la sacó un palmo fuera de la vaina. El judío cayó de espaldas dando gritos espantosos; el abad interrumpió su sermón y, precipitándose en la iglesia, seguido de sus oyentes, encontró al judío tendido en las losas sin conocimiento, y fijando los ojos en el cadáver, notó que la mano derecha habia cambiado de postura. El judío á quien volvieron á la vida rociándole la cara con agua, refirió el milagro que habia presenciado, y profundamente conmovido se convirtió á la fé.

A los tres años el cadáver comenzó á entrar en putrefaccion y lo enterraron; el féretro fué mudado de sitio en diferentes ocasiones y en la última, en 1541, lo abrieron.

Un olor suave se esparció pronto alrededor y hallaron al lado del cadáver, envuelto en un vestido morisco, una lanza y una espada. Sufrian una gran sequía en aquella época y de muy atrás se venian haciendo rogativas para que lloviese, y en cuanto el sepulcro fué destapado, empezó á caer una abundante lluvia en toda Castilla, no obstante haber mucho tiempo que no caia una gota de agua en algunos distritos: este milagro salvó al país del hambre.

A medida que pasaban los dias, el Cid iba ganando opinion de santo en la conciencia popular: los soldados procuraban pedazos de su ataúd, creyéndolos poderosos preservativos contra los peligros de la guerra; faltábale solo la canonizacion en forma y esta la reclamó Felipe II. Los acontecimientos de la época obligaron al embajador español á abandonar á Roma de improviso, y las negociaciones quedaron interrumpidas. Es, sin embargo, digno de llamar la atencion que fuera el sombrío y austero Felipe II quien pidiese que se colocara el Cid en el catálogo de los santos: al Cid mas musulman que católico y que aún en su tumba llevaba un vestido árabe; al Cid á quien el poderoso monarca hubiese hecho quemar por sus iniquidades como herético y sacrílego, si hubiera vivido bajo

su reinado; al Cid á quien la nacion idolatraba por considerarlo el campeon de la libertad, de esa libertad que Felipe supo ahogar en España

ESTRACTOS

DEL

SIRADJ-AL-MOLUC.

Ya tuvimos antes ocasion de hablar del manual para uso de los príncipes, compuesto por Tortochi en el año 1122 (1) con el título de Siradj-al-moluc, y como este libro contiene muchas narraciones interesantes para la historia de España, hemos traducido las mas importantes colocándolas en orden cronológico.

(1) Véase el catal. de los man. or. de Copenhague t. II página 109.

I.

UN CAMPEADOR EN EL EJERCITO DE ALMANZOR.

«He aquí lo que me ha contado mi señor el cadí Abu-l-Walíd Bádji.

«Un día, estando Almanzor en campaña, percibió desde lo alto de una colina á su derecha y á su izquierda, delante y detrás de sí, tropas musulmanas que llenaban llanuras y montañas. Dirigiéndose entonces al general llamado Ibn-al-Mochafí: le dijo, y bien, visir, que tienes que decirme de ese ejercito? Digo que es grande y numeroso, respondió: Ibn-al-Mochafí. Y no crees como yo que podrian sacarse con facilidad de él unos mil valientes? Pero viendo que el general permanecia callado le preguntó Almanzor: por qué no contestas á lo que te pregunto? Dudas qui-

zás qué halla entre esas tropas mil valientes? Si que lo dudo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Sorprendido con esta respuesta, Almanzor se calló algunos instantes, pasados los cuales, dijo: Pero por lo menos habrá quinientos.—Nó—Pues bien, dijo Almanzor, que ya comenzaba á incomodarse, dejemoslo en ciento.—No, no hay tantos.—Habrá cincuenta?—Nó.—Tú eres un imbécil, gritó entonces Almanzor, montando en cólera, quitate de mi vista y que no te vuelva á ver.

Luego que las tropas llegaron al riñon del territorio cristiano y se encontraron frente al enemigo, un cristiano armado de punta en blanco, salió caracoleando con su caballo entre los dos ejércitos y gritó: Hay por ahí un mobariz? (1) Un musulman salió á su encuentro; pero fué muerto en seguida con gran contento de los politeistas que prorumpieron en gritos de alegría. Otro y otro despues sufrieron la misma suerte: entonces dijeron á Almanzor: Solo Ibn-al-Mochafi puede libertarnos de ese hombre. Habiéndole hecho venir, Almanzor le rogó que castigase la arrogancia del cristiano. Ibn-al-Mochafi fué entonces á bus-

(1) Es decir un campeador, véase mas arriba p. 76 y siguientes.

car á un soldado de las fronteras. Tenia este una facha desastrada y montaba un caballejo lleno de mataduras. En el arzon de la silla, llevaba un odre. Cuando Ibn-al-Mochafi lo suplicó que llevase á Almanzor la cabeza del cristiano, fué á depositar el odre en su tienda, hecho esto, se vistió la coraza y saliendo al encuentro del enemigo, hizo rodar su cabeza á los pocos instantes á los pies de Almanzor.» Este si que es un mozo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Asi es como entendia yo el valor cuando os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni quinientos, ni ciento, ni cincuenta, ni veinte, ni aun diez guerros valerosos. Almanzor volvió al general á su gracia y le colmó de honores.

Como este relato es parecido al que tradujimos antes, página 66 y 68, hemos creido conveniente reducirlo algo. El general de que aqui se trata parece ser el visir Hichâm, sobrino del primer ministro Djafar-Muchafi, general en gefe de la caballería (1), que en el año 977 se atrajo el descontento de Almanzor, porque adelantándose al grueso del ejército, que volvia de una expedicion contra los leoneses, fué á mostrar en Córdo-

(1) Vease á Ibn al-Abbár en mis *Noticias*.

ba una porcion de cabezas cortadas por otros. Encolerizado Almanzor juró castigarlo, y poco despues, en Marzo de 978, lo mandó prender y á todos sus parientes, haciéndole matar sin forma de proceso (1), en cuanto llegó á la prision de Estado en Zahra.

(1) Véase á Ibn-Adhâri, t. II, p. 225. — Maccari, t. II, página 62.

II

UN FAQUI TOLERANTE.

«En tiempo de Almanzor Ibn-abî-Amir, ocurrió en Córdoba un caso extraño: un tal Cásim Ibn-Mohammed-Sonbosi fué (3) acusado de impiedad, y Almanzor le hizo prender con otros literatos, pertenecientes á las clases más distinguidas de Córdoba, sospechosos también de libertinaje y ateísmo. Mucho tiempo permanecieron en los calabozos; todos los viérnes, terminado el servicio, los ponían á la puerta de la mezquita principal y el pregonero gritaba:—«Que vayan á declarar todos los que sepan algo contra estos hombres.» Presentáronse algunos testigos y el cadí pudo presentar contra Cásim una

(3) En el *Lobb-al-lobab* se halla el nombre relativo Sinbisi; pero el man. *a* trae *alsunbisi* y el man 354 *b* *alsunbusi*. En el man 70 se halla *alsanbisi*.

denuncia, autorizada por gran número de firmas, en que se le acusaba de materialismo é incredulidad. Llevada á palacio, convocados los faquíes y preguntados acerca de su opinion, declararon que el reo merecia la última pena. Dada esta sentencia ó decreto, á que los árabes llaman fetfa, se mandó comparecer á Cásim, el cual se presentó acompañado de su padre y de sus dos hijos pequeños, vestidos todos de riguroso luto. El anciano, que no podia andar, hacíase conducir en litera llevada por dos hombres y todos lloraban delante de la puerta del palacio; hicieron luego venir al verdugo, llamado Ibn-al-Djondí y le dieron muchas espadas, y mientras las probaba y los niños y su abuelo tenian clavados los ojos en él, vióse llegar al faquí Abu-Omar (1) Ibn-almacwá el sevillano, que venia contra su gusto, habiendo rehusado largo tiempo formar parte del tribunal. Invitado á que emitiese su juicio, dijo:—Una sentencia de muerte no debe darse sino por pruebas tan convincentes que

(1) En vez de Abu-Omar, los tres manuscritos de que nos hemos servido traen Abu-Amr; pero esto es una falta. Abu-Omar Ahmed-Ibn-Abdalmelic ibn-Háchim el sevillano, conocido por el nombre de Ibn-Al-Maewa, escribió por orden de Almanzor un libro sobre las decisiones de Málíc (véase Homaidi, man. de Oxford, f. 56 v., 57 r. y Maccari, t. II, p. 417.

no dejen duda alguna acerca de la existencia del crimen por que se aplica: suponéos que en vez de Ibn-as-Sonbosî, se tratara de una gallina; con qué derecho la matariais?— Más, replicó el cadí Ibn-as-Sarî, (2) aquí, está la lista de los testigos, que he examinado detenidamente, replicó el cadí, — Enseñádmela; dijo entónces el faquí, y cuando la vió, decidme, continuó: en virtud de qué declaraciones creéis que el acusado debe ser condenado á muerte? — Por esta, por aquella y por la de más allá, replicó el cadí, y señaló cinco. — Condenais entónces al acusado al úttimo suplicio porque hay contra él cinco declaraciones? — Sin duda. — Y si no hubiese más que dos, qué hariais? — Lo absolvería; pero como hay muchas, las unas apoyan á las otras; y además me consta que la mayor parte de los testigos son personas fide dignas. — Dirigiéndose entónces al tribunal le preguntó Ibn-al-Macwâ: — Creéis que porque haya un cierto número de *columnas* debe derramarse la sangre de los musulmanes? por mi parte no lo creo: no opino, pues, que debe morir el acusado. — Los faquíes se

(2) Este nombre es dudoso. He seguido el man. 70, pero el man. 354 a trae Ibn-al-scharquí y el man. 354 b Ibn-al-scharafi.

fueron pasando poco á poco á su partido, y, seis meses despues, declararon inocente al que antes habian condenado. Los demás acusados quedaron tambien en libertad y la espada volvió de nuevo á la vaina.

«Cuando los faquíes informaron á Almanzor de lo que habian resuelto, éste les dijo:— Al absolver á Ibn-as-Sonbosî habeis *enterrado* al cadí. Deber nuestro es mantener la religion, y no podemos conservar la vida á un hombre que le gusta derramar sangre. Llevaron al cadí á la cárcel y lo soltaron á los pocos dias.—En adelante, el faquí Ibn-Dhacwân les decia con frecuencia, cuando os pregunten por qué sabeis que hay Dios, podeis responder como el otro á quien se hizo la misma pregunta: lo sé porque ha desbaratado mis planes.»

«La expresion de *columnas* empleada por el faquí hablando al tribunal, significa testigos. Dos solos nada prueban contra un acusado; pero segun el faquí, tampoco las declaraciones conformes de muchas personas, tienen ningun valor.»

III.

CONVERSACION DE MOSTAIN DE ZARAGOZA CON UN HERMITAÑO DEL MEDIODIA DE FRANCIA.

En el país de los rumíes que confina con España, había un cristiano retirado del mundo, que vivía en las montañas y hacía largas peregrinaciones. Este hombre, como digo, llegó un día á donde estaba Mostain Ibn-Hud (1) quien lo trató con muchas consideraciones y cogiéndolo de la mano le enseñó los tesoros que poseía, es decir, su oro, su plata, sus perlas, sus rubíes, etc., así como también las jóvenes de su harem, sus guardias,

(1) Es dudoso si se trata aquí de Mostain I ó de Mostain II. Sin embargo, como el autor en un pasaje que traduciremos más adelante, designa á Mostain II con el nombre de al-Mustain al-saguir, creemos que en este sitio se trata de Mostain I, fundador de la dinastía de los Beni-Hud, (1039-1046).

sus soldados, sus caballerías y sus armas. Pasados algunos dias dijo el rey:—Y bien, qué te parece mi reino?—Hermosísimo! le respondió el cristiano: pero me parece que le falta una cosa, tal, que añadiéndosela quedaría perfecto: y sin la que no es más que un engaño.—¿Que cosa es esa?—Hacer un techo tan grande que cubriera todo vuestro reino y tan fuerte que no dejara llegar hasta vos el ángel de la muerte.—¡Dios mio, eso es imposible!—Por qué os alabais entónces de poseer lo que mañana se os puede escurrir de entre las manos?—El que cifra su gloria en cosa percedera se asemeja al que cree poseer á el fantasma que ha visto en sueños.

IV.

RAMIRO I DE ARAGON.

«En cierta ocasion Moctadir-Ibn Hud, salió de Zaragoza, ciudad fronteriza de España (árabe) para ir á combatir al tirano Rademiro, (1) príncipe de los cristianos. Cada uno de ellos reunió todas las tropas de que pudo disponer, y cuando los dos ejércitos estuvieron á la vista, acamparon y se pusieron en órden de batalla. Una gran parte del dia duró el combate, tocando la peor parte á los musulmanes que fueron derrotados con gran pesar de Moctadir, quien llamó entonces

(1) Tortochi escribe constantemente *Rademilo* en vez de *Rademiro*, y esta firma se encuentra tambien en otros autores p. ej. en una carta de Ibn-Tâhir, copiada por Ibn-Jâcân. Los árabes sustituyen á menudo la l á la r, y en el dialecto galaico estas dos letras se permutan constantemente; así se lee siempre en la *Crónica General*, donde algunas particularidades de este idioma se han conservado, *clalo* por *claro*.

á un musulman, llamado Sadâda, el más perito de todos los guerreros de la frontera.—Qué os ha parecido esta batalla? le preguntó.—Muy desgraciada, le respondió; pero todavía tiene un remedio, y dicho esto se fué. Como iba vestido como los cristianos, y por vivir en las cercanías y estar en continua relacion con ellos, hablaba su lengua perfectamente, pudo penetrar en el ejército de los infieles y acercarse á Rademiro, que armado de punta en blanco, tenia calada la visera de modo que solo se le veian los ojos. Sadâda aguardó la ocasion y le dió un lanzazo en un ojo. Ramiro cayó en el suelo boca abajo y Sadâda empezó á dar grandes voces diciendo en romance: —«Cristianos, el rey ha muerto.» Estendiéndose el rumor de la muerte de Ramiro entre los soldados, se pusieron en fuga y se dispersaron. Así permitió el Todopoderoso que los musulmanes obtuvieran la victoria en aquella ocasion.

Creemos que en este pasaje se trata de la batalla de Grados, dada en 1063, de la que hablan tres crónicas españolas. En el fragmento histórico sacado del cartulario de Alaon (*Esp. Sagr.* t. XLVI, p. 327) se lee: «Qui (Ranimirus) cum nobiliter regeret terram, occisus est a Mauris in bello apud Gradus.» En una necrologia (*ibid.*, p. 344):

«Dum strenue regeret regnum suum, interfectus est a Mauris in obsidione Gradus.» Y en los *Anales Toledanos* I: «Murió el rey don Ramiro en Grados. Era MCI.» (1063 de J. C. Creemos, sin embargo, que estos cronistas engañados por un falso rumor, afirmaron que Ramiro murió en esta batalla, pues, á nuestro parecer, el rey solo fué herido, (Tortochi no dice otra cosa), aunque de tanta gravedad que se vió obligado á abdicar en favor de su hijo Sancho. Nada, pues, tiene de extraño que hallándose ya en esta época viejo y valetudinario, (en un privilegio de Leiden en el año 1058 se llama *senex* y tres años más tarde, cuando hizo su testamento en San Juan de la Peña, estaba enfermo) (1) tuviera su herida consecuencias fatales, y que en adelante no se encontrara en estado de gobernar su reino. Por eso vemos que Sancho reinaba aún en vida de su padre, que murió el 8 de Mayo de 1063, como resulta de su epitáfio que está en la sacristía de San Juan de la Peña; pues aún cuando no puede leerse el año ó la era, se lee claramente: «Hic requiescit Ranimirus Rex, qui obiit VIII Idus Maij die V feria.» Ahora bien; co-

(1) Briz Martínez publicó este testamento «Historia de San Juan de la Peña, p. 438 y 439.

mo los *Anales Toledanos* I y la antigua crónica de Ripoll (1) fijan la muerte de Ramiro en el año 1063, y en este año el 8 de Mayo caía realmente en juéves, es seguro que Ramiro murió en la época en que hemos dicho.

Por otra parte, tres cartas del rey de Navarra, Sancho de Peñalen, fechada una en 13 de Febrero de 1063 y las otras en 8 del mismo mes y año, citan entre los reyes de la época, no á Ramiro, sino á su hijo Sancho que reinaba ya en Febrero, tres meses antes de morir su padre (2). En 1061, cuando Ramiro hizo su segundo testamento, no tenía aún la intencion de abdicar, puesto que dijo en él: «Si Dios me devuelve la salud y conservo la vida, quiero poseer mis tierras y mis reinos para servir á Dios, como las he poseido hasta aquí.» Pero herido gravemente por Sadâda se vió obligado á ceder la corona á su hijo.

El error de los cronistas se explica fácilmente; Ramiro abdicó inmediatamente despues de la batalla de Grados (que creemos debe fijarse en el mes de Enero de 1063) y murió cuatro meses más tarde.

(1) *Apud*. Villanueva «Viaje Literario,» t. V, p. 245: «1603. ob Ranimirus Rex.»

(2) Compárese Moret, «Anales de Navarra,» t. I, p. 744, 748; «Investigaciones,» p. 494 y 495.

Tambien debemos observar que el autor de los *Gesta Roderici* se equivocó al asegurar que Rodrigo Diaz (el Cid) asistió á la batalla de Grados, «donde el rey Sancho (de Castilla) combatió á Ramiro, rey de Aragon, lo venció y lo mató. Ya hizo observar el sábio y juicioso Moret que Sancho de Castilla, que comenzó á reinar en 1065, dos años despues de la muerte de Ramiro, no pudo combatirlo, y además que solo se trata de esta guerra en crónicas relativamente modernas, tales como la *General* y la historia del monje de San Juan de la Peña, no hallándose mencionada en Rodrigo de Toledo y Lúcas de Tuy que hablan muy despacio de Sancho de Castilla.

V.

BATALLA DE ALCORAZ.

En 1094, el rey Sancho de Aragon asediaba á la ciudad de Huesca, perteneciente al rey de Zaragoza, cuando fué herido de muerte por una flecha; mas, antes de exhalar su último suspiro, tuvo aún el tiempo bastante para hacer jurar á sus dos hijos Pedro y Alfonso, que habian de continuar el sitio hasta que se rindiera la ciudad; así se lo prometieron y cuando su padre murió resolvieron no enterrarlo hasta que se entregase Huesca. El sitio duró aún dos años y medio. Sin embargo, Mostain II, habia pedido auxilio á Alfonso VI, que le envió un cuerpo de tropas mandado por García Ordoñez, conde de Nájera. Reunidas éstas á las de Zaragoza se pusieron en marcha para obligar á los aragoneses á levantar el sitio. Entónces, temeroso Pedro de que el cuerpo

de su padre cayese en manos de los infieles, lo hizo llevar al convento de San Victoriano, y habiendo orado fervorosamente, el mártir le reveló que conseguiría la victoria (1). La batalla se dió en Alcoraz, cerca de Huesca, en el camino que lleva á Zaragoza: Tortochi habla de ella en los siguientes términos:

«Cuando Mostaín II fué á combatir al tirano cristiano Ibn-Rademiro, cerca de Huesca, uno y otro ejército eran casi iguales en número; cada uno contaba cerca de 20.000 hombres: un soldado que presencié la accion me ha referido lo que sigue (2): En el momento de ir á empeñarse el combate, el tirano Ibn-Rademiro dijo, dirigiéndose á uno de sus guerreros, á quien consideraba mucho por su sagacidad y pericia militar; «quisiera que me dijese cuantos valientes hay en el ejército musulman, quiero decir, de esos guerreros que nosotros conocemos tan bien como ellos nos conocen á nosotros; infórmate de los que lo saben y vuelve á decirme los nombres de los que es-

(1) *Annales complut: Anales Toledanos I*, (bajo una fecha falsa), *Gesta Comitum Barcinonensium*, C. 19: Rodrigo de Toledo, VI, c. I. (donde debe leerse «in monasterium,» como se encuentra en los *Gesta Com. Barc.*)

(2) Habiendo abandonado Tortochi la España doce ó trece años antes de la época de que se trata, es en Asia ó en Egipto donde debió encontrar los soldados cuyas palabras refiere.

tán y de los que no están. «Marchó aquel y á su vuelta le nombró siete guerreros. «Bueno, dijo entonces Ramiro; contemos ahora los nuestros.» Se contaron ocho nada más. Alegre y sonriente exclamó el tirano (1); «que hermoso dia se prepara!» Trabado el combate, los dos ejercitos pelearon con igual tenacidad, no hubo quien volviera la espalda al enemigo, nadie abandonó su puesto, y la mayor parte, se dejó matar en una y otra fila, sin que un solo soldado se pusiese en fuga, mas, á eso de las cuatro de la tarde, los enemigos, que nos venian observando hacia algun tiempo, nos cargaron todos á la vez y habiendo penetrado en nuestras filas, las rompieron y nos separaron en dos cuerpos. De este modo nos fué imposible resistir, y tras un corto combate, que acabó desventajosamente para nosotros, nuestros generales aconsejaron al sultan que se salvase; entonces nuestro ejército quedó derrotado, dispersos los nuestros y el enemigo se apoderó de Huesca.»

Se dió esta batalla el mártes 18 de No-

(1) Tortochi pone este relato para manifestar que el éxito de las batallas depende siempre de la bravura de un escaso número de guerreros; quizás hubiera podido escoger un ejemplo mas visible, porque en adelante no vuelve á hablar mas de los ocho héroes aragoneses.

viembre de 1096 (1). Si hemos de creer á la crónica de San Juan de la Peña, García Ordoñez cayó en mano de los vencedores; su cautiverio sin embargo no pudo durar mucho, pues el 19 de Mayo de 1097, acompañó á Alfonso VI en su viaje á Zaragoza (2). Huesca por lo demás, no se entregó á Pedro sino ocho dias despues de lo batalla, el 25 de Noviembre.

(1) «Annales Comptutenses,»

(2) Véase Moret «Annales de Navarra» t. II P. 63, col. 2.

VI.

UN ESCOBAR MUSULMAN.

«Un faquí de Córdoba llamado Ibn-al-Hasâr tenia por vecino á un cristiano que le prestaba muy buenos servicios por lo que le decia muy amenudo: «que Dios te conserve la vida muchos años y tenga cuidado de tu persona; que dé frescura á tus ojos;—Lo que te alegra me alegra á mi tambien, lo juro.—Ojalá que mi última hora llegue antes que la tuya.» Nunca le decia mas que esto, pero el cristiano estaba muy contento; en cambio los musulmanes tuvieron que decir, y algunos censuraron al faquí porque hacia votos en favor de un infiel. «Lo que digo no es lo que parece, respondió aquel, Dios sabe lo que digo. Al decir al cristiano: que Dios te conserve la vida muchos años y que tenga cuidado de tu

persona le deseo que Dios le conserve la vida para que pague la capitacion; y *tener cuidado* de su persona significa en mi boca, el cuidado de castigarlo. Al decirle Dios dé frescura á tus ojos, le deseo que Dios detenga el movimiento de sus pupilas (1), cuando le digo lo que te alegra me alegra, quiero decir que la salud es para mí un bien tan precioso como para él; y por último, al decirle ojalá que mi última hora llegue antes que la tuya, le pido á Dios que me haga entrar en el paraíso antes que á él en el infierno.»

(1) El verbo *acarra* significa no solo refrescar sino tambien detener; la frase *acarra Allah ainaca* (que Dios de frescura á vuestros ojos) puede significar tambien que Dios detenga (el movimiento de) vuestros ojos.

LOS NORMANDOS EN ESPAÑA.

Los invasiones de los piratas escandinavos en la península ibérica han llamado desde hace mucho tiempo la atención de los historiadores. Mr. Werlauff, sábio dinamarqués, publicó hará unos veinte años en las «Obras de la Sociedad de anticuarios del Norte» (1) una disertación sobre la materia que nos ocupa, disertación que sirvió de base á la obra publicada en 1544 (2) por el escritor alemán Mr. Mooyer. Mr. Kruse, profesor de la Universidad de Dorpat, reunió en un libro, editado por él en 1851, con el títu-

(1) *Annaler for Nordisk Oldkyndighed*, años 1836-7, p. 18-61.

(2) *Die Einfalle der Normannen in die pyrenaische Halbinsel. Eine grosztheils aus dem Danischen übersetzte Zusammenstellung der darüber vorhandenen Nachrichten.* Munster et Minden.

lo de *Chronicon Nortmannorum* (1), los textos latinos referentes á la invasion de 844 y á la de 859, la primera de las cuales ha sido tratada tambien por el erudito secretario de la Academia de San Petersburgo, el Sr. Kunik, en una obra que vió la luz pública en 1845. (2) Privados, desgraciadamente, estos sábios de los textos arábigos más extensos y curiosos, á escepcion de los dos pasajes de Rodrigo de Toledo en su *Historia Arabum* y de las no muy exactas noticias que han podido hallar en autores tales como Conde y Cardona, fuerza les ha sido contentarse con lo que acerca de esta materia traen Ahmed-Ibn-abí-Yacub, Abulfeda y Maccari y Nowairi, siendo el Sr. Kunik el único que cita estos dos últimos autores, con referencia á la traduccion del Sr. Gayangos, no siempre tampoco al abrigo de la crítica. Nowairi, p. ej. dice que los Normandos fueron á Niebla,

(1) *Chronicon Nortmannorum, inde ab. a. 777 usque ad. a. 879, ad verbum ex Francicis, Anglosaxonicis, Hibernicis-Scandinavicis, Slavicis, Serbicis, Bulgaricis, Arabicis et Byzantinis annalibus repetitum.* Hamburgo y Gotha. (Véase p. 158-164, 255-256.) A pesar de su pomposo título, esta recopilacion dista mucho de ser completa y aún los textos más comunes faltan en ella.

(2) *Die Berufung der Schwedischen Rodsen durch die Finnen und Slawen*, t. II, p. 285,-320.

donde se apoderaron de una galera (1), y el autor español tomando un nombre comun por uno propio, ha traducido: «Fueron á Lesla y se apoderaron de Chineba.»

Creemos conveniente, por tanto, dar á conocer aquí aquellos pasajes más importantes que hemos recogido en los autores árabes, relativos á las invasiones de los piratas escandinavos en la península, y los referentes á las expediciones á España que hicieron los normandos afrancesados (de Normandía), expediciones que influyeron acaso en la poesia francesa de la Edad Media.

(1) *Zam djaraja al-madjus ali labalat fasabu schiniya.*

I.

INVASION DE 844.

Hacia ya cincuenta años que los piratas escandinavos, aventurándose en frágiles barquichuelos en los mares de Europa, y saqueando é incendiando las ciudades y ricas abadías en donde quiera que desembarcaban, habian sembrado el espanto en la Frisa, en Holanda, en las islas británicas y en Francia. Ni un solo pueblo, despues de la sangrienta batalla de Fontenai, donde pereció la flor de los guerreros francos, y del repartimiento de la estensa monarquía de Carlo Magno entre los hijos de Ludovico Pio, ni un solo pueblo se atrevia ya á resistir á los paganos, á los llamados lobos, á las feroces bandas de Hasting y de Bjærn, Costilla de Hierro.

El mismo año de la batalla de Fontenai,

Rouen fué quemado por los piratas: Tours escapó por milagro y en Nantes el obispo y su rebaño fueron degollados dentro de la catedral.

Tocóle entónces el turno á España. El año 814, una escuadra normanda que salió del Garóna, despnes de llegar hasta Tolosa, fué arrojada por una tempestad á las playas de Astúrias. Los piratas saquearon la costa cercana á Gijon, y luego desembarcaron en el antiguo faro, llamado hoy Torre de Hércules, y entónces Farum Brigantium (cerca de la Coruña) (1); mas no consiguieron llevar adelante sus extragos, porque el rey Ramiro I envió contra ellos tropas que los obligaron á retirarse y les quemaron setenta barcos.

Fracasada su tentativa contra Astúrias y Galicia, los normandos se dirigieron al Mediodía para atacar las posesiones musulmanas. Los árabes de España habian tenido ya relaciones con los normandos, pero amistosas hasta entónces; pues segun el relato de Ibn-Dihya, copiado por Maccari (2), Abderraman I envió, por el año 821, un embajador á un rey normando. Era este embajador el poeta Yahyâ Ibn-Hacâm, apellidado en su ju-

(1) Compárese *Esp. Sagr.* t. XIX, p. 13 y siguientes.

(2) Tomo I, p. 630 y 631.

ventud Gazal (gacela) por su belleza: hábil y galante diplomático supo conquistarse en Constantinopla el favor de la emperatriz, manifestándose su entusiasta admirador, y ganarse las simpatías de la esposa del rey normando (1) con sus ocurrencias y lisongeros versos. Por lo demás, el autor árabe no nos indica la causa que movió á Abderraman á enviar una embajada al rey normando. Mr. Kunik, discurriendo sobre este hecho, congetura con bastante acierto que las intenciones del sultan, á la sazón en guerra contra Francia, serian escitar contra esta nacion á los piratas escandinavos; mas sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en esta ocasion los sectarios de Mahoma, en vez de comerciar con los sectarios de Odin y de hacer versos en honor de sus reinas, se vieron obligados á combatir con ellos; tarea que les fué mucho más difícil, como lo probarán los pasages que vamos á traducir. Hé aquí uno de Nowáiri:

RELATO

DE LA INVASION DE LOS POLITEISTAS EN LA
ESPAÑA MUSULMAMA.

En el año 230 (18 de Setiembre 844-6 de

(1) En el texto árabe es llamada *Tud*, palabra en que M. Kunik (página 291) ha creído reconocer el nombre germánico *Theoda*.

Setiembre 845) los madjus (los paganos) que ocupaban la parte mas lejana de España (5) invadieron el país de los musulmanes, apareciendo por primera vez en Lisboa, en Dhul-hiddja del año 229 (20 de Agosto-17 de Setiembre 844) permaneciendo en ella trece dias, durante los cuales libraron muchos combates con los sarracenos. Luego fueron á Cadiz y de allí á la provincia de Sidona (6) donde se dió tambien una gran batalla, estableciéndose el 8 de Moharrâm (5 de Setiembre) á doce parasangas de Sevilla. Los mahometanos salieron entonces á su encuentro y el 12 del mismo mes fueron derrotados, sufriendo grandes pérdidas: los madjus acamparon á dos millas de Sevilla: los habitantes de esta ciudad salieron contra ellos y los combatieron; pero el 14 (1.º de Octubre) quedaron derrotados, pereciendo un gran número y cayendo muchos en manos de los madjus que no perdonaron ni á las acémilas. Entrados por fin en

(5) Debemos perdonar á un escritor egipcio esta expresion inexacta. Novairi hubiera podido decir que los Normandos vivian en Francia porque en aquel tiempo pasaban el verano haciendo algaras en aquel país y el invierno en las islas que prolongan su costa.

(6) Sidona es siempre entre los árabes el nombre de una provincia; solo autores mal informados, como Ibn-al-Hacâm, (p. 4, ed. Jones) hacen de él un nombre de lugar.

la ciudad los vencedores permanecieron en ella un día y una noche y se volvieron á sus barcos; pero, cuando vieron llegar el ejército de Abderraman II, se apresuraron á salirle al encuentro. Los musulmanes resistieron la acometida y trabado el combate, murieron setenta politeistas, huyendo los demás y volviendo á embarcarse, sin que aquellos se atrevieran á perseguirlos.

«Abderraman envió despues otro ejército contra ellos, empeñándose una batalla muy reñida en que los sectarios de Odin se batieron en retirada. El 2 rebî 1.º (17 de Noviembre) el ejército musulman se puso en persecucion de ellos y con los refuerzos que de todas partes les llegaban, los atacó de nuevo, estrechándolos por todas partes; los normandos huyeron entonces perdiendo unos quinientos hombres, y cuatro buques que fueron quemados, despues de sacarse de ellos cuanto contenian (1). Los madjus fueron luego á Niebla, donde se apoderaron de una galea, y estableciéndose en una isla cerca de Coria (2), se repartieron el botin. Los mu-

(1) Si se compara con este relato el de Ibn-Adhâri, se verá que Nowâiri habla aquí de una batalla dada en la provincia de Sidona.

(2) No nos atrevemos á asegurar que Nowâiri no se equivocase al escribir este nombre, pero es claro que se trata de una isla cercana á Huelva.

sulmanes remontaron el río (1) para atacarlos y les mataron dos hombres: los normandos, entonces, poniéndose nuevamente en marcha, invadieron la provincia de Sidona, apoderándose de muchos víveres y cogiendo muchos prisioneros; pero, á los dos días de su vuelta, los barcos de Abderraman arribaron á Sevilla, y á su aproximacion huyeron á Niebla, cuyo país saquearon, cogiendo prisioneros: hecho esto, se dirigieron á Osonoba (2) y de allí á Béjar; retirándose á Lisboa y abandonando las costas de España, con lo que no se volvió á oír hablar mas de ellos y el país se tranquilizó.

Escuchemos ahora á Ibn-Adharí, página 89, 91 de nuestra edicion. Refiriendo este autor la invasion de los normandos cita dos libros *el Bahdjâ an-nafs*, que me es desconocido, y *el Dorar al-Calayîd*, es decir *el Dorar al-Calayîd wagherar al-fawayid* por Abu-Amir (Mohammed Ibn-Ahmed Ibn-Amir) Sâlimî (3), que parece haber vivido en el siglo

(1) El Tinto.

(2) Las ruinas de Osonoba, ciudad episcopal antiguamente, se encuentran al N. de Faro, en un sitio llamado en la actualidad Estoy.

(3) Véase Ibn-Adhâri t. II p. 132 (donde debe leerse Abu-Aamir en vez de Abn-amir) Maccari t. I p. 82 (donde debe substituirse al-salimî á al-saalimî) t. II p. 97, 195, 629, Ibn-al-Abbâr, anteriormente t. I y en mis *Noticias* p. 174, 175 y 176.

XI ó XII, y cuya historia, á juzgar por los extractos que se encuentran en muchos autores estaba escrita en prosa rimada, siendo de ella probablemente de donde ha tomado Ibn-Adharî los dos pasages que se encuentran en su relato.

«En el año 229 (39 de Setiembre 843-17 de Setiembre 844) recibióse en la capital una carta de Wabb-alláh Ibn-Hazm, gobernador de Lisboa, diciendo que los Madjus habían aparecido en las costas de su provincia con cincuenta y cuatro bageles y otras tantas barcas. Abderraman lo autorizó entonces y á los gobernadores de las demás provincias marítimas para que tomasen las medidas que las circunstancias exigiesen.

TOMA DE SEVILLA POR LOS MADJUS
EN EL AÑO 230.

Los Madjus llegaron con unos cien bageles; cubrióse el mar de pájaros de color de sangre, (1) llenarónse los corazones de los hombres de temores y angustias. Después de desembarcar en Lisboa pasaron á Cádiz, de allí á la provincia de Sidona, y por último á Sevilla; sitiaron y tomaron á viva fuerza esta ciudad, sometieron á sus habitantes á los rudos dolores de la cautividad y de la muerte, y durante los siete días de su permanencia apuró el pueblo el cáliz de la amargura.

Apenas el emir Abderraman se informó de lo ocurrido confió el mando de la caballería al hádjib Isâ-Chohaid (1). Los musulmanes

(1) Véase la nota A. al fin del tomo.

(2) Así debe leerse en vez de *ibn-Said*. Ibn-al-Cutia (folio 350 atestigua que el hádjib ó primer ministro durante los últimos años del reinado de Abderraman II se llamaba isa Ibn-Chohaid. Los Beni Chohaid ocupaban un alto puesto entre la nobleza cortesana.

se apresuraron á alistarse bajo sus banderas y á unirse á él tan estrechamente como están unidos la pupila y el ojo. Abdalah-ibn-Colaib, ibn-Wasim (1) y otros oficiales se pusieron tambien en marcha con la caballería. El general en jefe del ejército estableció su cuartel en el Aljarafe y desde allí escribió á los gobernadores de los distritos ordenándoles que llamasen á sus administrados á las armas. Acudieron estos á Córdoba y el eunuco Nasr los condujo hacia el ejército.

«Sin embargo, los Madjus recibían incessantes refuerzos y, según el autor del libro titulado *Bahdjâ an-nafs*, continuaron por espacio de trece días matando á los hombres y reduciendo á esclavitud á las mugeres y niños; en vez de trece el autor del *Dorar al-Calayid*, á quien hemos seguido antes, dice siete días. Tras de varios combates con los musulmanes, los normandos fueron á Capitel (2) donde permanecieron tres días; entraron luego en Caura (3), á doce millas (tres

(1) Este oficial, como de pues veremos, se rindió en la provincia de Sidona.

(2) Hoy *Isla menor*, una de las dos islas que forma el Guadalquivir antes de desembocar en el mar.

(3) Caura se encuentra mencionada en Plinio y los árabes pronuncian este nombre de la misma manera que los romanos (Véase el *Lob al-lobâb*): hoy se dice Coria. Ibn-Haiyân (folio 53) atestigua tambien que Caura está á 12 millas de Sevilla;

leguas) de Sevilla, degollaron á multitud de personas, despues se apoderaron de Talyâta, á dos millas (média legua) de la repetida ciudad (1) pernoctaron en ella y al dia siguiente de mañana aparecieron en un sitio llamado al-Fajarin: enseguida volvieron á embarcarse, y mas tarde libraron una batalla con los musulmanes derrotándolos y causándoles perdidas incalculables. Los Madjus, vueltos á sus barcos se dirigieron á Sidona, de allí á Cádiz. Despues de enviar el emir Abderraman sus generales contra ellos y de combatirlos con diversa fortuna derrotándolos por último, valiéndose de máquinas de guerra y de las fuerzas venidas de Córdoba, matáronles quinientos hombres y se apoderaron de cuatro de sus barcos que Ibn-Wasin mandó quemar despues de vender todo lo que contenían. Enseguida (2) fueron derrotados en Talyâta, el martes 25 de Safar de este año

pero los españoles (Véase Caro, *Antigüedades de Sevilla*, folio 116, v., Morgado *Historia de Sevilla*, fol. 40. col. I y el *Diccionario geográfico* del Sr. Madoz, art. *Coria*) solo ponen dos leguas entre Sevilla y Coria del Rio.

(1) Véase acerca de Talyâta, el tomo I p. 404 y nota D. p. 458.

(2) Esta palabra está aquí fuera de su sitio. Segun Nowâiri, la batalla en la provincia de Sidona, de que Ibn-Adhâri acaba de hablar, se dió el 17 de Noviembre, seis dias despues de la de Talyata.

(11 Noviembre de 844) pereciendo muchos de ellos, siendo ahorcados algunos en Sevilla, colgados otros de las palmeras de Talyata y quemado treinta de sus barcos. Los normandos que escaparon del degüello volvieron á embarcarse, fueron á Niebla y luego á Lisboa, sin que volviera á oirse hablar de ellos. Habian llegado á Sevilla el miércoles 14 de Moharram del año 230 (1 Octubre de 844) y trascurrido cuarenta y dos dias desde que entraron en esta ciudad hasta la partida de los que consiguieron escapar al filo de la espada agarena. Su gefe habia sido muerto, Dios, para castigarlos por sus crímenes, permitió que fueran degollados y aniquilados apesar de ser muy numerosos. El gobierno cuando los vió vencidos, comunicó esta fáueta nueva á todas las provincias, y el emir Abderraman escribió á los Cinadhjies de Tánjer informándoles de que, con el auxilio de Dios, habia logrado acabar con los Madjus y envióle la cabeza de su gefe y otras doscientas de los principales guerreros normandos.»

Añadiremos á estos pasages el curioso relato de Ibn-al-Cutia, completamente desconocido aún y el más antiguo, porque es del siglo X.

«Abderraman mandó construir la gran

mezquita de Sevilla y reedificar las murallas de esta ciudad, destruidas por los Madjus en el año 230. La aproximación de estos bárbaros sembró el espanto entre los habitantes, que huyeron todos en busca de un asilo, ora á las montañas de los alrededores, ora á Carmona. En todo el occidente hubo una sola persona que se atreviese á combatirlos; en su consecuencia llamáronse á las armas á los habitantes de Córdoba y de las provincias limítrofes, y, cuando estuvieron reunidos, los visires los condujeron contra los invasores. Los moradores de las fronteras habian sido llamados en los momentos mismos en que los Madjus, desembarcados en el extremo occidental, se habian posesionado de la llanura de Lisboa.

Los visires se establecieron en Carmona con sus tropas, pero era tal y tan extraordinaria la bravura de los enemigos que no se atrevieron á atacarlos hasta recibir los refuerzos de la frontera, que llegaron al cabo con Musa ibn-Casi (1). Mucho costó á Abderraman conquistar el apoyo de este gefe, á quien se vió obligado á mimar y á recordar los lazos de amistad que unian á en-

(1) Véase sobre este renombrado caudillo, descendiente de una familia visigótica, lo que dijimos en el primer tomo, p. 301 y siguientes.

trambas familias, por haber abrazado el islamismo un ascendiente de Muza á instancias del califa Walid y haber llegado de este modo á hacerse su cliente. Muza cedió al fin y marchó al Mediodía con un numeroso ejército, pero llegado á las cercanías de Carmona, colocó su campamento aparte, sin querer reunirse con las demás divisiones de la frontera, ni con el ejército de los visires.

»Estos preguntados por los gefes de las tropas fronterizas acerca de la marcha y movimientos de los enemigos y de un sitio cercano á Sevilla para poder emboscarse sin peligro de ser descubiertos, les respondieron que los Madjus enviaban diariamente destacamentos á Firrich (1), Lacant (2), Córdoba y Moron, y les indicaron la aldea de Quintos Moafir (3), al S. O. de Sevilla, como á pro-

(1) El fuerte, á que daban los árabes el nombre de Firrich, se encontraba al N. E. de Sevilla, no léjos de Constantina. Véase Edrisi t. II, p. 57 de la traduccion del Sr. Jaubert, donde se lee *Firsch*, pero el man. A de París, que hemos confrontado, trae la buena leccion *Firisch*. Véase tambien el *Maracid* en v. *Firisch*.

(2) Dáse el nombre de Lacant, dice el autor del *Maracid*, á dos fortalezas de la provincia de Mérida, una pequeña y otra grande, que están frente á frente » Quizás este lugar, de que los autores árabes hablan muy á menudo, se encontraba en las cercanías de Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

(3) Quintos se encuentra nombrado en el *Repartimiento* de Alfonso X, (*apud* Espinosa, *Historia de Sevilla*, fól. 16, col. 2)

pósito para sus planes. Los gefes siguieron la indicacion de los visires y á media noche se emboscaron en la citada aldea, poniendo á uno de los suyos, provisto de un haz de leña, de centinela en la torre de la antigua iglesia.

»Al rayar el dia el centinela avisó el paso de una banda de diez y seis mil Madjus que se dirigian á Moron. Los musulmanes los dejaron pasar y les cortaron la retirada á Sevilla, despues de lo cual los detrozaron.

»Luego los visires siguieron adelante y, entrados en Sevilla, encontraron en ella al gobernador sitiado en el castillo, que se le unió y los habitantes volvieron en masa á la ciudad.

»Sin contar la banda destrozada, otras dos se habian puesto en campaña: una con direccion á Lacant, otra en direccion al cuartel de los Beni-l'-Laith, en Córdoba. Así, cuando los Madjus, que áun estaban en Sevilla, vieron llegar al ejército musulman y se enteraron del desastre sufrido por la division que fué á Moron, volvieron á embarcarse precipitadamente, y, remontando el rio hácia el castillo de (1) encontraron á sus cama-

pues se sabe que Moâfir es el nombre de una tribu árabe. Una parte de esta tribu poseía tierras alrededor de la aldea de Quintos.

(1) El castillo de *Alzhwak*, como escribe Ibn-al-Cutia, ó

radas, y todos juntos descendieron rioabajo, mientras los habitantes del país los llenaban de improperios y maldiciones, tirándoles piedras. Llegados á una milla más abajo de Sevilla, los Madjus les gritaron:—Dejadnos en paz, si quereis rescatar los prisioneros!— Dejando entónces el pueblo de arrojarles proyectiles consintieron rescatar los cautivos á todo el mundo. La mayor parte de ellos pagaron su rescate; pero los Madjus no quisieron tomar oro ni plata, aceptando sólo víveres y vestidos.

»Despues de abandonar á Sevilla se fueron á Necur donde cogieron prisionero al abuelo de Ibn-l'-Salih; el emir Abderraman Ibn-Hacàm lo rescató y los Beni-Sâlih, agradecidos á este beneficio, conservaron siempre buenas relaciones con los Omeyas (1). Los Madjus saquearon simultáneamente ambas costas, y durante esta expedicion, que duró catorce años, llegaron al país de los Rum y á Alejandria.

»Concluida la gran mezquita de Sevilla

de *Raguan*, como se encuentra en Ibn-Haiyan (fól. 61 v.), era, segun el último autor, el primero que se encontraba remontando el rio á ocho millas (dos lèguas) de Sevilla. Las tropas del sultan Abdallah lo destruyeron.

(1) Volveremos á ocuparnos de este pasage, que se refiere á otra invasion de los normandos y contiene errores.

Abderraman soñó que habia entrado en ella y que en el *kibla* (1) estaba el Profeta muerto y envuelto en un sudario. Se despertó muy triste y preguntando á los adivinos la explicacion de aquel sueño, le respondieron que el ejercicio del culto cesaria en la mezquita. Así aconteció cuando los normandos se apoderaron de la ciudad.

»Muchos xeques de Sevilla han referido que los Madjus arrojaban flechas incendiadas sobre el techo de la mezquita, y que las partes del techo donde daban estas flechas se desplomaban. Aun hoy pueden verse las huellas de esos flechazos. Luego cuando los Madjus se apercibieron que de aquella manera no conseguirian sus propósitos, amontonaron leña y esteras de juncos en una de las naves, con intencion de prenderle fuego y esperando que el incendio llegaría al techo; pero un jóven que llegó del lado de *Mihrab* (2) salió á su encuentro, los arrojó de la mezquita y durante tres dias consecutivos, hasta el de la gran batalla, les impidió que volviesen á entrar allí. Los Madjus decian que el jóven que los habia expulsado de la

(1) Llámase así á la puerta de una mezquita que se encuentra hácia el lado de la Meca.

(2) Es la *kibla*, es el sitio donde se tiene el imam.

mezquita era de una belleza extraordinaria. (1)

»Desde entonces el emir Abderraman tomó medidas de precaucion, hizo edificar un arsenal en Sevilla, mandó construir barcos y que se alistasen marineros de las costas de Andalucía, á quienes señaló sueldos muy crecidos, proveyéndolos de máquinas de guerra y de nafto. Tambien cuando los Madjus arribaron por segunda vez en el año 244 (19 de Abril 858—7 Abril 859), bajo el reinado del emir Mohammed, salieron á combatirles á la desembocadura del rio y cuando aquellos se vieron derrotados é incendiados muchos de sus barcos, se retiraron.» (2)

Muy difícil sería reunir en uno solo los tres relatos mencionados, que se contradicen á menudo, cosa muy natural por tratarse no de narraciones contemporáneas, sino

(1) La mezquita de Sevilla fué, pues, salvada por un ángel, así como Tours habia sido salvada algun tiempo antes por San Martin.

(2) A creer al Sr. Gayangos en una nota sobre su edicion de Razi, p. 98, se hallarian en el *Ajbar Machmua* detalles interesantes sobre la invasion del 844 y cita hasta la página, á saber, fól. 77; pero es el hecho que el autor del «*Ajbar*» nada dice sobre los Madjus; el Sr. Gayangos lo habrá confundido con Ibn-al-Cutia, cuya obra se encuentra en el mismo tomo y, habla, de los Madjus en la p. 27.

de tradiciones que no se consignaron hasta el siglo X, pues los árabes de España comenzaron muy tarde á escribir su historia (1). Las divergencias que existen entre estos relatos reconocen tambien otra causa. Segun la exacta observacion de Mr. Kunik, p. 301, los normandos que invadieron las costas de la península no formaban un solo cuerpo obediente á las órdenes de un solo gefe, siendo por el contrario bandas que obraban unas veces de acuerdo, otras separadamente, circunstancia no reparada por los autores árabes, y que explica muchas de las contradicciones de estos relatos.

Notemos tambien que la época en que los normandos aparecieron por primera vez en España, una de esas bandas desembarcó en la costa occidental de África, en el lugar donde más tarde fué edificada Arzilla. El geógrafo Becrî se expresa sobre este punto en los siguientes términos: (2)

«La ciudad de Arzilla es de construccion moderna y debe su fundacion al acontecimiento que vamos á referir. Los Madjus llegaron dos veces á la rada que hoy le sirve de puerto. La primera supusieron haber de-

(1) Véase sobre este punto la traduccion que hemos añadido á nuestra edicion de Ibn-Adhari.

(2) Página 111 de la edicion de M. de Slane.

positado en este lugar inmensos tesoros y dijeron á los berberiscos reunidos para combatirles:—«No hemos venido para haceros la guerra; pero este lugar oculta riquezas que nos pertenecen; si quereis apartáros y dejarnos sacarlas, nos comprometemos á compartirlas con vosotros.»—Los berberiscos aceptaron la proposicion y se retiraron á alguna distancia: los Madjus cavaron un largo espacio de terreno y sacaron de él gran cantidad de mijo podrido. Aquellos, viendo el color amarillo de este grano é imaginándose que era oro, corrieron á quitárselo: los Madjus espantados huyeron á sus barcos. Los berberiscos despues de reconocer que todo su botin consistia en mijo, se arrepintieron de lo que acababan de hacer é invitaron á los normandos á desembarcar de nuevo para coger sus riquezas; mas éstos rehusaron.—«Habeis violado una vez vuestros compromisos, dijeron á los africanos, ningun derecho teneis á nuestra confianza.»—Enseguida partieron y, dándose á la vela para España, vinieron á desembarcar en Sevilla el año 229, bajo el reinado del iman Abderraman-Ibn-Hacâm.»

En este pasaje, cuya continuacion daremos más adelante, trátase sin duda alguna, no de toda la escuadra normanda, sino de una banda poco considerable, que des-

pues de abandonar la costa africana, fué á unirse á los normandos, desembarcados en Sevilla. En efecto; esta banda á ser numerosa, no hubiera huido á la aproximacion de los berberiscos: por otra parte, Iba-Adhâri atestigua formalmente que los normandos desembarcados en Sevilla recibian continuos refuerzos. Parece, por último, que la tropa de que habla Becrî descubrió un silo, hallazgo de inestimable precio, pues la gran dificultad que á los Madjus se ofrecia durante sus largas expediciones era la de procurarse víveres; lo cual explica, segun vimos ya en el relato de Ibn-al-Cutia, que en Sevilla rehusaran tomar dinero en cambio de los cautivos, y que solo consintiesen en aceptar vestidos y provisiones de boca.

II.

INVASIONES DE 858-861.

La crónica de Albelda (c61) no contiene sobre estas invasiones más que las siguientes palabras: «Bajo el reinado de Ordoño I, los normandos aparecieron por segunda vez en las costas de Galicia, pero fueron destrozados por el conde Pedro.» Sebastian de Salamanca (c. 26) es más explícito, se expresa en estos términos: «En aquel tiempo los piratas normandos aparecieron por segunda vez en nuestras costas; despues arribaron á España (1) y matando, quemando y saqueando, asolaron todas las costas de este país. Atravesando en seguida el estrecho se apoderaron de Nachor (2), ciudad de la Mauritania, donde

(1) Sabido es que los cronistas del Norte de la península daban el nombre de *Hispania* á la España árabe.

(2) Necur, ó Necor segun la pronunciacion africana, era una villa del Riff marroquí á 14 léguas O. S. O. del Cabo Tres Forcas. Más tarde recibió el nombre de Mezzemma.

mataron un gran número de musulmanes. Despues de esto atacaron y despoblaron las islas de Mallorca, Formentera y Menorca; por último fueron á Grecia y despues de una expedicion de tres años, se volvieron á su pátria.»

Ibn-Adhâri, (t. II, p. 99), cuenta esta invasion de esta manera:

«En el año 245 (8 de Abril 859—27 de Marzo 860) los Madjus se presentaron de nuevo en las costas de Occidente con 62 buques; pero las encontraron muy bien custodiadas, porque los barcos musulmanes hacian el crucero desde la frontera de la costa francesa (1) hasta las del lado de Galicia en el extremo occidental. Dos de sus buques se adelantaron; pero, perseguidos por los bajeles que guardaban la costa, fueron capturados en un puerto de la provincia de Beja. Allí se encontró oro, plata, prisioneros y municiones; los demás buques avanzaron costeando y llegaron á la embocadura del rio de Sevilla; entónces el emir (Mohammed) dió orden al ejército de ponerse en marcha, y llamó á las armas para que se enganchasen bajo las banderas del hádjib Isâ-Ibn-Hasan.

(1) Trátase aquí de las costas orientales de España.

«Los Madjus, abandonando la embocadura del rio de Sevilla, fueron á Algeciras de la que se apoderaron incendiando su mezquita principal; luego pasaron al Africa y, despojaron á sus poseedores, hecho lo cual, volvieron hacia la costa de España, y, desembarcando en a de Todmir, avanzaron hasta la fortaleza de Orihuela; despues fueron á Francia, donde pasaron el invierno; allí cogieron multitud de cautivos, apoderándose de mucho dinero y haciéndose dueños de una ciudad en que fijaron su residencia y que aun lleva su nombre. Retornaron enseguida hacia la costa de España, pero habian perdido ya mas de cuarenta buques, y en el combate con la escuadra del emir Mohammed, en la costa de Sidona, perdieron otros dos, cargados de riquezas. Los otros buques continuaron su marcha.»

Becrí nos dá noticias acerca de los destrozos que hicieron los normandos en Africa durante esta expedicion: en el principio de su articulo sobre Arzilla despues del pasaje traducido anteriormente, dice: «La segunda invasion de los Madjus se verificó cuando, despues de abandonar las costas de España, fueron impelidos por el viento hacia ese puerto (el puerto de Arzilla) yéndose á pique muchos de sus bajeles en la entrada occidental

de la rada, de donde tomó este sitio el nombre, que aun conserva en la actualidad, de *puerta de los Madjus*. Entónces construyeron un *ribat* (1) en el lugar que ocupa hoy la ciudad de Arzilla y allí acudieron de todas partes.» Véase, pues, que Arzilla fué en su origen una especie de ciudadela ó fortaleza, destinada á proteger la costa occidental del Africa contra las invasiones de los normandos.

El segundo pasaje de Becrî (p. 92 ed. de Slane) está concebido en los siguientes términos:

«Los Madjus (Dios los maldiga) desembarcaron cerca de Necur en el año 244 (19 de Abril 858-7 de Abril 859), tomaron la ciudad, la saquearon y redujeron á sus habitantes á la servidumbre, escepto á dos que se salvaron huyendo. Entre los prisioneros se encontraron Ama-ar-rahman (2) y Janula, hi-

(1) «Los *ribats* eran primitivamente cavernas fortificadas que se construian en las fronteras de un imperio, adonde, á más de las tropas que allí se mantenian, acudian gentes piadosas para hacer el servicio militar y obtener de este modo los méritos espirituales á que tienen derecho los que guerrean contra los infieles. Las practicas devotas ocupaban allí sus momentos de ocio.» M. de Slane en el *Jour. Asiat.* tercera série t. XIII, página 468.

(2) Literalmente «la sierva» del *misericordioso*. Este nombre es, por decirlo así, el femenino de Abderraman II.

jas de Wákif Ibn-Motacim Ibn-Sálih, á quien rescató el imam Mohammed Ibn-Abderraman. Los Madjus permanecieron ocho dias en Necur. » (1)

Este testo es importante por la fecha que en él se encuentra. Becrì coloca la toma de Necur en 244 de la hegira (858 de nuestra era). Ibn- al-Cutia fija la segunda invasion de los normandos en el mismo año y creemos que su expedicion, que duró muchos, comenzó realmente en 858; en segundo lugar; el relato de Becrì sirve para corregir las noticias de Ibn-al-Cutia (véase lo que hemos dicho en la p. 331). Segun este los Madjus se apoderaron de Necur en 844, y cogieron prisionero al príncipe reinante que fué rescatado por el sultan de España Abderraman II, todo lo cual es inexacto; primero, porque Necur no fué tomado en 844 sino en 858; segundo, porque no fué el mismo príncipe quien cayó en poder de los normandos, sino dos princesas parientas suyas (el príncipe Saíd-Ibn-Idrís, era su tio segun el uso de Bretaña)

(1) Ibn-Jaldum en su *Historia de los Berberiscos* (t. I página 283 del testo: t. II p. 139 de la traduccion) habla tambien de la toma de Necur por los normandos; pero por un singular anacronismo coloca este acontecimiento un siglo antes en 144, y añade que los normandos fueron espulsados de Necur por los berberiscos Berânís.

las cuales fueron rescatadas, no por Abderaman II, sino por su hijo menor Mohammed.

Volvamos ahora á Ibn-Adhari quien, al decir que los normandos habian ya perdido cuarenta barcos antes de volver á la costa de España, tuvo á la vista sin duda la horrible tempestad sobrevenida á la escuadra normanda á su vuelta de Italia, tempestad de que habla Benito de Sainte Maur. Ibn-Adhari asegura tambien que los normandos invernarón en Francia. El obispo Prudencio atestigua por su parte que pasaron el invierno en Provenza (1), agregando que se establecieron en la isla de Camaria, es decir, sobre el delta ó triángulo, llamado hoy la Camargue, formado por los dos brazos principales del Ródano, cerca de su embocadura, algo más abajo de Arlés; siendo muy de notar que el autor árabe nos enseña que este sitio ha conservado algun tiempo el nombre de los normandos. Posible es, por tanto, que el nombre de los piratas hubiese quedado en la Camargue hasta la época en que Ibn-Adharí escribía, es decir, hasta el siglo XIII; mas, no echemos en

(1) En el año 859. «Piratæ Danorum longo maris circuitu, inter Hispanias videlicet et Africam navigantes, Rodhanum ingrediuntur, depopulatisque quibusdam civitatibus ac monasteriis in insulâ Camariâ sedes ponunt.

olvido que este escritor se limita á copiar literalmente ó á compendiar las crónicas más antiguas. Segun todas las apariencias, en este caso se ha reducido á copiar á Aríb, escritor del siglo X, que ha sido su principal fuente.

La invasion de los piratas en la provincia de Todmir (Murcia) ocurrió, á nuestro juicio, en el año 860; al menos en este año es cuando el obispo Prudencio habla de la invasion de los normandos en el Este de España (1). Los cronistas árabes han supuesto ocurrido en un solo año todo lo que sabian acerca de las invasiones de esta época; pero ya vimos que Sebastian de Salamanca atestigua que la expedicion duró tres años y aun quizás duró mas tiempo, como creemos; pues segun los respetabilísimos testimonios de Ibn-al-Cutia y de Becrî, comenzó en el año 858, y segun Prudencio, los normandos pasaron de nuevo en la Camargue el invierno de 860 á 61. Además Hincmar de Rheims parece dar á entender que los normandos que estuvieron en España y reunidos con otros atacaron la Bretaña en el año 862, habian vuel-

(1) «Hi vero Dasi, qui in Rodhano morabantur, usque ad Valentiam civitatem vastando perveniunt; unde, direptis quæ circa erant omnibus, revertentes ad insulam in quâ sedes posuerant, redeunt.»

to poco antes á las costas occidentales de Francia (2).

Al pasaje de Ibn-ad-hari añadiremos el de Nowairi concebido en los siguientes términos:

RELATO

DE LA INVASION DE LOS MADJUS EN LA ESPAÑA
MUSULMANA.

«En el año 245 los Madjus vinieron atacar á España en sus buques, llegaron á la provincia de Sevilla y apoderándose de la capital, tomaron la gran mezquita. Luego pasaron á Africa, despues volvieron á España y huidas las tropas de Todmir, se apoderaron de la fortaleza de Orihuela. Mas tarde, avanzaron hasta las fronteras de Francia y haciendo correrías por este pais, obtuvieron un gran botin, cogiendo muchos prisioneros; á su vuelta encontraron la escuadra del emir Mohammed, y empeñando con ella un reñidísimo combate, perdieron cuatro barcos, dos de los cuales fueron quemados, cayendo en poder

(2) «Refectis navibus, Dani per mare petentes per plures classes se dividunt, et prout cuique visum est, in diversa vellicant; maior autem pars Britannos, qui Salomone duce habitant in Neustriá, petit, quibus et illi iunguntur; qui in Hispaniá fuerant.

de los musulmanes cuanto contenian; entonces los Madjus combatieron furiosamente y un gran número de mahometanos sufrieron el martirio.

«Los Madjus fueron á la ciudad de Pamplona y allí cojieron prisionero al Franco García, señor de esta ciudad, que pagó por su rescate noventa mil dinares.»

Nowairi, al decir que la mezquita de Sevilla fué quemada por los normandos durante esta expedicion, ó la ha confundido con la de 844, ó ha copiado descuidadamente al autor que tenia á la vista. Ibn-Jaldun (folio 9 r.) afirmando poco mas ó menos lo mismo, no ha incurrido sin embargo en semejante error. «Los Madjus, dice, desembarcaron en Sevilla y enseguida en Algeciras, cuya mezquita quemaron. Rodrigo de Toledo que encontró lo mismo en el autor árabe que traducía, tampoco lo entendió puesto que dice: «Eodem anno sexaginta naves a Normannia advenerunt, et Gelzirat, Alhadra, et Mezquitas. undique deductis spoliis, cœde et incendio consumpserunt.» Su yerro ha sido de lamentables consecuencias; pues muchos autores, entre otros Mr. Werlaff en vez de decir que los normandos quemaron la mezquita de Algeciras, Aljadhra, tal es el nombre árabe de Algeciras, muchos han escrito, «que

los piratas saquearon la ciudad de Algeciras, la del Alhadra en la Estremadura portuguesa y la de de Mosquitella en Beira.»

Notable es que Nowairí é Ibn-Jaldun digan que los normandos penetraron hasta Pamplona y que cogieron prisionero á García, rey de Navarra (1). Ninguna razon vemos para poner en duda la exactitud de esta noticia que no se encuentra, que sepamos, en ninguna otra parte. Sabido es que los normandos no asolaban únicamente las costas sino que se internaban á menudo; y tambien es sabido, á pesar de la oscuridad casi impenetrable que envuelve á la antigua historia de Navarra, que en esta época, García, hijo de Iñigo, reinaba en aquel país. Segun una carta citada por Traggia (2), este Garcia, hijo de Iñigo, era contemporáneo de Galindo (II) de Aragon, el cual vivia realmente en la época de que se trata, como hemos tenido ocasion de comprobar, estudiando el manuscrito de Meya. Segun otro título citado por Moret (3), el rey García hijo de Iñigo, era

(1) En el man. de Leiden de Ibn-Jaldun se lee por error Schaluna, la buena lección benaboluna se encuentra en el manuscrito de Paris; además Ibn-Jaldun dice que García pagó setenta mil y no noventa mil dinares por su rescate.

(2) En el «Diccionario histórico-geográfico de España» por la Academia de la Historia, t. II, p. 92, a.

(3) «Investigaciones» p. 231.

contemporáneo del obispo de Pamplona Willesindo y de Fortunio abad de Leyre, ambos nombrados por Eulogio de Córdoba, autor de aquel tiempo. Por último, los historiadores árabes (4) traen detalles sobre una expedición que el sultan Mohammed mandó hacer, en el año 860 ó en el siguiente, contra el rey de Navarra, *García hijo de Iñigo*.

Antes de abandonar esta materia, debemos hacer observar que en el único tomo que nos queda de los «Anales de Ibn-Hayyan» se habla también incidentalmente de esta invasión, pues al dar el célebre analista árabe la lista de los sublevados contra el sultan Abdalláh, cita entre ellos al renegado Sarabânki (Sadund Ibn-Fath) diciendo entre otras cosas (man. de Oxford, fól. 17 v.): «Bajo el reinado de Mohammed, los Madjus que desembarcaron en la costa occidental de España lo hicieron prisionero y lo rescató un mercader judío creyendo hacer un bonito negocio. Sarabânki pagó algun tiempo á su acreedor el interés de la suma que habia adelantado por él; pero más tarde se fugó y olvidando el préstamo del judío, le hizo per-

(4) Ibn-Adhâri, t. II, p. 99 y 100; Nowairi en el año 246, (en el man. de París porque el de Leiden presenta en este sitio una gran laguna); Ibn-Jaldun, fól. 9 r.; Maccari, t. I, p. 225 y 226.

der su dinero. Habiéndose arrojado luego á las montañas comprendidas entre Coimbra y Santander, y que áun llevan su nombre, se entregó al bandolerismo en las tierras de los musulmanes y en la de los cristianos: sucedieronle muchas aventuras, siendo, por último, muerto por mandato de Alfonso III, señor de Galicia.»

III.

INVASIONES DE 966--971.

El tratado celebrado en Saint-Clair sur l'Epte aseguró á Rollon y á sus compañeros de armas la posesion de la provincia que habian conquistado en Francia, y á la que se dió desde entónces el nombre de Normandía; pero la paz entre franceses y normandos fué de corta duracion, y en la guerra que los primeros duques tuvieron que sostener contra el rey de Francia llegaron á éstos refuerzos de Dinamarca y Noruega; refuerzos que les era fácil obtener, pero de que les era muy difícil desembarazarse cuando ya no los necesitaban. Así pudo experimentar en 966 Ricardo I, quien tuvo la suerte de que se le ocurriera la idea de enviar á España á sus importunos auxiliares, arrojando de este modo Normandía las sobras de su barbárie sobre la península ibérica.

En guerra contra el conde de Chartres, Thibauld el Tramposo, secundado por Lotario, rey de Francia, Ricardo I, apellidado Sin Miedo, nieto de Rollon, recurrió al rey de Dinamarca, Haraldo Blatand (Haraldo el de los dientes negros) que le habia defendido veinte años antes, y que en esta ocasion le envió un ejército de dinamarqueses paganos. Conducidos por Ricardo, estos valientes y terribles guerreros, remontaron la corriente del Sena devastando horriblemente los países circunvecinos, hasta el punto que el conde y el rey se vieron obligados á implorar la paz. Ricardo, aunque muy propicio á aceptar las ventajosas condiciones que le ofrecian, se creyó obligado á obtener el consentimiento de los daneses, mas éstos que eran señores y no auxiliares se negaron á todo arreglo. — «No queremos paz, ni áun siquiera tregua, gritaron unánimemente, lo que queremos es someter toda la Francia á tu dominio. No quieres, pues bien: la tomaremos para nosotros.» Razones, ruegos, humildes súplicas todo fué inútil: los daneses persistieron tenazmente en su negativa. Entónces los embajadores franceses, á fuer de hábiles y perspicaces, aconsejaron al duque que llamase separadamente á los gefes daneses y procurase atraérselos con promesas y regalos. Si-

guió aquél el consejo al pié de la letra y habiendo logrado persuadir á algunos gefes, los demás tambien accedieron por último á sus deseos; pero á condicion de que les dieran mucho dinero y los guiasen á un pais que pudiesen conquistar. Ricardo les aconsejó entónces que fueran á España y les dió por guias á gente de Coutances. (1)

Los daneses al salir de los puertos de Normandía se dividieron, segun costumbre, en muchas bandas. Una fué á atacar las costas occidentales de la España musulmica; hé aquí lo que se lee sobre esta materia en Ibn-Adhàri, (t. II, p. 254, 255,) que tomó sus noticias acerca de los Madjus del tiempo de Hacâm II, del cronista contemporáneo Aríb, á quien ordinariamente seguia:

«El 1.º de Redjeb del año 355 (23 de Junio 966) el califa Hacâm II recibió una carta de Casr abi Danis (Alcacer do Sal) diciéndole que una escuadra de Madjus se habia presentado en el mar de Occidente, cerca de dicho sitio; que los habitantes de toda la costa estaban muy inquietos porque sabian ya de antiguo las costumbres de los Madjus de hacer correrías por España y, por

(1) Dudon de San Quintin (apud Duchesne, *Hist. Normann. Script.*) p. 144 C—151 D.

último, que la flota se componia de veinte y ocho barcos. (En aquel tiempo cada barco contenia cerca de ochenta personas, pudiendo, por tanto, calcularse el número de los daneses en dos mil doscientos cuarenta hombres). (1) Otras muchas cartas llegaron de esta costa con noticias sobre los Madjus, participando entre otras cosas que éstos habian saqueado en todas partes y habian llegado hasta la llanura de Lisboa. Los musulmanes marcharon contra ellos y les presentaron una batalla en la que sufrieron el martirio muchos de los nuestros; pero tambien muchos infieles encontraron allí la muerte. La flota musulmana salió inmediatamente de la rada de Sevilla y fué á atacar á la de los normandos en el rio de Silves. Los nuestros pusieron muchos bajeles enemigos fuera de combate, libertaron á los prisioneros musulmanes que en ellos se encontraban, mataron á un gran número de infieles é hicieron huir á los demás. Desde entónces empezaron á llegar á Córdoba de la parte occidental continuas noticias acerca de los movimientos de los Madjus, hasta que Dios los alejó!!» Y algo más adelante: «En este mismo año Ha-

(1) Dithmar de Mersebourg hablando de la escuadra de Canut en 1016.

câm dió á Ibn-Fotais la órden de llevar de nuevo la escuadra á el rio de Córdoba, (el Guadalquivir,) y construir barcos por el modelo de los normandos, (Dios los confunda), esperando que de ese modo los Madjus tomarian los barcos musulmanes por los suyos y se aproximarian.»

Ibn-Jaldun (fól. 16 v.) copiado por Maccarì (t. I, p. 248) habla tambien de esta invasion, á la que señala una fecha falsa (354 de la Hegira en vez de 355); hé aquí lo que dice: «En este año los Madjus aparecieron en el Occéano y saquearon las llanuras que rodean á Lisboa; pero despues de haber reñido un combate con los musulmanes, se volvieron á sus barcos. Hacâm encargó á sus generales que custodiasen las costas y ordenó á su almirante Abderraman Ibn-Romahis darse á la mar sin pérdida de tiempo. En seguida se recibió la noticia de que las tropas musulmanas habian derrotado al enemigo en todos los puntos.»

En Dudon de San Quintin creemos volver á hallar la batalla, dada cerca de Lisboa, de que hablan los cronistas arábigos. Ha venido siendo opinion general que el pasage de que nos ocupamos se referia á una batalla librada en Galicia; pero las palabras de Dudon no se prestan á interpretaciones se-

mejantes. Dice, (p. 151 D. 152 A.): Degollados los aldeanos en todas partes se puso por fin en marcha un ejército español contra los normandos, este ejército fué derrotado y cuando los vencedores volvieron á los tres días á despojar á los muertos, encontraron que ciertas partes de los cadáveres de los negros (*nigellorum Ætiopumque*) estaban blancas como la nieve, mientras otras partes habian conservado su color primitivo.» «Quisiéramos saber, añade Dudon, cómo explican los dialécticos este hecho, ya que pretenden que el color negro es inherente al Etiópico y no cambia nunca.» A nuestro parecer es obvio que aquí se trata de los moros y no de los gallegos. En los *sagas* del Norte los sarracenos llevan el nombre de *Blamenn*, *hombres negros*, porque en Escandinavia creían que todos los sarracenos eran de este color (1). Los daneses, al despojar á los muertos en el campo de batalla, se maravillaron mucho viendo que, á pesar del color moreno de su cara y de sus manos, los moros tenían la piel tan blanca como ellos.

Dudon atestigua, como vimos, que los

(1) Compárese el «Diccionario geográfico» en el tomo XII de los *Scripta. Hist. Islandorum*, en las palabras *Blalandia*, *Mauri*, etc.

daneses consiguieron la victoria en esta batalla, é Ibn-Adharí dá á entender lo mismo; aunque bien se advierte que le cuesta trabajo confesar la derrota de los musulmanes. Más tarde, sin embargo, los normandos sufrieron grandes reveses, pues aunque muy valientes, no era posible que á la larga pudiesen resistir á las excelentes tropas y soberbia marina de Hacân II. La Galicia les ofrecia más probabilidades de triunfo; alguna de sus bandas, segun parece, atacó este país, inmediatamente despues de su partida de Normandia. A lo ménos la crónica de Iria, (c. 9), refiere que Sisenando, obispo de Santiago de Compostela, pidió permiso al rey Sancho (muerto hácia fines del 966) (1) para fortificar la capital de su diócesis y tenerla dispuesta contra un golpe de mano de los normandos, que hacian entónces frecuentes correrías por Galicia. Aprobado su proyecto por el rey, hizo rodear á Compostela de murallas, torres y fosos profundos.

Creemos que hacia la misma época próximamente debe fijarse el desastre sufrido por

(1) Tal es la fecha que dá el monge de Silos, (c. 70): Sampiro se engaña cuando fija la muerte de Sancho en 967, pues un título del 19 de Diciembre de 966 (citado por Risco, «Historia de Leon,» t. I, p. 212 y 213) llama á este año el primero del reinado de Ramiro.

una escuadra normanda, cerca de San Martín de Mondoñedo; acontecimiento de que no habla ninguno otro documento y cuyo recuerdo se ha conservado solo por la tradición oral.

El pueblecito de San Martín de Mondoñedo, situado en la costa septentrional de Galicia, cerca de Foz y á tres leguas de Mondoñedo, y que no cuenta hoy día arriba de mil quinientas almas, tuvo sin embargo, el honor de ser durante dos siglos y medio, (desde 866 hasta 1112,) la residencia del obispado de Dumio. A alguna distancia de la villa, en un sitio llamado Murente, se encuentra la capilla del *santo obispo*, peregrinación muy frecuentada por la gente de mar (1); la veneración que disfruta esta capilla debe su origen á una tradición antigua, segun la cual, Gonzalo, obispo de San Martín de Mondoñedo, estaba con su clero y fieles en la colina donde se encuentra hoy la capilla y desde donde se divisan muchas leguas de mar, cuando los piratas normandos (2) intentaron desembarcar en la playa. El obispo pi-

(1) Véase Madoz, Diccionario geográfico t. XI p. 493.

(2) La gente del país parece haber nombrado siempre á los normandos; también se ha dicho que los enemigos eran sarracenos; pero parece que esta opinión se ha propalado solo por los eruditos, especialmente por Sandoval.

dió entonces al cielo que aniquilase á aquellos bárbaros, y todos sus buques se fueron á pique, escepto uno, el del gefe, que quedó para llevar la noticia del desastre á las demás escuadras. Desde entonces Gonzalo, cuyo sepulcro se enseña todavía en San Martin (1), ha sido venerado siempre como un santo por los habitantes del país. El clero agraviado por el culto que se tributaba á un hombre que no figuraba en el catálogo de los santos, hizo vanos esfuerzos porque desapareciera; pero el pueblo estaba de parte de San Gonzalo, á quien canonizó por su propia autoridad, y el clero, cansado de la lucha, concluyó por consentir lo que no estaba en sus manos evitar.

Por nuestra parte no vacilamos en admitir la certeza de la tradicion, en cuanto á su fondo; pues nada tiene en verdad de milagroso, ni de imposible, que una escuadra, victima de la tempestad, se perdiese en la playa en el momento mismo de estar rezando un obispo. La única dificultad es la fecha; inútil es decir que se ha olvidado enteramente á San Martin y que las hipotesis de los sabios han sido muy poco afortunadas, como ha demostrado Florez. Cierto que Gonzalo no

(1) Abierto este sepulcro en 1648 se encontró en él un cayado dorado al lado del cadáver.

vivió ni durante la primera, ni la segunda invasion de los normandos, pues ámbas son anteriores á la época en que San Martin llegó á ser sede episcopal; pero las noticias que de los obispos poseemos son incompletas, no habiendo, segun observa Florez, lugar para Gonzalo mas que entre los años 942 y 969: siendo muy de estrañar que este ilustre autor no haya pretendido colocarle en el año 966, época en que los normandos comenzaron á infestar las islas de Galicia, sin duda porque, al escribir su artículo sobre el dicho obispo, no tuvo presentes los textos relativos á estas invasiones, quedando, á nuestro juicio, fuera de controversia que Gonzalo vivia en aquel tiempo.

La razon que tenemos para colocar el naufragio de la escuadra antes de la época en que los normandos comenzaron su gran expedicion á Galicia, antes del 968, es que Teodomiro, probablemente sucesor de Gonzalo, asistió á la reunion de obispos, celebrado en Navego en 969, y que por tanto debió entrar algun tiempo antes, como observa Florez (1), en el desempeño de su dignidad. Esto no obstante tampoco nos opondriamos á que se fijase el naufragio en 968.

La gran expedicion de los daneses á Gali-

(1) Tomo XVIII p. 106.

cia no comenzó, según Sampiro (1), hasta el año segundo del reinado de Ramiro III, es decir, el 968 (2), época en que debieron reunirse todas sus bandas, pues los piratas llevaban cien barcos, pudiendo por tanto, evaluarse su número en ocho mil hombres. Llamábase su jefe Gunderedo (nombre que se escribe Gudræd en la antigua lengua del Norte) y Sampiro le dá el título de rey, mas se comprende que era solo un rey de mar un *vikingue*. Este vikingue, pues, devastó cuantos países halló á su paso, y el gobierno no pudo impedirlo, amenazado como estaba de una anarquía feudal. Ramiro III á quien se daba el título de rey era niño todavía y su tía Elvira, que era una religiosa, gobernaba en su nombre; los nobles, no queriendo obedecer á una muger ni á un niño, rompieron los lazos que los unian al trono, declarándose cada cual independiente en el país que gobernaba (3). Los daneses supieron aprovecharse de este estado de cosas y durante año y medio no parece que encontraron en parte alguna resistencia seria; pero, en el mes de Marzo de 970 se aproximaron á Santiago de

(1) C. XVIII. «Esp. Sagr.» t. XIV.

(2) Véase la pág. 353, nota primera.

(3) Mon. Sil. c. 70.

Compostela, y el obispo Sisenando salió á su encuentro, presentándole la batalla el 29, en un sitio que los cronistas llaman Frosnellos. El éxito fué desastroso para el obispo que murió de un flechazo, quedando derrotadas sus tropas, y cayendo, segun todas las apariencias, la ciudad de Compostela en poder de los normandos.

Segun el manuscrito de la *Historia Compostelana* se libró esta batalla el 29 de Marzo de 968 (Era 1006) (2). Ya hizo observar el erudito Florez que tal fecha es inadmisibile, porque en el mes de Junio de aquel año, Sisenando de Compostela asistió á la reunion de obispos celebrada en Navego, y piensa que en vez de MVI es necesario leer MVIII, (año 970) opinion á la que deferimos con gusto; pero además de esta razon, aún milita otra en favor nuestro, sacada de los *Anales Complutenses*, que dicen: «Sub era MVIII venerunt Lodormani ad *Campos*.» Dificil seria decir que sitio es este *Campos*, sobre todo tratándose, no de un lugar de poco más ó ménos, sino de una ciudad importante, renombrada y conocida de todo el mundo. Todo se aclara leyendo *Compos* en vez de *Campos* y consi-

(1) *Hist. Comp.* c. 6, *Cron. Iriense* c. 11.

(2) *Esp. Sag.* t. XIX p. 45f.

derando esta palabra como una abreviatura de *Compostela*, en cuyo caso la crónica de que nos ocupamos trae la verdadera fecha, á saber: el año 970.

Después de la victoria que consiguieron en Frosnellos, los normandos robaron toda Galicia (1) y según Dudon de San Quintin, saquearon é incendiaron en totalidad diez y ocho ciudades.

En el año tercero de su expedición, es decir, en 971, apresuráronse á abandonar á Galicia con el proyecto, no de volver á su país, como piensa Sampiro, sino de ir de nuevo á atacar á la escuadra musulmana. Un pasaje de Ibn-Adhâri, que ahora citaremos, disipa todo género de dudas sobre este punto. Durante su retirada sufrieron rudos descalabros. En primer lugar tuvieron que luchar con Rudesindo, pariente del obispo Sisenando, muerto en la batalla de Frosnellos. Rudesindo, á quien la iglesia ha colocado en el catálogo de los santos y que España venera bajo el nombre de San Rosendo, fué al principio obispo de San Martín de Mondoñedo. El año 942 se despojó de su dignidad para consagrarse enteramente á los ejercicios espirituales en un claustro de que

(1) Sampiro c. 28.

era fundador, y allí acudió el gobierno á buscarle cuando Compostela perdió su obispo, pues los consejeros de la regente comprendieron que en las difíciles circunstancias por que atravesaban, Galicia tenia necesidad, no ya de un buen pastor, sino de un hombre cuya influencia y autoridad fuesen lo bastante grandes para restablecer el órden social gravemente trastornado; de un hombre que pudiese reunir en un haz todas las fuerzas de la provincia y volverlas contra los piratas escandinavos. Por lo ilustre de su cuna, (era aliado de la familia real) por sus talentos, por el respeto y veneracion que sus virtudes inspiraban, Rudesindo era el hombre de la situacion. El gobierno le rogó tambien que se encargase de administrar interinamente la diócesis de Compostela. Rudesindo se dejó arrancar, aunque no sin pena, de su apacible soledad, y accediendo á los ruegos del jóven monarca y de los grandes, aceptó el puesto de honor y de peligro que se le ofrecia. El rey lo nombró entónces su lugarteniente en Galicia, invisitiéndolo de plenos poderes para hacer cuanto creyese necesario por el restablecimiento de la tranquilidad y por libertar al país de los pillos que lo asolaban. El obispo consiguió formar un ejército, y, puesta su con-

fianza en Dios, lo condujo contra los normandos, repitiendo sin cesar estas palabras del psalmista: «Ellos tienen caballos, ellos tienen carros pero nosotros invocamos el nombre de Dios:» trabado el combate derrotó á los enemigos. (1)

Por su parte el gobierno consiguió también poner un ejército en pié de guerra: confió su mando al conde Gonzalo Sanchez, atacó á los daneses y, aún más afortunado que Rudesindo alcanzó sobre ellos una brillante y completa victoria. Su rey Gundredo fué hallado entre los muertos, mas, aunque no dudamos de que los piratas sufrieron gravísimas pérdidas, el testimonio de Ibn-Adharí nos hará ver que exagera Sampiro al asegurar que murió hasta el último de los daneses y que fueron quemadas todas sus naves; debilitados y todo tuvieron fuerzas suficientes para intentar una invasión en la costa occidental de la España musulmana y hé aquí lo que Ibn-Adhâri, (tomo II, p. 257) dice sobre esta materia:

«A principios del mes de Ramadhan del

(1) Compárense los *Facta et miracula S. Rudesindi* («Esp. Sagr.» t. XVIII, apéndice n.º XXXII) c. 4 y 6, (super partes Gallæciæ Regias vices imperando exercebat) con las disertaciones de Florez sobre Rudesindo (t. XVIII, p. 73-105) y sobre Sisenando (t. XIX, p. 140-163).

año 360 (fines de Junio ó principios de Julio de 971) recibióse en Córdoba la noticia de que los Madjus normandos (Dios los maldiga) habian aparecido en el mar, y se proponian, segun su costumbre, atacar las costas occidentales de Andalucía. El sultan (Hacâm II) ordenó entónces á su almirante trasladarse lo más pronto posible á Almería, conducir á Sevilla la armada que se encontraba en aquel puerto, y reunir todas las demás escuadras en las playas de Occidente. »

Como Ibn-Adhâri no vuelve á hablar en adelante de los normandos, es de presumir que los espumadores de mar, intimidados por los preparativos del califa, volviesen á su pátria, y que esta vez los habitantes del litoral quedaran libres de miedo.

Nuestros lectores nos perdonarán que hayamos sido tan prolijos al hablar de esta invasion: la novedad de la materia nos sirve de excusa. En la memoria antes citada, M. Werlauff escribió dos páginas sobre este asunto, pero baste con decir que este sábio que goza de tan merecida reputacion por otros trabajos, no disponia en estas circunstancias de casi ningun documento. no conocia los textos árabes y en cuanto á los latinos, conocíalos solo de referencia, pues no pudo, á lo que parece, consultar la «Es-

paña Sagrada,» donde se encuentran. Privado de esta preciosa coleccion, fuéle tambien imposible aprovechar las excelentes disertaciones del erudito y juicioso Florez, acerca de este período de la historia de Compostela; y, sin embargo, cuando se trata de aquel tiempo, es indispensable haberlas estudiado, porque ellas nos enseñan la necesidad de servirse con circunspeccion de la «Historia Compostelana,» de la «Crónica de Iria» y de la «Vida de San Rudesindo,» cuyos autores se han complacido, por una razon ya explicada, (1), en calumniar á los obispos de esta época. Segun M. Werlauff las fuentes latinas de la historia de España solo se ocupan de las expediciones de que hemos tratado hasta aqui; y, sin embargo, estos documentos hablan de otras muchas invasiones de que nos ocuparemos ahora, y sobre las cuales suministran noticias utilisimas los historiadores del Norte.

(1) Antes p. 22 y 23.

IV.

EXPEDICION DE SAN OLAO.

Entre las ciudades españolas destruidas y saqueadas por los normandos, debe contarse la de Tuy, en la desembocadura del Miño; el testimonio principal respecto á este punto es una carta de Alfonso V, fechada en 29 de Octubre de 1024, en la cual este rey hace donacion de la diócesis de Tuy al obispo de Compostela (1) En ella se leen estas palabras:

«Post non longum vero tempus, crescentibus hominum peccatis gens Leodemavorum (2) pars marítima est dissipata: &

(1) Esta carta se encuentra en la «Esp. Sagr.» t. XIX, pág. 390 y siguientes.

(2) Esta palabra es sin duda una falta del compilador del cartulario, pues debe leerse «Loordamani,» como tendremos ocasion de ver cuando volvamos sobre esta forma. Por lo demás el mismo error se halla en un título de la infanta Urraca, («Esp. Sagr.» t. XXII, apéndice 1, donde se copia en parte el que ahora damos, (tambien se lee allí «Leodemoni.»)

quoniam Tudensissedes ult ima præ omnibus Sedibus, & infima erat, ejus Episcopus qui ibi morabatur, cum omnibus suis ab ipsis inimicis captivus ductus est, & alios occiderunt, alios vendiderunt, necnon & ipsam Civitatem ad nihilum reduxerunt, quæ plurimis annis vidua, atque lugubris permansit. Postea quidem, prosperante Divina misericordia, quæ disponit cuncta suaviter, ac regit universa, multas quidem ipsorum inimicorum services fregimus, & eos de terra nostra ejecimus, divina gratia adjuvante. Transactoque multo tempore cum Pontificibus, Comitibus, atque omnibus Magnatis Palatii quorum facta est turba non modica, tractavimus ut ordinarem per unasquasque Sedes Episcopos, sicut Canonica sententia docet. Cum autem vidimus ipsam Sedem dirutam, sordibusque contaminatam, & ab Episcopali ordine ejectam, necessarium duximus bene providimus, ut esset conjuncta Apostolicæ Aulæ cujus erat provintia, et sicut providimus, ita concedimus.»

Esta carta nos permite determinar con cierta aproximacion la fecha de la invasion normanda que nos ocupa. Alfonso V, cuando sucedió á su padre Bermudo II, en el año 999, era todavia muy jóven, aunque no

tanto como pretende Pelayo de Oviedo, que solo le concede cinco años, porque es cierto que ya habia nacido en 992 (1). Séanos, pues, lícito suponer que contaba ocho años en 999. Ahora bien, como dice formalmente en su carta, que él mismo expulsó á los normandos, es forzoso admitir que tendria edad de poder mandar el ejército, de donde deducimos que la invasion no fué anterior al año 1008, siendo por el contrario posible que fuera posterior.

Las cartas relativas al obispo de Tuy arrojan muy poca luz sobre la materia, pues el obispo Viliulf, que gobernó cuarenta años esta diócesis, firma su última carta el año 999 (2), y aunque ignoramos si tuvo por sucesor inmediato á un tal Alfonso, está fuera de duda que antes de ser destruida dicha ciudad, un Alfonso ocupó su obispado. Así resulta de una carta de 1112, que trata de la invasion de los normandos y en la que se dice que ésta ocurrió poco despues de la muerte del referido Alfonso. El nombre del obispo á quien los normandos cogieron prisionero, nos es desconocido.

Nada, por tanto, nos impide creer que la

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXXVIII, p. 8 y 9.

(2) Véase «Esp. Sagr.» t. XXII, p. 57.

ciudad deTuy fué saqueada por los normandos hácia el año 1012. Bajo este supuesto nos atrevemos á añadir que lo fué por el famoso vikingue noruego, Olao hijo de Harald, que reinó más tarde en su pátria. Canonizado un año despues de su muerte llegó á ser el patron de Noruega y muy pronto le dedicaron una multitud de iglesias, no solo en el Norte, sino tambien en las Islas Británicas, Holanda, Rusia y aun en Constantinopla.

Era un santo de una especie singular; pirata desde la edad de doce años habia invadido ya á Suecia, á la isla de Æsel, á Finlandia y á Dinamarca, cuando llegó á las costas de Holanda. (1) En este país, escitó su codicia Thiel, cuyo comercio estaba entónces muy floreciente, y remontando el Wahal, sin perder momento se apoderó de esta ciudad, cuyos habitantes emprendieron la huida á su aproximacion. Los piratas la saquearon é incendiaron; por respeto hácia la religion no quemaron la iglesia de San Walburgo y despues de cerrar sus puertas, se contentaron, dice un autor de aquel tiempo, con coger

(1) Verso del scalda contemporáneo Sigwat, en la *Saga Olafs Konung ens helga*, ed. Munch et Unger (Cristiania 1853) p. 19.

las vestiduras sagradas, los ornamentos del culto y en una palabra, todos los objetos de valor. Parece, sin embargo, que hubieron de cometer en ella algunas tropelías, porque más tarde el obispo de Utrech, Adelbold, se creyó obligado á reconstruirla.

El año siguiente Olao Haraldsson volvió con noventa bajeles y, derrotando á los holandeses que quisieron oponerse á su paso, llegó hasta Utrech. A su aproximacion los habitantes incendiaron las casas del arrabal, temerosos de que los piratas se ocultasen en ellas; Olao les dió calorosamente las quejas. «No teneis razon ninguna, les dijo, para destruir vuestro barrio, jamás pensé haceros daño alguno; cómo habia de ocurrirme semejante idea cuando teneis un obispo á quien venero como á un santo? Lo único que queremos mis camaradas y yo es que nos dejeis entrar en vuestra ciudad á fin de poder orar en vuestras iglesias y ofrecerle nuestros dones.» Pero los maliciosos habitantes de Utrech, desconfiando de la piedad de los piratas, en la que solo vieron una de esas extratagemas con que los normandos acostumbraban á introducirse en las ciudades para saquearlas luego, respondieron con mucha entereza y cortesía que no podian admitir dentro de sus muros á hombres arma-

dos, y, bien fuera respeto al santo obispo, (como asegura un panegirista de éste), bien que no se creyese en estado de apoderarse de una ciudad tan bien fortificada, como Utrech estaba entónces, Olao desanduvo el camino y se dió nuevamente á la mar. (1)

Inglaterra, donde reinaba el débil é indolente Ezelredo, fué entónces el teatro de sus expediciones. Tomó en union con Thorquel, lugar-teniente del rey de Dinamarca Sven, en el año 1011, la importante ciudad de Cantorberi que faltando á sus compromisos se habia negado á pagar á los daneses el tributo que habia aceptado. «Príncipe gracioso, — cantó más tarde su bardo Otar el Negro, — el mastin ha entrado en el vasto Cantaraborg. Las llamas y el humo jugaron terriblemente con las casas: descendiente de héroes, tú mandabas á la victoria! á mis oidos ha llegado que quitaste la vida á muchos hombres.» (2) En efecto la carnicería fué terrible; el incendio fué, segun un agiógrafo contemporáneo, semejante

(1) Véanse los autores citados por Van Bolhuis, «De Noormannen in Nederland,» p. 191-200.

(2) Saga Olafs, p. 21, ed. de 1853. Véase *ibid* los versos de Sigwat sobre el mismo asunto. Los compiladores de esta Saga cometieron muchos errores hablando de la perma-

al de Troya ó al de Roma bajo Neron. En vano el arzobispo Elfegio, venerado de todos por sus virtudes y su edad, se precipitó delante de los bárbaros, suplicándoles que perdonase á su desdichado rebaño; él, fué víctima de su abnegacion.—Los normandos lo cogieron, oprimieron su cuello para ahogar sus gritos, atáronle las manos, desgarráronle las mejillas con sus uñas, diéronle de puñetazos y puntapiés y despues de esto lo llevaron delante de la catedral para que presenciase la suerte este edificio, adonde se habian refugiado el clero, los monges, las mugeres y los niños. Montones de leña estaban ya acumulados contra las murallas, los normandos les prendieron fuego dando gritos salvajes; muy pronto las llamas tocaron al techo, las vigas inflamadas cayeron, y torrentes de plomo derretido obligaron á los desdichados que allí se albergaban á abandonar la iglesia, y conforme iban saliendo los piratas los iban acuchillando

nencia de Olao en Inglaterra, (véanse á este propósito las excelentes observaciones de M. M. Keyser y Unger, «Olafs saga hins helga, en Kort. Saga,» etc. (Cristiania 1849) p. 98; 104. Es necesario atenerse á los cantos de los Scaldas contemporáneos, que son documentos completamente seguros para la historia.

ante los ojos del obispo

Los normandos que habian metido á este en un inhumano calabozo le perdonaron la vida durante muchos dias, con la esperanza aun de que les pagaria el enorme rescate que le habian exigido; mas, como para contentarlos el obispo hubiera tenido necesidad de espoliar á la iglesia, rehusó hacerlo y su tenacidad exasperó á sus verdugos hasta tal punto que un dia que llegaron de Dinamarca toneles de vino y bebieron con profusion, despues de la comida, no sabiendo que hacer para divertirse, mandaron llamar al anciano. «Oro, obispo, le gritaron de todas partes en cuanto lo apercibieron, oro ó vas á desempeñar un papel que te hará famoso en el mundo.» El obispo, mal inspirado é ignorando probablemente que estaban beodos, tuvo la torpeza de dirigirles un sermón ofreciéndoles el oro de la palabra divina, y amenazándoles con una muerte terrible si se atrevian á atentar á su vida; mas, apenas hubo acabado de hablar, cuando los normandos, rugiendo como bestias feroces, empezaron á tirarle el uno un hueso, el otro una piedra, el de más allá una cabeza de buey. El desdichado anciano cayó al suelo maltratado de la manera mas brutal é inmoral y aún debió dar gracias á Dios cuando un danés, á quien ha-

bia administrado el bautismo, le dió por compasion el golpe de gracia (1).

La iglesia siempre imparcial y equitativa mira á Elfegio como á un santo, lo mismo que á Olao Haraldsson, uno de sus asesinos.

Algun tiempo despues de la muerte del arzobispo, Olao salió de nuevo á la mar para volver á tomar su antigua profesion y entónces saqueó las costas de Francia, como lo acreditan estos versos de su bardo Ottar el negro: «Joven rey, tu á quien los combates no turban la alegría. tu has podido devastar á Peita (el Poitu). Príncipe, tu has hecho la prueba de tu escudo pintado en Tuskaland (el país de Tours, la Turena).»

Olo Haraldsson estuvo en España durante esta expedicion, respecto á la cual tenemos de poco años á esta parte un testimonio positivo que se halla en la crónica de Noruega, escrita en una de las Orcadas, y publicada por primera vez en 1850, por un erudito eminente, M. Munsch de Christiania (2). El autor

(1) Osbern, *Vita S. Elphegi en Langebek, Script rer. Danic* tomo II, p. 439 y siguientes. Langebek ha citado en sus notas los pasajes de los cronistas ingleses que se refieren á estos acontecimientos.

(2) Ademár (c. 53 en la Recopilacion de Pertz t. IV páginas 139-140, habla sin duda de la misma expedicion, que no debe confundirse con la que de tratan las crónicas de Normandia, como lo han hecho no solo Deppiag sino aún escritores mas serios

de esta crónica nos enseña (p. 17) que Olao Haraldsson fué á atacar á Bretaña y á España donde consiguió muchas victorias: «*Olavus interim Britones debellat, et usque Hispaniæ partes profectus ibique clarissimos suæ victoriæ títulos relinquens, rediit in Daniam.*» etc. Ahora bien, como la época de la expedición de Olao coincide con la destrucción de Tuy por los normandos, no vacilamos en decir que él fué quien saqueó esta ciudad é hizo prisionero á su obispo. Fué la suerte de este menos dura que la del infeliz Elfeigio? Lo ignoramos; pero el obispo debió ser vendido como esclavo ó muerto, pues en Galicia jamás se le volvió á ver.

Hemos dicho que á nuestro conocimiento no ha llegado más que un solo testimonio que afirme que Olao estuvo en España en esta época; sin embargo hay otros no exentos de valor, y como la crónica de que hemos hecho mérito, aunque inspirada en bue-

tales como los autores del «Diccionario geográfico» que se encuentra en el tomo XII de los «Scripta. Hist. Island.» Esta última expedición fué hecha por el rey de Noruega Olao Tryggvason (1000) y por el rey de Dinamarca Sven y es anterior en muchos años á la de Olao Haraldsson.

(1) La publicación de M. Munch lleva este título: «*Symbolæ ad historiam antiquiorem rerum Norvegicarum Christiania, 1850.*»



nas fuentes, no se escribió hasta el siglo XV (1), no será superfluo citar aquellos. Osbern, biógrafo de Elfegio, refiriendo que el cielo castigó cruelmente á los asesinos del santo, dice; que dos de sus bandas marcharon, una en cuarenta buques y otra en veinte y cinco, á países lejanos y desconocidos, donde fueron esterminadas por sus moradores (2). No pudo ser una de esas escuadras la de Olao y uno de esos países *lejanos y desconocidos*, España que apenas era conocida de Inglaterra en aquella época? Convenimos en que la banda de Olao no fué sin duda esterminada, pero fué espulsada al menos por Alfonso V y no debe perderse de vista que al piadoso Osbern le gusta exagerar las cosas cuando cree que vá en ello la reputacion del santo á quien ensalza.

Otro testimonio es mucho mas explícito y probará á nuestro juicio que Olao fué arrojado con su escuadra mas allá de la desembocadura del Miño.

Este testimonio nos lo suministra la saga

(1) M. Munch (p. v.) piensa siempre que la parte principal de la crónica se compuso hacia el año 1300.

(2) *Quadráginta vero, itemque viginti quinque, ad exteras atque ignotas regiones appulsæ, et quasi quæ insidiarum gratias venissent, ab eisdem miserabiliter intercæptæ.* Recopilacion de Langebek. II. p. 423.

islandesa que lleva el nombre del célebre vikingue: el fondo de este relato (1) se encuentra en la redacción que consultamos la cual es, según las curiosas investigaciones de los sabios de Christiania, la más antigua que poseemos. y data de la segunda mitad del siglo XII, (entre 1170 y 1180); pero existen fragmentos de una redacción aun más remota y que parece ser de la primera mitad del siglo XII, es decir, de la época en que comenzó á escribirse la tradición oral. Los datos por tanto de este saga merecen un examen muy serio, aunque solo sea por su antigüedad y como nombra á los Kalrsar, como el punto más lejano á que llegó Olao en su expedición, debemos investigar lo que debe entenderse por esta palabra.

Schæning sospechó si era el Miño, opinión en que no nos detendremos; pues aunque estamos convencidos de que Olao estuvo en ese río, no vemos razón ninguna justificada para que le diese el nombre de Kalrsar. En el Diccionario geográfico que forma el tomo XII de los «Scripta Historia Islandorum», obra de profunda erudición, se halla una explica-

(1) Olafs saga edición de 1849 c. 14-17 ed. de 1853. c. 25. Formanna Sogur t. IV p. 55-58: t. V. p. 162-165. C. f. Fa-grskiinna, p. 71.

cion enteramente distinta. Los autores de este precioso trabajo traducen (p. 103-104) Kalrsar por las aguas de Carlos y, despues de decir que los normandos tenian la costumbre de cambiar los nombres de los lugares extranjeros en nombres que tuviesen para ellos alguna significacion, piensan que por Kalrsar ó aguas de Carlos debe entenderse el Garona; opinion adoptada por los sabios de Cristiania M. Munch, Keyser y Unger.

Sin negar la exactitud de la hipotesis que sirve de punto de partida á estos eruditos, debemos sin embargo manifestar que el conjunto del relato, al menos á nuestro parecer, no consiente pensar en el Garona. Desde luego el saga dice formalmente que los hombres que viven cerca de Karlsar son paganos é idólatras; y digan lo que quieran los autores del Diccionario geográfico (p. 352) á nosotros nos cuesta trabajo admitir que Olao y sus compañeros, que eran cristianos, aunque muy malos por cierto, considerasen á los habitantes de Bordelés como adoradores de ídolos. En segundo lugar, el país cercano á los Karlsar es evidentemente un *fairy-land* como dicen los ingleses, un país de *encantamento*, si nos es permitido espresarnos así, pues Olao encontró allí dos mónstruos que mató, un javali enorme y una sirena á que los habi-

tantes reverenciaban como dioses tutelares. Ahora bien es verosímil que los normandos colocaran su *fairy-land* en Francia, á orillas del Garona? No lo creemos: Francia donde habian hecho tantas correrías, se parecia demasiado á los demás países cristianos saqueados por ellos para que hubiese podido herir su imaginacion hasta ese punto. Por último, y este argumento nos parece decisivo, el saga dice que Olao esperó en los Karlsar un viento favorable para pasar el estrecho de Gibraltar, luego es evidente que no se trata del Garona, pues ningun hombre, que esté en su cabal razon, esperará en la embocadura de este rio un viento propicio para entrar en el mediterráneo. Debe tratarse por el contrario de una localidad cercana al estrecho de Gibraltar.

A nuestro parecer se refiere á la bahia de Cádiz; allí era donde los buques esperaban ordinariamente un viento favorable para pasar el estrecho; allí donde moraban entónces los paganos, es decir los musulmanes, pues es sabido que todos los pueblos cristianos miraban entónces á los sectarios de Mahoma como idólatras; allí en fin era donde los normandos debieron colocar su *fairy-land*; pues para ellos, Cádiz, donde vivian los singulares *Blamenn* (los negros) estaba al final

del mundo. Los romanos creyeron lo mismo: «*terraram finis Gades*» habia dicho Silio Itálico.

Réstanos pues explicar porque los normandos dieron á la bahia de Cadiz el nombre de *karlsar*.

A nuestro parecer este término no quiere decir *las aguas de Carlos*, sino *las del hombre, las del hombre grande*, pues la palabra *karl* significa en todas las lenguas germánicas *un hombre grande, fuerte, robusto*, por eso un navío de Olao cuya popa estaba adornada con una cabeza de rey, llevaba el nombre de *karl-hœfus, cabeza de hombre, de hombre grande* (1), y traduciéndose *karlsar* de esta manera se explicará fácilmente porque los normandos dieron este nombre á la bahia de Cádiz.

Todo el mundo ha oido hablar de las columnas de Hércules (B) en Cádiz, pero aunque los autores clásicos las nombran á menudo (2) únicamente por los autores árabes, y por los Pséudo Turpin, es por quienes sabemos co-

(1) Saga Olafs p. 38 edicion de 1853. *Karlshœfus* cabeza de hombre es tambien el nombre de un personaje muy conocido en las sagas.

(B) Véase la nota B al fin del tomo.

(2) C. F. Suarez de Salazar. «Grandezas y antigüedades de Cádiz,» p. 149-150.

mo debe entenderse esta expresion. Los árabes conocian muy bien estas famosas columnas que existieron hasta el año 1145 y dieron de ellas descripciones muy detalladas. Eran muchos pilares redondos de piedra muy dura que se encontraban en el mar unos sobre otros; cada uno de estos pilares tenia quince codos de circunferencia y diez de alto, y estaban unidos entre sí con hierro y plomo, midiendo el edificio entero sesenta y aún cien codos de altura, (los geógrafos difieren acerca de este punto). Pero como no tenia puerta, no se podia entrar en él; encima habia una estatua de bronce de seis codos de alto, que representaba un hombre con la barba larga, vestido con un cinturon y un manto dorado que le llegaba á media pierna; con la mano izquierda oprimia los panes (1) contra su pecho y en la derecha, estendida hácia el Estrecho, tenia una llave. (2)

Vése, pues, que la muy característica de-

(1) Satiros que reconocian por su gefe al dios Pan. — N. del T.

(2) Véase Cazwini, l. II^a p. 370, ed. Wüstenfeld; Dimichki, man. 464, f. 168, v.; Ibn-Iyâs, man. 818, p. 361; de Gayangos, t. I, p. 78-79; Turpini, «Hist. de vita Caroli magni,» c. 3, (ed. Reiffenberg, «Cronique rimée» de Philippe Mouskes, t. I, p. 491).

nomination de Karlsâr, *las aguas del hombre*, se explica por sí sola. Ese hombre de nueve piés sobre las columnas de Hércules, esa estatua verdaderamente colosal, debió herir la imaginacion de los normandos y es natural que dieran á la bahía de Cádiz un nombre que, en aquel tiempo, le convenia perfectamente.

Pero quizás conviene que demos un paso más; quizás haya en el mismo saga una vaga reminiscencia de la estatua del hombre grande. Léese allí que Olao cuando se encontraba en la bahía de Cádiz, donde habia combatido á los *paganos* y donde esperaba un viento favorable para atravesar el Estrecho, tuvo un sueño muy notable. Un hombre de un «aspecto magestuoso y formidable» se le presentó y le mandó que no continuase su viage: «Vuélvete á tu país, le dijo, porque reinarás eternamente en Noruega.» Olao creyó que este sueño significaba que reinarían en su pátria él y sus descendientes. Obedeció, pues, el consejo recibido y se volvió. Lo que más nos mueve á creer que hay aquí algun recuerdo confuso de la estatua, es que los autores árabes dan la misma interpretacion á la mano estendida de la figura, diciendo que esa mano estendida significa, «Vuélvete al país de donde has venido.»

Por lo demás damos poca importancia á esta observacion y si se prefiere que sea un ángel el que se apareció á Olao, como lo parece dar á entender en su redaccion del saga Snorri Sturlason, no nos opondremos á ello.

V.

EXPEDICION DE ULF.

En la historia de los Canutidos (1) se encuentra este pasaje: «Ulf, un *iarl* (conde) de Dinamarca, era un bravo guerrero; fuè en calidad de vikingue al Occidente, conquistó y asoló el pais y recogió un botin considerable; por esta razon se le llamaba Galizu Ulf.»

Ya advirtieron los eruditos del Norte que, segun los sincronismos suministrados por el autor de la «Historia de los Canutidos,» este Ulf, de quien habla tambien incidentalmente (2) Saxo Grammaticus, llamándolo Ulvo Galicianus, debió nacer por el año 1000. Ahora bien, afirmando la *Historia Compostelana* que los normandos algazuaron en Gali-

(1) *Knytlínga saga*, en los *Formanna Sogur*, t. XI, p. 302.

(2) Compárese *Esp. Sagr.* t. XIX, p. 194 y siguientes.

cia, siendo Cresconius obispo de Compostela, es decir, entre 1048 y 1066 (3), se hace indispensable armonizar estos dos testimonios y presumir que el vikingue que invadió á Galicia en tiempo del mencionado obispo, era el danés Ulf.

Por lo demás la *Historia Compostelana* no trae ningunos pormenores acerca de esta correría y cuando dice que Cresconius exterminó á los invasores (1), no debe, á nuestro juicio, tomarse esta expresion al pié de la letra, pues el autor español exajeró los reveses de los normandos, como el autor islandés exajeró sus triunfos.

(3) Lib. XII, p. 595, ed. Müller y Velschow.

(1) Cresconius—suæ militiæ circumspecta strenuitate
Normanos, qui hanc terram invaserant, funditus extinxit.

VI.

LOS ÚLTIMOS VIKINGUES.

Las invasiones referidas son las únicas de que las crónicas traen pormenores, aunque según los mismos documentos dan á entender, es de suponer que hubo otras. Así Ibn-al-Cutia considera la primera y segunda como una sola expedición de catorce años, de donde parece inferirse que durante este tiempo los piratas no dejaron reposar un instante á las poblaciones de las costas de España. Por otra parte en una fortaleza, mandada edificar por Alfonso III (866-910) para proteger á Oviedo, hay una inscripción (1) donde se lee:

«Caventes, quod absit, dum navalis gentilitas piratico *solent* exercitu properare, ne

(1) Publicada en la «Esp. Sagr.» t. XXXVII, p. 216; cf. p. 329.

videatur aliquid deperire etc.» La «Crónica de Iria (c. 9) dice también que el obispo Sisenando hizo rodear á Compostela de murallas «propter diram sævamque incursionem Normanorum ad Frandensium (1) prædarum dispendio Gallæciam sæpe afficientium.» Por último una carta de 1112(2) manifiesta que el obispo de Tuy, Naustus (encargado de la custodia de esta diócesis hácia el año 916, es decir, en época en que no se habla en las crónicas de ninguna invasion normanda) se retiró al cláustro de Labrugia á causa de las correrías de los normandos. Las crónicas hablan solo de las más importantes.

Esta observacion es aplicable especialmente á las posteriores al año 1050 que se prolongaron hasta mediados del siglo siguiente. Durante este período, en que el resto del continente europeo se vió libre de las rapiñas de los piratas escandinavos, las invasiones en España fueron, por el contrario mucho más frecuentes que hasta entonces. De dónde venian estos piratas? Unos

(1) En el capítulo XI este cronista vuelve á decir: «Normani et Frandenses.» Debe leerse *Trandenses*? Los *Thrand* son los noruegos; dábase á la mayor parte de Noruega el nombre de *Thramdhein* (pais de los *Thrands*) conservado en el de la ciudad de *Drontheim*.

(2) «Esp. Sagr.» t. XXII. núm. 14.

eran noruegos que iban á tomar parte en las Cruzadas y que creyendo hacer una obra meritoria combatiendo á los infieles, olvidados de que Galicia era un país cristiano, recordaban en cambio con demasiada viveza las mañas de sus antepasados, vikingues como ellos. El mayor número de estos piratas, sin embargo, no venian de Noruega sino de las islas británicas. «Al Norte de Cádiz, dice un autor citado por Maccari, (t. I, p. 104) se hallan las Islas Afortunadas con gran número de ciudades y aldeas, de allí proviene el pueblo llamado de los Madjus, cuya religion es la cristiana; Bretaña es la principal de estas islas y se encuentra situada en medio del Occéano, al Norte de España; en ella no hay montañas ni rios, y sus habitantes tienen que recurrir al agua llovediza para beber y humedecer la tierra.» El autor de la *Historia Compostelana* (lib. 2, c. 23) dice tambien hablando de estos piratas «*Anglici vel Normanigenæ*» y refiriendo una invasion, ocurrida en 1111, les llama simplemente ingleses, *Anglici piratæ*, (l. I, c. 76).

No nos basta, sin embargo, con saber que los piratas de los siglos XI y XII descendian de los Escandinavos (*Normanigenæ*) y venian de las islas británicas, necesitamos precisar esta indicacion que es demasiado vaga; cosa

por extremo difícil, si no tuviéramos otro testimonio que el de la *Historia Compostelana*. Y como los Anglo-normandos, los barones de Guillermo el Conquistador y sus descendientes están fuera de juego, hemos de hacer nuestra eleccion entre los Estadillos fundados por los noruegos en las costas de Escocia, de las Hebridas y en Limerick, Waterford y Dublin, pequeños Estados que subsistieron mucho tiempo despues de la conquista de Guillermo (1). Afortunadamente de este apuro nos saca el autor citado por Mac-carî, dándonos á entender con bastante claridad, no obstante lo ambiguo de sus frases, que los piratas provenian de un país donde no habia rios ni montañas. Este dato, que tanto llamó la atencion de los orientalistas, y, que en efecto, sería muy de extrañar si el autor, como se ha supuesto, hablase de Inglaterra ó (lo que sería peor) de la Bretaña Armórica, (2) este dato que los árabes tomaron de los mismos Madjus, nos conduce precisamente al único país en que habia entónces vikingues, pues no existian, al ménos segun

(1) Sobre estos pequeños Estados puede consultarse una obra de un sábio dinamarqués de clarísimo ingenio, Mr. Orsay (*Die Dannen und Nordmanner in England Schottland und Irland*).

(2) Reinaud *Geographie d'Abulfeda*. t. II, p. 265.

nuestras noticias, en los estados fundados por noruegos, de que hemos hecho mérito. Si este dato, se refiere á las Orcadas es de bastante exactitud, pues de esas sesenta islas solo veinte y nueve están habitadas; todas, si no nos engañamos, carecen de rios, y á escepcion de alguna, como la de Hay, las demás carecen tambien de rocas, siendo por lo general praderas y brezales, donde apénas se vé un árbol que otro. Ahora bien, alli fué donde los noruegos, que no pudieron doblegarse al cristianismo ni á la monarquía, como la entendian Harald Harfagr y sus sucesores, buscaron y encontraron un asilo; allí fué tambien donde las antiguas costumbres de la Escandinavia se conservaron más largo tiempo, merced á la independencia casi absoluta de que se gozaba, pues el rey de Noruega reinaba allí solamente de nombre. El *iarl* de las islas pagaba solamente un tributo y estos *iarls* que eran poderosos, reforzados por los daneses y los noruegos, que habitaban en otras islas al Norte de Escocia, se hallaban en estado de equipar grandes escuadras con las que hacian frecuentes conquistas en Escocia. El *iarl* Sigurd el Gordo y su tio Thorfinn, muerto en 1064, eran célebres vikingues. «Aunque para los vikingues habia comenzado una era

nueva, la cristiana, dice con razon Mr. Worsaae, las Orcadas produjeron todavia, durante más de un siglo despues de la muerte de Thorfinn, hombres, cristianos en el nombre, pero wikingues paganos por su manera de pensar y obrar, entre los cuales figuró en primera línea Swen Asleifsson, que vivia á mediados del siglo XII, en la pequeña isla de Gairsay al N. E. de Mainland, quien no solo tomó una gran parte en las numerosas discordias y revoluciones de que las Orcadas fueron teatro, sino que tambien llevó á cabo expediciones de wikingues contra otros paises. Rodeado de una faccion de ochenta hombres pasaba el invierno en su castillo, viviendo en la abundancia con el botin recogido en la primavera; despues de la recoleccion algareaban por las costa de Inglaterra, Escocia é Irlanda; en el otoño volvia á su isla á traer el trigo, y hecho esto, comenzaba de nuevo sus correrías hasta que el invierno le obligaba otra vez á interrumpirlas.

La historia de los Orcadinos, como ahora veremos, no calla en absoluto acerca de sus espediciones á España, mas frecuentes de lo que aquella dá á entender, como lo prueban los documentos arábigos. Citaremos en primer lugar respecto de esta mate-

ria, un pasage del final del artículo que consagra el geógrafo Edrisi á la isla de Saltes (1), (cerca de Huelva) pasage que se refiere precisamente á las expediciones de los últimos vikingues y que en vano buscariámos en la traducción del orientalista M. Jaubert, quien lo suprimió diciendo en una nota!» aquí el texto del man. A. contiene un cuento referente á pretendidos adivinos, que nos abstenemos de traducir.» Lo cierto es que por un yerro muy singular, el difunto M. Jaubert creyó que la palabra *Madjus* significaba *adivinos, mágicos* pero hé aquí lo que se lee en el man. A de París, que hemos consultado: «Los Madjus se apoderaron *en muchas ocasiones* de esta isla cuyos habitantes cada vez que oían decir que los Madjus volvian, se apresuraban á emprender la huida y abandonar la isla.» Estas palabras ponen de manifiesto que hau sido muy numerosas las invasiones de los vikingues, quienes, á ejemplo de sus antepasados, formaban á la desembocadura de los grandes rios establecimientos, que les servian de punto de retirada. punto

(1) Saltes ó Chaltich como dicen los árabes era una islita y no una península, como han creído el Sr. Gayangos y M. Slane. «La isla de Chaltich está rodeada de mar por todas partes» t. II p. 20.

de partida y depósito para el botín (1).

En la obra del Sr. Gayangos se encuentra un pasaje aún mas notable (t. I. p. 79) tomado de un geógrafo andaluz que vivia á mediado del siglo XII; he aqui lo que en él se lee (2).

«Habia en otro tiempo en el océano grandes navíos á que los andaluces daban el nombre de *Corcur* (3) con una vela cuadrada delante y otra detrás. Llevaban hombres de una nacion á la cual se dá el nombre de Madjus. Estas gentes eran fuertes, atrevidas y muy experimentadas en la navegacion y cuando desembarcaban en la costa, lo llevaban todo á sangre y fuego, de modo que á su aproximacion los habitantes huian á las montañas, con cuantos objetos de valor poseian. Las invasiones de estos bárbaros eran periódicas y ocurrían cada siete años. El número de sus barcos nunca bajaba de cuarenta,

(1) Aprovechando sin duda el ejemplo de los Madjus, los corsarios andaluces del siglo XII, entre los que se nombran especialmente los de Saltes, hicieron lo mismo durante sus invasiones á la costa de Galicia. Véase *Hist. Comp.* t. I c. 103.

(2) Este pasaje es uno de los que el Sr. Gayangos dá como si se encontrasen en Maccari, pero que está tomado de manuscritos de su propia coleccion, la mas rica quizás de las que existen en manos de particulares.

(3) El *navis longa* de los romanos, el langskisp de los sagas islandeses.

(1) y algunas veces llegaba á ciento. Estos piratas *devoraban* á todas las personas que encontraban en el mar. Conocian la torre de que he hablado, (2) y, navegando en la direccion indicada por la estatua, se mantenian en disposicion de entrar en todo tiempo en el mediterráneo y asolar las costas de Andalucía é islas accesorias: algunas veces llegaban hasta la costa de Siria: pero, destruida la estatua por órden de Ali-Mamun, segun dijimos, no volvió á oirse hablar mas de esos hombres, ni á verse sus *Corcur* en estos parages, á escepcion de dos que se fueron á pique, uno en Mersa-al-Madjus (el puerto de los Madjus (3), y el otro cerca del promontorio de Trafalgar.»

Aunque poseemos pocas noticias acerca de estas expediciones que, segun el testimonio del autor árabe, ocurrían siempre cada seis ó siete años, daremos sin embargo las que hemos podido recoger en los documentos de la historia del Norte; advirtiéndole que bajo el nombre de piratas comprendemos tambien á los cruzados de Noruega y de las

(1) Esto es una exageracion.

(2) Las columnas de Hércules.

(3) Ignoramos donde se encontraba ese puerto: el Sr. Galyangos cita acerca de este puerto á Becri, que sin embargo no nombra este puerto en parte alguna.

Orcadas, á quienes los moros segun parece, daban igualmente el nombre de Madjus, y los cristianos de España con toda seguridad, pues la *Historia Compostelana* califica sencillamente de piratas á los cruzados de que tratamos, nombres que, como se verá, les cuadraba á las mil maravillas.

Hablemos en primer lugar de la expedicion del rey Noruego Sigurd, apellidado Jorsalafari (el que ha estado en Jerusalem.)

Cuando el rey de Noruega Magnus Descalzo fué muerto en Irlanda, quedó dividida la Noruega entre sus tres hijos, todos muy jóvenes aún y uno de ellos, que reinó antes en las Orcadas (3), llevaba el nombre de Sigurd; poco tiempo despues algunos cruzados noruegos volvieron á su patria y como era cosa de no acabar nunca cuando se ponian á referir las maravillas que habian visto en Constantinopla y en tierra santa, y el pingüe sueldo que el emperador bizantino concedía á los normandos que servian en su guardia, muchos de sus compatriotas, ardiendo en deseos de ir á Constantinopla y á Jerusalem, rogaron á los reyes, que uno de ellos se pusiese á su cabeza; Sigurd

(1) Saga Magnuss ber fæltis (Fornmanna Sögur, t. VII), página 40.

se encargó de conducirlos. El año 1007 se dieron al mar los cruzados con sesenta bajeles é invernaron en Inglaterra, donde el rey Enrique I, hijo de Guillermo el Conquistador, les dispensó una magnífica acogida. En la primavera del año siguiente fueron hacia Galicia, que los sagas llaman la *Jacobsland*, tierra de Santiago, y como, á lo que parece, no tenían prisa de llegar á su destino, resolvieron invernar en ella. El gobernador del distrito donde arribaron se comprometió á proveerles por su dinero de víveres, durante todo el invierno; pero despues de navidad faltó á su promesa. Sigurd tomó una pronta venganza y atacó el castillo del gobernador, (1) el cual no teniendo bastantes tropas para defenderse, emprendió la fuga; Sigurd entónces se apoderó del castillo donde encontró gran cantidad de víveres y muchos objetos de valor que hizo trasportar á sus barcos; luego dirigió sus correrías hacia el Medio dia y encontrándose piratas (vikings, dice el saga) sarracenos, los combatió y les quitó ocho barcos, y por último habiendo atacado á Cintra, de donde los paganos salian en

(1) Se ha sospechado que se trata aquí de Compostela; pero si fuese así, el autor de la *Hist. Comp.* no hubiese dejado de hablar de esta expedicion, de la que nada dice.

algaras contra los cristianos, se apoderó de esta fortaleza y pasó á cuchillo á todos sus defensores, «visto que no querian abrazar el cristianismo.»

Despues de la toma de Cintra, Sigurd fué hacia Lisboa, cuya poblacion es mitad cristiana, mitad pagana. Allí dió su último combate, y luego se dirigió á AlcacerdoSal (Alkassa en el saga) que tomó, saqueó y destruyó mandando matar á los habitantes de esta villa, que no quisieron huir. Navegando de allí hacia el Estrecho, se encontró con una flota de piratas sarracenos, y trabando un combate con ella la derrotó.

Horrible fué el acto de barbarie que llevó á cabo en Formentera, acto cruel que se ha repetido en nuestro siglo, y por el cual Francia al menos no tiene derecho de reprochar á un noruego del siglo XII.

La isla de Formentera era en aquel tiempo un refugio de bandidos: estos habían depositado su botin en una cueva situada en una roca de difícil acceso, y defendida además por una fuerte muralla. Los noruegos procuraron aproximarse, pero los sarracenos se lo impidieron arrojando sobre ellos una lluvia de flechas y piedras, y en son de burla, les enseñaban desde lo alto de la muralla objetos preciosos, poniéndolos de cobardes. Para

castigarles de sus bravatas, Sigurd recurrió entónces á un medio singular que le dió resultado. Mandando arrastrar dos barcas hasta la cumbre de la roca, hizo liar cables á sus popas y proas; luego metió en ellas á todos los hombres que cupieron y las dejó deslizar, por medio de los cables, hasta encima mismo de la muralla: ya en esta ventajosa posicion, los noruegos hicieron llover flechas y piedras sobre las cabezas de los sarracenos, que muy pronto se vieron obligados á abandonar la muralla y á retirarse á la cueva.

El gefe noruego entonces se encaramó con el grueso de sus tropas y penetró en ella; los sarracenos procuraron todavia defenderse tras una segunda muralla, en la misma caverna; pero Sigurd inutilizó sus esfuerzos: mandó llevar una gran cantidad de haces de leña á la abertura de la caverna, y prendiéndoles fuego, formó una inmensa hoguera; los sarracenos murieron todos ahogados ó quemados vivos y sus tesoros cayeron en manos de los noruegos, que en ninguna expedicion habian cojido un botin tan pingüe.

Despues de librar nuevo combates en Ibiza y Menorca, Sigurd hizo rumbo á Sici-

lia y de allí á tierra santa (1).

Poco despues, en el año 1111, el pais llamado el Jacobsland por los sagas fué asolado de nuevo por los que se decian cruzados. El autor de la *Historia Compostelana* (L. I c. 76) nos suministra pormenores muy curiosos sobre este punto, siguiendo casi siempre las mismas palabras del cronista.

En la época de que tratamos una terrible guerra civil despoblaba los reinos de Castilla, Leon y Galicia: la heredera de estos estados, Urraca, hija de Alfonso VI, estaba indispuesta con su marido Alfonso el Batallador, rey de Aragon, y los nobles se habian dividido en dos bandos, uno en favor de Urraca y su hijo y otro en favor de su esposo. En este último militaban dos señores gallegos, Pelayo Godesteiz y Rabinat Nuñez, y, como Urraca habia encargado al ambicioso pero hábil Diego Gelmirez, obispo de Compostela, que les quitase sus castillos, aquellos se vieron obligados á tomar á su servicio «piratas, que venian del lado de Inglaterra é iban á Jerusalem, gentes sin ninguna piedad (2); esperando ponerse en estado de asolar con

(1) Saga Sigur bar jorsala fara (Formanna Sögur t. VII) página 74-85; Fagrskinna, p. 159-161.

(2) «Nullus pietatis melle condita.»

su ayuda el interior de las tierras y las costas;» sus esperanzas no fueron vanas «los ingleses hicieron de improviso una correría por la costa, degollaron á los unos, despojaron á los otros de todo cuanto poseían y, como si hubiesen sido moabitas, (sarracenos) obligaron á muchos cargados de cadenas á pagar su rescate, y aun no paró en esto pues nos quedan que decir cosas que harán estremecer de horror: ciegos de codicia violaron las iglesias, se apoderaron sacrilegamente de los objetos sagrados y de las personas que encontraron en ellas.» Santiago los castigó por esto: la armada del obispo, que había recibido orden de ir á atacar un castillo de la costa, perteneciente á los enemigos de la reina, encontró y asaltó la de los piratas en el momento en que estos acababan de destruir una iglesia y trasportaban el botín á sus barcos. Los gallegos les quitaron tres buques, y, cojiéndoles gran número de prisioneros, continuaron su marcha.

El obispo Diego Gelmirez se alegró mucho de esta victoria; mas, cuando vió á los prisioneros gimiendo y derramando lágrimas, se apiadó de ellos, y, dirigiéndose á sus marinos, les dijo: «Sabeis, hermanos míos, que la quinta parte del botín me pertenece de derecho, pues bien renunció á ella si que-

reis cederme á los prisioneros.» Los marinós consintieron sin dificultad: entónces el obisdo libertó á los cautivos despues de hacerles jurar que no harian mas correrías á paises cristianos.

El cronista nada mas nos dice; pero es de presumir que los piratas, recobrada su libertad, se unieran á sus camaradas y continuaran juntos su camino á tierra santa.

Estos cruzados, segun ellos se llamaban, estos sacrilegos, que saqueaban las iglesias, estos *moabitas*, en una palabra, venian sin duda de las Orcadas, cuyos habitantes no eran cristianos mas que de nombre, y aun quizás sea posible nombrar á su gefe. Eralo á mi juicio el iarl de las Orcadas Hacon Paalsson (hijo de Pablo), hombre turbulento y pérfido, que dueño de la mitad de las Orcadas, estuvo al principio en guerra con su primo hermano Magnus, poseedor de la otra mitad; y, luego, concertando con él una entrevista para arreglar sus diferencias, lo hizo matar del modo mas atroz, sacándole de la iglesia donde estaba (1). De esta manera vió cumplirse Hacon la profecía, que lejos de su morada de Suecia, le habia hecho un

(1) Magnus que al morir dió pruebas de grande abnegacion de si mismo llegó á ser el patron de las Orcadas.

adivino pagano, de que cometeria un abominable crimen y reinaria en todas las Orcadas. Pero el adivino le habia pronosticado tambien que haria un largo viaje hacia el mediodia, y bien Hacon estuviese interesado en el cumplimiento de esta parte de la profecia, bien su espíritu inquieto no le permitiese permanecer en las Orcadas, es lo cierto que fué en peregrinacion (por mar probablemente) primero á Roma y despues á Jerusalem (1). En vista de lo espuesto creemos que este hombre que era vikingue, (2) que consultaba á los adivinos paganos, que «no conocia la piedad,» segun la espresion de un un saga, tan poco respetuoso con los lugares santos que hizo arrancar á su primo de detrás de un altar, este hombre, casi pagano en fin, puede muy bien haber sido el impío pirata que destruyó tantas ciudades en Galicia durante su peregrinacion á Jerusalem: la única dificultad es la fecha; la de la muerte de Magnus anda en opiniones: algunos la fijan en el año 1104, pero Torfinn, que ha consagrado una larga disertacion á este asunto, (3) se decide por el

(1) Orkneyinga saga, p. 100-101; 124-131, 138; Magnus helga saga, p. 442-444, 481 y siguientes, véase especialmente p. 492 y 494.

(2) Orkneyinga saga p. 96.

(3) Véase sus Orcadas p. 84 y 86.

año 1010: si este cálculo es exacto, y tambien que Hacon fué á Jerusalem *algunos años* despues de la muerte de su primo, como se lee en los sagas, entónces no pudo haber estado en Galicia en el año 1111. Pero es sabido que la cronología de los sagas es estremadamente inexacta, y por nuestra parte creemos que en esta circunstancia su testimonio tiene muy escaso valor.

Nos contentaremos con observar de pasada que los noruegos asistieron á la toma de Lisboa en 1147, (1) y nos detendremos en el viage que hizo á Jerusalem otro iarl de las Orcadas, Ronald, (2) el cual se encontraba en Noruega el año 1150, cuando volvió á su patria un noble guerrero de este pais, Eindridi el Joven, que habia servido mucho tiempo en la guardia del emperador bizantino. Los relatos de este guerrero despertaron en los noruegos y en los compañeros del iarl el deseo de visitar las comarcas lejanas del mediodia y del oriente, y Ronald consintió en ser el gefe de la expedicion, para la cual se estuvieron haciendo durante mas de dos años grandes preparativos, en las Orcadas y en

(1) Véase Wilken, Geschichte der Kreuzzüge t. III p. 269. nota II.

(2) Propiamente Rögnvald; pero á causa de la eufonia, hemos dejado á este nombre su forma escosesa.

Noruega, El año 1152 partió por último de las Orcadas con una escuadra de quince buques; mas, en vez de ir directamente á Jerusalem dieron un largo rodeo; pues Ronald, habiendo oido hablar de la bella Ermengarda, vizcondesa de Narbona que en circunstancias muy difíciles gobernaba sus estados con tanta gloria como sabiduría y que reunia á las gracias de una muger amable los talentos de una política y el valor de un caballero (1), queria hacer una visita á esta muger extraordinaria, de la quien su trovador Peire Rogier ha dicho: «El que no la ha visto no puede imaginar que exista una belleza semejante.» (2) Ronald por tanto remontó la corriente del Garona hasta Tolosa, y de allí fué por tierra á Narbona. (3) donde la preciosa vizcondesa le dispensó una acogida muy lisonjera; durante muchos dias

(1) Véase sobre Ermengarda, *Hist. General de Languedoc*, t. III. p. 89.

(2) Raynouard, *Choix des poésies des troubadours*, t. III p. 38.

(3) Tal debió ser la ruta que siguió Ronald; pero el Orkneyinga saga no lo dice y solamente habla de Narbona, como de una ciudad marítima. También Torfeus, (véanse sus Orcadas, p. 123,) se encontró muy embarazado con este pasage, pues ni comprendia como Ronald habia ido á Narbona antes de ir á Galicia, ni ha sabido donde colocar la Narbona del saga. La mencion de Ermengarda no deja duda ninguna sobre este punto.

consecutivos dió á Hacon y á su cortejo magníficos festines, á los que se dignó asistir una vez rodeada de las damas de su corte. La gracia de sus maneras, la elegancia de su trage, su afabilidad, el encanto de su voz y sobre todo sus blondos cabellos, finos como la seda, que caian sobre sus espaldas, todo esto causó una impresion profunda en el ánimo del jóven iarl, y cuando ella le hubo ofrecido una copa de oro llena de vino, su entusiasmo le inspiró un poema muy galante en loor de su patrona. Habiéndole insinuado algunos que pidiese la mano de la hermosa dama, Ronald respondió que deseaba cumplir su peregrinacion primero y mas tarde veria lo que habia de hacer; pero Ermengarda podia contarle ya entre el número de sus adoradores, y, si los trovadores la cantaban en el dulce idioma de la Provenza, Ronald y sus escaldas la cantaban tambien, á cada momento, en el varonil idioma de los hijos del Norte.

Despues de abandonar á Narbona, se embarcaron de nuevo y fueron á Galicia, donde tenian intencion de pasar el invierno. Desembarcaron en ella cinco dias antes de la fiesta de navidad y exigieron viveres, bajo promesa de pagarlos. Los habitantes hubiesen rechazado esta pretension de muy buena

gana, vista la esterilidad del país; pero intimidados por el gran número de sus importunos huéspedes, no se atrevieron, y les suministraron víveres; y, rogaron á Ronald que en cambio de este servicio los libertase de un señor extranjero, que los abrumaba con impuestos y á quien el saga daba el nombre de Gudifreyr. Era este, añade, un hombre inteligente que, merced á sus largos viages, hablaba muchos idiomas; pero por lo demás era duro y avaro: y como los gallegos cedían de antemano á Ronald todo el botín que se recogiese, el iarl se dejó fácilmente persuadir de que debía prestarles socorro. Como el castillo era difícil de tomar resolvieron quemarlo, y para ello los orcadinos apilaron contra sus murallas grandes montones de leña. El castellano, no contando con soldados suficientes para rechazar á los sitiadores, púsose á idear una traza para salvar, ya que no la vida de los que estaban á sus órdenes, al ménos la suya, y creyendo encontrarlo, se vistió con un traje de mendigo y descolgándose por medio de cuerdas desde lo alto de la muralla se pasó al campo de los orcadinos, finjiéndose francés. Hablando en este idioma, que era de los extranjeros el que mejor comprendían sus enemigos, se apercibió desde luego que estaban divididos en dos

bandos; uno que guiaba Ronald y otra Eindridi, aquel noruego que servia en la guardia del emperador birantino; y dirigiéndose despues á este, diciéndole que el señor del castillo daria con gusto sus tesoros al que quisiera salvarle la vida, el asunto se arregló muy pronto sin que lo supiese el iarl. Eindridi prometió al castellano sustraerlo á sus enemigos, y por su parte, el castellano se comprometió á recompensarlo generosamente.

Vuelto el señor á su fortaleza, los orcadinos prendieron fuego á la leña amontonada, y mientras las llamas se propagaban á la muralla y Ronald, disparando flechas contra los sitiados, improvisaba versos en loor de Ermengarda, Eindridi hizo apagar el incendio por la parte cuyo ataque le estaba confiada, y salvó al señor del peligro. El castillo fué tomado y mucho de sus defensores degollados: pero los vencedores quedaron muy disgustados de no encontrar ni al castellano ni sus riquezas. Las sospechas recayeron en Eindridi; mas como todo habia ocurrido en medio de un humo espesísimo, no pudo probarse su perfidia.

Despues de la cuaresma abandonaron á Galicia, y siempre en direccion al Estrecho, no dejaron de invadir con frecuencia el ter-

ritorio sarraceno (1).

La expedición de Ronald, verificada ocho años después de la destrucción de la estatua de Cádiz, es decir, en la época en que el autor árabe, citado antes, fija el fin de las invasiones de los Madjus, parece haber sido la última. En adelante los orcadinos, aunque siguieron algún tiempo siendo vikingues, tuvieron demasiado que hacer en su casa y en sus inmediaciones, para poder emprender expediciones lejanas.

(1) Orkneyinga saga p 258-296; Saga Inga Haraldsonar (Fornmanna Sögur t. VII) p. 231.

VII.

ESPEDICIONES DE LOS NORMANDOS DE FRANCIA.

Aunque los noruegos, á quienes Carlos el Simple habia cedido una provincia de su reino, adoptaron pronto la lengua, costumbres y leyes de sus súbditos franceses, conservaron, sin embargo, su carácter distintivo. Acostumbrados al cambio y á las aventuras, no podian avenirse á la vida monótona que hacian en su nueva pátria. Piratas por naturaleza, y amigos de enriquecerse con el botin, miraban lo que poseian con ojos despreciativos; su ambicion era conquistar tesoros y reinos con la punta de su espada y como sabian soportar el calor y el frio, la sed y el hambre, las fatigas y las privaciones, abandonaban alegremente á Normandía para ir á realizar sus sueños á paises lejanos (1) To-

(1) Est quippe gen^e-,spe alias plus lucrandi, patrios agros

do el mundo ha oído hablar de sus brillantes expediciones por Italia. Pero las que hicieron á España merecen ser mejor conocidas de lo que son, y vamos á presentar los datos que acerca de ellas hemos podido recoger.

Segun la crónica de Ademar, los normandos llegaron á Cataluña, en el 1018, bajo el mando de Rogerio. Entrados al servicio de Ermesinda, que gobernaba entónces el condado de Barcelona, en nombre de su hijo menor, pelearon contra muchos príncipes sarracenos y entre otros Muset, es decir, Mojehid, príncipe de Denia y de las Baleares, el mayor pirata de su época, destructor de Pisa en 1012 y dueño de Cerdeña durante mucho tiempo. Un dia que Rogerio, casado con una hija de Ermesinda, solo tenia á su lado cuarenta hombres, cayó en una emboscada y se vió cercado de improviso por quinientos enemigos. Su hermano bastardo fué muerto; pero él y los suyos se defendieron con el mayor valor, y, dejando tendidos en el campo á mas de cien enemigos, volvieron á su campamento sin que los sarracenos se atrevieran

vilipendens; quæstus et dominationis avida;—laboris, inedice, algoris, ubi fortuna expedit, patiens. «Gaufredus Malaterra, Hist. Sicula, L. I c. 3 (Muratori, Script. rer. Italie. t. V, p. 530.

á perseguirlo (1). Quién era este Rogerio? Según Marca (2) debeleerse Ricardo porque en el año 1018 el duque de Normandia se llamaba Ricardo II y no Rogerio. Semejante opinion no nos parece plausible; los duques de Normandia estaban demasiado encumbrados para entrometerse en tales expediciones. El erudito M. Bofarull (3) parece muy inclinado á rechazar todo el relato de Ademar, fundado en que no se encuentra en las crónicas españolas ó árabes y en que ningun titulo habla de una hija de Ermesinda; pero el sabio archivero del Catálogo sabe mejor que nosotros que, cuando se trata de la historia de la edad media, esto es, de una historia cuyas fuentes son muy incompletas, debe recurrirse lo menos posible á argumentos deducidos del silencio de las crónicas y de las cartas. En las crónicas normandas de Orderico Vital y de Guillermo de Jumiéges hállanse algunas líneas que, si no confirman todos los detalles suministrados por Ademar, ponen al menos fuera de duda la permanen-

(1) *Ademar*, en Pertz, *Monum Germ* t. IV, de *Script.* p. 104 y 105. En este pasage hay un cuento popular que creemos deber pasar en silencio porque hemos hablado ya de él en el t. I página 82.

(2) *Marca hispanica* p. 429.

(3) *Condes de Barcelona* t. I p. 124.



cia de Rogerio en España, esplicándonos al mismo tiempo quien era este personaje. Orderico Vital (1), hablando de un caballero normando que hizo voto de pobreza y fué además director de un hospicio en las fronteras de Babiera y de Bohemia, dice de pasada que este personaje era pariente de «Rogerio de Toeni, apellidado el español.» En otro lugar (2) lo llama Rogerio de España. Guillermo de Jumiéges, por su parte, dice que Rogerio de Toeni, abanderado, es decir, general en jefe de la Normadía, caballero orgulloso y de gran poder estuvo en España y se distinguió en muchas expediciones peleando contra los sarracenos. Ahora bien, como la época en que vivía este Rogerio es la de que habla Ademar, es evidente que se trata de la misma persona; pues era en efecto de la familia de los señores de Toeni y de Conches, la cual descendía á su vez de Malehuche, tío de Rollon, que desempeñó un papel muy importante en la historia de Normandía. Este mismo Rogerio de Toeni fué quien, cuando el duque Roberto el Diablo fué muerto en Nicea, después de su vuelta de Jerusalem, (1035), se negó á reconocer al hijo bastardo de Roberto, Guiller-

(1) En la recopilacion de Duchesne p. 475 C.

(2) P. 686, B.

mo (el Conquistador.) Poco despues fué vencido y muerto por Rogerio de Beaumont (1).

Los normandos hicieron tambien otra expedicion á España que solo nos es conocida por las crónicas árabes.

Es bien sabido por las latinas que la fortaleza de Barbastro en Aragon, baluarte de Zaragoza, cayó por segunda vez en poder de los sarracenos en 1065; pero estas crónicas apenas indican que el año anterior los cristianos babian quitado á los moros la ciudad de Barbastro. Ibn-Hayyan, historiador cordobés de aquel tiempo, trae por el contrario noticias estensas y curiosas sobre el sitio y toma de dicha ciudad en 1064, siendo para nosotros la de más importancia que nombra á la nacion que conquistó la fortaleza. Este nombre propio está alterado en los manuscritos de Maccari, que cita una parte del pasage de Ibn-Hayyan (2), y trae *Al-ardemelisch* acabado en sin ó en schim: tambien el Sr. Gayangos en su traduccion compendiada de Maccari, trae *Al-ardemelis*, y en una nota de este pasage propone que se lea *Alaradimir* lo que, si hubiéramos de creerlo,

(1) Guillermo de Jumieges, loco laud, y Orderico Vital página 468, A.

(2) Véase la edicion de Leiden de Maccari t. II p. 749.

significaría Sancho I, hijo de Ramiro. Mas, como los manuscritos de Ibn-Basâm, donde el pasaje de Hayyan se encuentra copiado íntegro, trae el uno *Djysch Alordományn* y el otro *Djysch Alordomanyyn* nos hemos convencido que debe pronunciarse *Alordomani* y traducir *el ejército de los normandos*. En efecto Ibn-Adhari, hablando de la invasión de los daneses en 974 (1) los nombra igualmente. *Al Madjus alordomanyyn*, al Madjus alordomani y los cronistas latinos de España dan también á los piratas escandinavos el nombre de *Lordomani* (2). Por otro lado el autor del *Holal* dice que los conquistadores de Barbastro venían de Francia y hay también en el relato de Ibn-Hayyan, en la poesía francesa de la edad media y aún en las crónicas normandas, pruebas ciertas de que Barbastro fué tomado por los normandos, como demostraremos más adelante. Lo que ahora nos cumple hacer en primer término, es traducir el interesante relato de Ibn-Hayyan, debiendo advertir que seguiremos el texto que se encuentra en Ibn-Basâm y no en Maccari, pues este último autor como digimos en una breve nota colocada en

(1) Véase más arriba p. 363.

(2) Chron. Albeld. c. 59, 60; comparese más arriba p. 366 nota II.

la edicion de Leiden, cita este pasage de una manera por extremo inexacta. (1)

(2) Para esta traduccion hemos tenido a nuestra disposicion dos manuscritos el de Ghota (A) y el del Sr. Gayangos (B) confrontado por Mister Wright: como este último sabio tiene la intencion de publicar todos los fragmentos de Ibn-Hayyan que existen en Europa, hemos creido poder dispensarnos de dar el texto de este relato.

RELATO DE LA TOMA DE BARBASTRO Y DE LA
RECUPERACION DE ESTA CIUDAD POR LOS
MUSULMANES.

«Hé aquí lo que dice Ibn-Hayyan sobre este punto. En el año 456 el enemigo se apoderó de Barbastro, la fortaleza mas importante de la Barbitania (2) entre Lérida y Zaragoza, las dos columnas de la frontera superior; de Barbastro, venerable madre donde el islamismo habia florecido desde la conquista de Muza Ibn-Nosair; la que durante siglos habia disfrutado de una prosperidad continua mientras otras ciudades se arruinaban; la de fértil territorio y de fuertes murallas; la que edificada en las orillas del Ve-

(1) Antiguo nombre de Sobrarbe. «Quod modo dicitur Superarbitium, olim vocabatur territorium Bartitanum. *Fragm. hist. ex cartulario Alaonis.* (Esp. Sag. t. XLV p.1

ro (1) era el baluarte de los habitantes de la frontera contra los ataques de los enemigos; la que estuvo trescientos sesenta y tres años en poder de los musulmanes, y en la que echó mas profundas raíces la religion musulmica. Asi, que cuando un mensagero de desdicha vino de improviso á Córdoba á principio del mes de Ramadhan del referido año (mediados de Agosto 1064) á participarnos la caida de esta ciudad, la noticia hirió nuestros oidos como un trueno, exasperó los corazones hasta el delirio, é hizo temblar toda la tierra de España de un extremo á otro. Desde entonces no se habló de otra cosa que de este triste acontecimiento, y todo el mundo creia ya que, dada la disposicion de ánimo de príncipes y faquies, la misma Córdoba correría bien pronto la misma suerte (2).

«Refiramos ahora la terrible calamidad que asoló á Barbastro. El egército de los normandos sitió largo tiempo esta ciudad y le dirigió vigorosos ataques. El príncipe Yusuf Ibn-Solaiman Ibn-Hud, (3) á quien perte-

(1) El man. A. dice Naro y el man. B. Maro, debe leerse Baaro.

(2) Omitimos las consideraciones que dá Ibn-Hayyan aquí respecto á los faquies y príncipes de aquella época, pues aunque interesantes, nada tienen que ver con los normandos.

(3) Es decir Modhafar de Lérida.

necia, viéndola en tan grave riesgo, la abandonó á su suerte, y los habitantes se encontraron reducidos á sus propias fuerzas. Hacia ya mas de cuarenta dias que duraba el sitio y los sitiados comenzaron á disputarse los escasos víveres que poseian. Enterados los enemigos, redoblaron entónces sus esfuerzos y consiguieron apoderarse del arrabal. Cerca de cinco mil caballeros entraron en él; los sitiados, entre quienes comenzaba á cundir el desaliento, se fortificaron entónces en la ciudad, y se trabó un encarnizado combate en que perecieron quinientos cristianos; (1) pero el Todopoderoso quiso que una enorme y durisima piedra de un muro construido por los antiguos, cayese en un canal subterráneo, tambien de construccion antigua, que llevaba á la ciudad el agua del rio, y lo obstruyese enteramente. Entónces los soldados de la guarnicion, temerosos de morir

(1) El conde Ermengaudio de Urgel parece haber sido uno de este número. *Gesta Comitum. Barc.* c. VII: «*Succesit ei Ermengaudus filius eius, qui dictus fuit de Barbastre, eo quia in obsidione Barbastrensis castris, quod á Sarracenis adhuc detinebatur, plurimum laboravit, et eo anno quo captum est castrum, scilicet incarnationis Christi M. L. X. V. mortuus est.*» En lugar de 1063, el autor debió decir 1064. Esta misma falta se encuentra en la crónica de Ripoll (Villanueva t. V p. 245). De Marca (p. 455) ha confundido este Ermengandio de Barbastro con Ermengandio de Córdoba.

ahogados de sed, ofrecieron entregarse, estipulando que conservarían solo la vida y entregarían sus bienes y familia á los enemigos de Dios. Estos le concedieron lo que pedían; pero violaron su palabra, pues apenas salidos los soldados de la ciudad, los degollaron á todos, excepto al gefe Ibn-At-Tawil, al cadi Ibn-Isa y á un pequeño número de personas notables. El botin que los infieles cogieron en Barbastro fué inmenso. Cuéntase que á su general en gefe, comandante de la caballería de Roma, le cupieron en parte, cerca de mil quinientas jóvenes y quinientas cargas de muebles, ornamentos, vertidos y tapices, y tambien que en esta ocasion, cincuenta mil (1) personas fueron muertas ó reducidas á esclavitud.

«Los infieles se establecieron en Barbastro y allí se fortificaron.

«Un número incalculable de mugeres, cuando abandonaron la fortaleza en que se ahogaban de sed, se arrojaron al agua y bebieron inmoderadamente, cayendo muertas en el mismo instante. En general la calamidad que sobrevino á esta ciudad fué tal, que es necesario renunciar á describirla con todos sus horribles pormenores. Segun me

(1) Cerca de cuarenta mil, dice el autor del Holal.

han referido, acontecia á menudo que alguna muger rogaba á los infieles desde lo alto de las murallas, que le diese un poco de agua para ella ó para su hijo, y entónces recibia esta respuesta: «dame lo que tienes, échame alguna cosa que me guste y te daré de beber.» Ella obedeciendo arrojaba al soldado lo que tenia, vestidos, adornos ó dinero y al mismo tiempo le tiraba un odre atado á una cuerda que el soldado le llenaba de agua, y de este modo podia la infeliz aplacar su propia sed ó la de su hijo. Pero cuando el general en gefe se enteró de esto, prohibió á sus soldados dar agua á las mugeres de la fortaleza; «tened un poco de paciencia, les dijo, y prontos caerán los sitiados en vuestro poder.» En efecto muy pronto estos se vieron obligados á entregarse para no morir de sed, pero obtuvieron el aman. El gefe sin embargo sintió gran inquietud cuando vió lo numerosos que eran, y, temiendo que por recobrar su libertad se entregasen á un acto de desesperacion, ordenó á sus soldados que, espada en mano, aclarasen sus filas. Muchos de ellos, cerca de seis mil, á lo que se dice, fueron muertos entónces. Luego el rey (1) hizo cesar el

(1) Los árabes dán á menudo el título de rey á simples ge-

degüello y dió orden á los habitantes de la ciudad de salir con sus familias. Todos se apresuraron á obedecer, pero fué tal la muchedumbre que se agolpó á las puertas, que muchos ancianos, mugeres y niños quedaron ahogados. Muchas personas por evitar toda demora y llegar lo mas pronto posible donde hubiese agua, se dejaron descolgar por medio de cuerdas de lo alto de las almenas de las murallas y cerca de setecientos (entre notables y bravos guerreros) prefiriendo morir de sed á ser degollados, se quedaron en la ciudad.

«Cuando los que escaparon á la espada y no murieron ahogados en el tropel se reunieron en la plaza, cerca de la fuente principal, donde esperaban su suerte con indecible ansiedad, se les hizo saber que todos los que poseyesen una casa tenían que entrar en la ciudad con su familia. Se empleó hasta la fuerza para obligarlos á ello, y al entrar de nuevo en la ciudad, sufrieron casi tanto como al salir pues el gentio fué tambien inmenso. Despues, vueltos los habitantes á sus moradas con sus familias, los infieles, obedeciendo las órdenes de su gefe, (1) dividieron todo

fes cristianos y á los cronistas españoles les sucede lo mismo cuando hablan de gobernadores ó generales musulmanes.

(1) «De su sultan,» dice el texto.

entre ellos, segun las convenciones fijadas de antemano. Cada caballero á quien tocaba una casa, recibia además todo lo que habia dentro, mugeres, niños y dinero y podia hacer del dueño cuanto se le antojase: se apoderaba tambien de cuanto este le enseñaba, obligándole con torturas de toda especie á no ocultarle cosa alguna. A veces los musulmanes morian en el martirio, lo que era realmente una dicha para ellos, por que el que sobrevivia tenia que experimentar dolores mucho mas graves aun, pues los infieles, por un refinamiento de crueldad, se complacian en violar las hijas y mugeres de sus prisioneros ante sus mismos ojos. Los desdichados, se veian obligados á presenciarse, cargados de cadenas estas escenas horribles, vertiendo abundantes lágrimas y sintiendo despedazarse su corazon. La suerte de las mugeres empleadas en los trabajos domésticos, no era mejor, pues los caballeros, cuando no las querian, las abandonaban á sus pajes y criados para que estos dispusieran de ellas á su albedrio. Imposible es referir todo lo que los infieles hicieron en Barbastro. Tres dias despues de la toma de la ciudad, fueron á cercar á los que se encontraban en la parte mas elevada de la ciudadela, quienes casi desconocidos por la sed, se rindieron des-

pues de haber obtenido el aman, siendo en efecto perdonados por los infieles; pero cuando abandonaron á Barbastro para dirigirse á Monzon, la ciudad mas próxima de las que estaban en poder de los musulmanes, se encontraron con caballeros cristianos, que no habiendo asistido al sitio é ignorantes de que estos desdichados estaban en libertad, los degollaron á todos, á escepcion de algunos que en número muy reducido consiguieron escaparse por la huida. Deplorable fué en verdad el fin de esta tropa; Dios lo habia querido así!

«Cuando el rey de los Rumies se decidió á abandonar á Barbastro, y volverse á su país, eligió entre las jóvenes musulmanas, las casadas que se distinguian por su belleza las doncellas y los muchachos mas graciosos, muchos miles de personas que llevó consigo para regalarlos á su soberano, dejando en Barbastro una guarnicion de mil quinientos caballeros y dos mil peones.

«Antes de concluir este relato sobre el que deben meditar mucho los hombres de juicio, contaré una historia singular, ligada con él, que dará idea de lo que hemos creído deber omitir, y á los hombres inteligentes una nocion precisa de las desgracias que tambien nosotros debemos temer. He aquí

lo que me ha escrito uno de mis correspondientes de la frontera. Despues de la toma de Barbastro, un mercader judio vino á esta ciudad desgraciada para rescatar del cautiverio á las hijas de un sugeto importante que escapó del degüello. Sabiase que estas damas habian tocado en el reparto a un conde de la guarnicion; he aquí ahora lo que el judío me ha contado: «Llegado á Barbastro hice que me indicasen el domicilio de este conde y me dirigí á él; me hice anunciar y lo encontré vestido con los mas preciosos trages del antiguo dueño de la casa y sentado en el sofá que aquel ocupaba de ordinario. El sofá y toda la habitacion se hallaba aun en el mismo estado en que quedó el dia en que su dueño se vió precisado á abandonarla. Nada habia cambiado ni en los muebles ni en el decorado; alrededor del conde y sirviéndole habia muchas lindas muchachas con el cabello levantado. Saludándome el conde me preguntó el motivo de mi visita: le informé de él y le dije que estaba autorizado para pagar una gruesa suma por el rescate de algunas de las jóvenes que allí se encontraban. Entonces se sonrió y me dijo en su lengua: —Si vienes á eso vete en seguida: no quiero vender á ninguna de las que están aqui; pe-

ro te haré ver las prisioneras que tengo en mi castillo y te enseñaré cuanto quieras.— No es mi ánimo, le respondi, entrar en vuestro castillo; me encuentro aquí perfectamente y sé que, gracias á vuestra benévola proteccion, nada tengo que temer. Decidme cuanto quereis por algunas de las que están aquí; vereis que no escatimo el precio.—¿Qué tienes que ofrecerme?—Oro muy puro y telas preciosas y raras.—Me hablas de esas cosas como si yo no las tuviera.— Luego dirigiéndose á una de las criadas de que hablé,—Madja, dijo, (queria decir Bahdja, pero como era extranjero, estropeaba este nombre de esa manera) enséñale á este pícaro judío algo de lo que se encuentra en ese cofre. La muchacha obedeciendo sacó del cofre talegos llenos de oro y de plata y una multitud de estuches y los colocó delante del cristiano, y eran en tanto número, que casi lo ocultaban á mi vista.—Acerca ahora uno de esos fardos,—añadió el conde, y la muchacha trajo tantas piezas de seda, de filadif y de brocados preciosos, que me quedé deslumbrado y estupefacto. Conoci bien que lo que yo tenia que ofrecer era nada en comparacion con aquellas riquezas.—Tengo tantas cosas de esas, dijo entonces el conde, que no me cuido de ellas; pero

aunque no las tuviese, y quisieran darme todo eso en cambio de mi querida, que es la que ves, no la cederia, te lo juro, porque es la hija del antiguo dueño de esta casa, hombre muy considerado entre los suyos; por esta razon la he hecho mi manceba, sin contar además que es de peregrina hermosura y que espero que me dará hijos. Sus antepasados hicieron lo mismo con nuestras mugeres, cuando eran los dueños; la suerte ha cambiado y ahora nos toca á nosotros tomar la revancha. —Luego indicando á otra jóven algo más alejada, continuó: —Ves esa muger cuya belleza quita el sentido? pues bien, era la cantadora de su padre, un libertino que, cuando se embriagaba, gustaba de escuchar sus cantares. —Luego, llamando á la muchacha, la dijo chapurreando el árabe: (1)—Toma tu laud y cántale á nuestro huésped alguna de tus canciones.—Ella tomó entónces su laud y se sentó para templararlo, y yo veia rodar lágrimas por sus mejillas y que el cristiano las enjugaba furtivamente. Enseguida se puso á cantar versos que yo no comprendí (2), y que, por consi-

(1) El conde no hablaba árabe sino cuando se dirigia á las jóvenes: con el judio hablaba en francés.

(2) Este pasage, que ya citamos más arriba, prueba, á nuestro parecer lo que hemos dicho, á saber: que ordi-

guiente, el cristiano comprendía ménos aún; pero lo que me causó más estrañeza fué que éste no dejaba de beber mientras ella cantaba, y que manifestaba una gran alegría como si comprendiese las palabras del aire que lo muchacha entonaba.

«Cuando acabó me levanté para irme persuadido de que no conseguiria mi objeto. Iba, pues, á ocuparme de mis negocios de comercio, pero mi asombro no conoció límites, cuando ví el inmenso número de mugeres y la enorme cantidad de riquezas que estaban en manos de esas gentes.

Ibn-Hayyan refiere más adelante la recuperacion de Barbastro por Moctadir de Zaragoza, á quien su aliado Motadhid de Sevilla envió un refuerzo de quinientos caballeros. El combate fué encarnizado por ámbas partes; pero habiendo perdido los cristianos cerca de mil caballeros y cinco mil peones (de lo que puede deducirse que la guarnicion normanda de Barbastro habia sido reforzada por los españoles) los musulmanes quedaron por dueños, no siendo más humanos que fueron los normandos; pues escepto los niños y algunos gefes que

nariamente los extrangeros, aunque hayan permanecido mucho tiempo entre los árabes, no comprenden la poesia de este pueblo.

se rescataron, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron en la plaza. La noticia de este acontecimiento, de que los musulmanes se alegraron mucho, llegó á Córdoba uno de los primeros dias del mes de Mayo del año 1065. (1)

El sitio y la toma de Barbastro por los normandos causó en Córdoba, como vimos, inmensa sensacion, no solo por ser Barbastro una fortaleza de gran importancia, sino por ser los sitiadores de una nacion mucho más implacable que la española. Esta conquista, con la que los normandos adquirieron riquezas fabulosas, debió encontrar mucho eco en Francia, pues aunque sus crónicas no hablan de ella la poesía ha conservado su recuerdo. *Barbastre* es el grito de guerra de un caballero francés (2) en la *batalla de Aleschans*, rama del Romance de Guillermo el de la Nariz cortada. *Li siéges de Barbastre* es el título de un romance caballeresco, que existe en la Biblioteca imperial, romance que es la sexta rama del de Aimeri de Narbona, primera rama á su vez del ya citado

(1) En 1101 Barbastro fuè recobrado por Pedro de Aragon y desde entónces esta ciudad ha estado siempre en poder de los cristianos.

(2) Vs. 5404, ed Jonkbioet «(Guillaume d'Orange, chansons de geste de los siglos XI y XII.)»

de Guillermo el de la Nariz cortada, cuyo autor, en cuanto puede juzgarse por un breve análisis de su obra (1) ha tratado la historia con exajerada libertad. Por este motivo en vez de estudiar su trabajo preferimos llamar la atencion de nuestros lectores sobre el gefe de los normandos, á quien Ibn-Hayyan dá el titulo de general en gefe de la caballería romana,» y el cual era, segun procuraremos demostrar, uno de los héroes más renombrados de la poesía francesa de la Edad Media, Guillermo el de la Nariz cortada.

Por este nombre confundieron los trovadores á una multitud de héroes del mismo y aun de diferente nombre, entre los cuales era el más antiguo y principal el conde ó duque de Tolosa ó Aquitania, contemporáneo de Carlo Magno, que se distinguió por su firmeza y valor cuando los sarracenos de España invadieron el mediodía de Francia.

Mi excelente amigo Mr. Jonkbloet, en la erudita introduccion que hizo á su preciosa edicion de una parte del Romance de Guillermo, trata muy por estenso de este personaje y de otros muchos que los poe-

(1) En «l'Historie litteraire de la France,» t. XX, página 706-709.

mas han confundido con él, pero prestando poca atención al elemento normando, no obstante que éste forma uno de sus rasgos más distintivos, como digimos en otra parte (1), no ha conseguido encontrar en la historia el verdadero Guillermo, el de la Nariz cortada, el cual era normando y vivió en el siglo XI.

Notemos primero con Mr. Jonkbloet que no hay equivalente provenzal para el apellido *au cort nés* y que en el gran poema provenzal sobre la guerra contra los Albigenses la forma que pertenece al Norte de Francia se ha conservado donde el poeta dice;

*Senhors, remembre vos Guilhelme al cort nés,
Co ab seti d'Aurencia sufrit tan disturbiers.*

Guillermo el de la Nariz cortada, era pues un héroe del Norte de Francia. Veamos si nos es posible encontrarlo en la historia.

El mismo romance facilita nuestra indagaciones. Una de sus ramas, la titulada «*Le Couronnement de Louis*» enteramente de origen normando, á nuestro juicio, nos dice el punto donde Guillermo acostumbraba resi-

(1) En un artículo sobre la publicación de Mr. Jonkbloet que ha aparecido en la revista holandesa titulada de «Gids» (le Guide) año de 1844, t. I, p. 776-826.

dir. Explicado el origen del apellido del conde, el trovador añade, que Luis, despues de coronarse en Roma, volvió á «*Mosterel sor mer*», en donde ya esperaba vivir tranquilo. Este lugar, citado por el cronista Benito de S. Mauro de muchas maneras (*Mosterol, Mosteroel, etc.*) y llamado *Monastericolum* en latin; es por lo tanto Montreuil sur Mer, ciudad del departamento del Paso de Calais. El conde de Montreuil (mejor dicho de Ponthieu,) era propiamente un féudo que provenia de la casa de Capeto; pero cuando Araul de Flandes lo arrebató al conde Herluin, hacia el año 943, este, que habia implorado inutilmente el auxilio de su soberano Luis el Grande, se colocó bajo la proteccion del duque de Normandia, Guillermo, el de la Larga espada, merced al qual, fué vuelto á poner en posesion de su condado que, á partir de esta época, se consideró como un féudo procedente de Normandia (1).

Segun el poema, Guillermo residia en Montreuil, era conde de dicha localidad y en su consecuencia vasallo del duque de Normandia; así lo indica él mismo en el romance, pues cuando el duque Ricardo

(1) Véase los autores que cita Fr. Michel notas sobre Benoit t. I p. 483, 484.

quiere colocar á su propio hijo en el trono de Francia, grita lleno de indignacion (1).

Ge te deffi, Richar, toi et ta terre!

En ton servise ne vueill ore plus estre!

Este Guillermo de Montreuil, (que así conviene llamarlo,) estuvo al servicio del papa, segun el poema, conforme con la historia en este punto. El italiano Leon, obispo de Ostia, lo cita entre los normandos que combatieron en Italia. Orderico Vital trae tambien noticias muy detalladas de él y de su familia, haciéndonos saber que llegó casi en la misma época que los hijos de Tancredo de Hauteville y que, entrado al servicio del papa y hecho general en gefe (2) de las tropas romanas, sometió como tal al dominio de aquel la Campania que se habia sublevado. Tambien cita Orderico dos de los papas bajo quienes sirvió Guillermo, á saber: Nicolás II y (1058-1061) y Alejandro II (1061-1075) y como este ocupaba la sede pontificia en la época de la toma de Barbastro creemos poder afirmar que el gefe á quien Ibn-Hayyan dá el título de «general en gefe de la

(2) Li Coronemens Loys, vs. 1594.

(1) «Romani exercitus Princeps militæ factus, vexillum Sancti Petri gestaus.»

caballería de Roma, era Guillermo el de la Nariz cortada, conde de Montreuil.

Y no nos se objete que Orderico no menciona el apodo de Guillermo, circunstancia nada estraña, pues ni los historiadores graves citan tales apodos, ni era natural que el monje de S. Evrul, lleno de respeto hacia Guillermo que como todo los miembros de su familia, habia colmado de beneficios á su cláustro, fuese á llevar su desagradecimiento al punto de aplicar á su protector el ridículo apodo con que era conocido en los romances, apodo verdaderamente infamante, pues en aquella época se consideraba una deshonra tener cortada la nariz, bien fuese á consecuencia de condena judicial, bien de un combate. (1)

Si, pues, nuestro raciocinio es exacto como creemos, el relato de Ibn-Hayyan es de inmenso valor para Francia; y, merced á él y á los pasages de Orderico, desatendidos hasta aqui, poseemos ya datos fidedignos de un héroe cuyas expediciones han sido tan celebradas por los trovadores, y cuya misma existencia andaba aun puesta en tela de juicio.

Otra expedicion normanda será ahora objeto de nuestro estudio. Acaso haya quien

(1) Véase Jonckboet, t. II, p. 112, 113.

imagine que los normandos, ocupados con sus expediciones á Italia, la conquista de Inglaterra, dos años despues de la toma de Barbastro, y por último, con las cruzadas en que tomaron tanta participacion, no tendrían tiempo para ir á guerrear con los moros de España; mas no fué así, y á principio del siglo XII los encontramos en la península, y á uno de ellos fundando un principado en Cataluña.

Hallábase entónces Yusuf el Almoravid en el apogeo de su poder, dueño de los tronos de casi todos los reyezuelos andaluces podia arrojar contra la España cristiana en un momento dado todas las fuerzas de la Mauritania y de la España musulímica. Uníase á esto que los cristianos acababan de perder en el Cid, á uno de sus mas valientes defensores, que el general Mazdali asediaba á Valencia. Todo hacia presagiar que Jimena no podria sostenerse mucho tiempo en esta ciudad, y, si este baluarte de la España cristiana por el lado del Este caia en poder de los infieles, el condado de Barcelona y el reino de Aragon corrian gran peligro: mas aún, los Almoravides posesionados de Fraga, (1) estaban ya á sus puertas.

En tal estado de cosas, el rey de Aragon,

(1) Desde 1093. Cartás p. 101.

Alfonso el Batallador, buscó aliados y se dirigió á su primo hermano Rotrou, conde de Mortagne ó del Perche, (1) acabado de llegar á su patria de vuelta de la primera cruzada en que habia tomado parte con su soberano Roberto de Normandia. Como Alfonso prometia á todos los que viniesen á ayudarle un gran sueldo, y aun excelentes tierras á los que quisieran establecerse en su reino, Rotrou y otros muchos normandos se pusieron en marcha hacia Aragon. Allí combatieron denodadamente contra los sarracenos; pero los aragoneses llevando su ingratitud al estremo, pretendieron degollarlos con la aprobacion de su rey. Afortunadamente para los normandos no faló quien los informase del complot fraguado contra ellos, y engañados é irritados se volvieron á Francia. Los sarracenos se apresuraron á aprovecharse de su partida, y redujeron á Alfonso á tal estremo, que lo obligaron á su pesar á implorar de nuevo el socorro de su primo, á quien prometió reparar las ofensas que le habia hecho, jurándole dar tierras á cuantos las quisieren. Cediendo á sus ruegos, y olvidando generosamente sus

(1) La madre de Alfonso y la de Rotrou eran hermanas. Véase Marca Hispan. p. 455 y 456.

agravios, el conde de Perche trajo á Aragon un numeroso ejército, reclutado en Normandía y otras provincias de Francia. Esta vez los auxiliares encontraron en Aragon excelente acogida y prestaron tambien á los que les daban alojamiento grandes servicios: despues de arrojar al enemigo de las fronteras, que habia invadido, hicieron á su país teatro de la guerra.

Veinte años combatieron á los sarracenos, á juzgar por las fechas que se encuentran en Orderico Vital, el cual dá sobre estas expediciones, noticias muy confusas. Al cabo de este tiempo la mayor parte de ellos, tales como Rotrou del Perche, Silvestre de Saint-Karilef y Reinaud de Bailleul, se volvieron á Francia; algunos sin embargo se quedaron en España donde habian recibido tierras; siendo el mas notable de estos Roberto de Culei que llegó á ser príncipe de Tarragona y á quien se dió el sobrenombre de Bordet ó Burdet. (1)

En tiempo de la conquista musulmana en el siglo VIII, la ciudad de Tarragona quedó completamente arruinada y los esfuerzos hechos por el papa Urbano II, á quien el conde Berenguer la dió con todo

(1) Orderico Vital p. 890-891.

su territorio, fueron inútiles para sacarla de su decadencia. En vano le devolvió su antiguo rango de metrópoli; en vano confirmó los ventajosos privilegios que el conde había concedido á los futuros habitantes; en vano prometió á los que quisiesen reconstruirla y establecerse en ella las indulgencias solo concedidas de ordinario á los que iban en peregrinacion á Jerusalem, todo fué inútil; su sucesor, Pascual II, tuvo que declarar en 1108 inhabitable á Tarragona (1), y veinte años despues toda la ciudad y áun la catedral estában llenas de hayas frondosas y de encinas seculares (2). Los catalanes se acobardaron ante las dificultades de esta gran empresa y los enormes gastos que exigia; pero lo que ellos no hicieron, lo llevó á cabo el caballero normando Roberto Bordet. Por un acta firmada el 14 de Marzo del año 1128 (3) el arzobispo Oldegario, nacido en el mediodía de Francia, donó en féudo á Roberto y á sus descendientes el principado de Tarragona, recibido por él (salvo la soberanía de la Santa Sede) del condado de Bar-

(1) Véase «E. p. Sagr.» t. XXV, p. 142.

(2) Orderico Vital, p. 892.

(3) La edicion más correcta de esta acta es la que se encuentra en Villanueva. «Viaje Literario,» t. XIX, Apéndice núm. III.

celona; reservándose únicamente la jurisdicción eclesiástica y los diezmos. Roberto, por su parte, se comprometió á reedificar la ciudad y á defenderla; y, poniendo en seguida manos á la obra, arrancáronse los árboles, edificáronse casas en su lugar, y, para poner á la ciudad á salvo de un golpe de mano, construyéronse buenas murallas «compuestas de piedras de mármol blanco y negro, de tan singular belleza,» que segun se expresa un geógrafo árabe (1), escitaba la admiracion de los viajeros. Concluidos los primeros trabajos, Roberto fué á Roma para pedir al papa, de quien era entónces subvasallo, la ratificación de la donacion de Oldegario. Obtenido su deseo, se dirigió á Normandia para comprometer á alguno de sus amigos á establecerse en Tarragona, quedando durante su ausencia su jóven y bellísima esposa Sibila encargada de velar por la ciudad. En efecto, todas las noches se la veia armada de coraza con una varilla en la mano, recorrer las calles y las murallas, exhortando á los soldados á estar prevenidos contra los engaños ó los ataques súbitos del enemigo. «Grandes elogios merece, esclama el cronista á quien seguimos, esa jóven velando con tanta fide-

(1) Edrisi, t. II, p. 233.

dad y amor por los intereses de su esposo, y gobernando el pueblo de Dios con tanta piedad, asiduidad é inteligencia!»

En adelante, Roberto Bordet, príncipe ó conde de Tarragona (que de ambas maneras era llamado) se distinguió muchas veces en las guerras contra los sarracenos, y de este modo adquirió nuevos títulos al reconocimiento de los catalanes (1). Por desdicha la gratitud con los extrangeros era entónces una cosa muy rara en España, como demasiado tuvieron que experimentar Roberto y su familia.

Mientras Tarragona, áun en ruinas, situada en las fronteras de Cataluña, se hallaba continuamente expuesta á los ataques de los sarracenos, el conde de Barcelona y el arzobispo se apresuraron á aceptar los servicios del caballero francés; pero durante los veinte años que siguieron á la donacion de Oudegerio, las cosas cambiaron de aspecto y el conde, dueño ya de Lérida, Fraga y Tortosa, comenzó á maravillarse de que hubiese en sus estados un principado que sin depender de él, hubiese dejado de ser provincia fronteriza. Daba muchísima importancia á la posesion de este principado

(2) Orderico Vital, p. 892 y siguientes.

no solo por los recuerdos que evocaba el nombre de Tarragona, capital de la mayor de las tres provincias de España bajo la dominacion romana, sino porque él mismo contaba con hacerla capital de sus estados (1) en cuanto la obtuviese. Por su parte, el arzobispo, es decir, Bernardo Tord ó Torts, encargado de la diócesis en 1146, comprendiendo que su predecesor Oldegario habia partido de ligero al dar á un aventurero normando tan estenso y hermoso territorio, buscó un medio de anular esta donacion; pero como hombre prudente y hábil, procuró no violentar ni precipitar el asunto, y para ello comenzó por confirmar la referida donacion por un acta fechada el 9 de Febrero de 1148, (2) donde al par que se conservaban cuidadosamente las mismas espresiones del acta primitiva, se intercalaban frases que cambiaban por completo el contenido.

Oldegario, como dijimos, se reservó solo

(1) Tarragona, quæ caput totius regni mei fore dinoscitur... Quia civitas illa sicuti maior est dignitate omnibus regni mei civitatibus... (Carta de Alfonso de 1170. «Marca Hisp.,» Pruebas, núm. 453.)

(2) Impreso en Villanueva, t. XIX; Apéndice, núm. VIII. Algunos de los documentos que citamos segun Villanueva, se hallan tambien en la «Marca Hispanica.»

la jurisdicción eclesiástica y los diezmos, Bernardo, por el contrario, llamó á sí la quinta parte de todos los impuestos y de todas las multas; permitiendo á Roberto tener en la ciudad un horno y un molino, á condicion de tener él tambien los suyos.

Confesamos que nos cuesta algun trabajo esplicarnos porqué el príncipe Roberto cedió al arzobispo una gran parte de sus derechos; pero nos sorprende áun más que tres años más tarde, accediendo á las pretensiones del arzobispo, no enteramente infundadas, le diese todo su principado. El mismo Roberto no negaba que existia un acta firmada por él, su esposa y Guillermo, su hijo mayor, en la cual cedia su principado al arzobispo, quien, añadía, le habia engañado al hacerle suscribir el documento. (1) En punto á actas, la gente de iglesia, preciso es confesarlo, llevaba en aquel tiempo inmensas ventajas á los legos, pues éstos no se hallaban en estado de leer por sí los documentos á cuyo pié se les hacía poner una cruz; y áun cuando hubiesen podido hacerlo, tampoco los hubiesen comprendido, por estar redactados en una lengua muerta, desconocida para ellos.

(1) Acta judiciaria, *apud* Villanueva, núm. XXIII.

En el mismo mes en que se ventilaban ésta y otras importantes cuestiones ante la corte del conde de Barcelona, el arzobispo Bernardo, completamente resuelto á desembarazarse de los extrangeros, con el consentimiento del papa, de sus sufragáneos y de los canónigos, donó al conde, segun dicen, la ciudad de Tarragona y su territorio, haciendo muchas reservas en su propio interés (1). En cuanto al príncipe Roberto, su nombre no aparece en esta donacion, y solo se menciona donde el arzobispo dice que dona Tarragona al conde «*propter malorum hominum illam perturbantium inquietationem.*»

Tenia el arzobispo derecho de hacer esta donacion? Lo hubiera tenido, á no dudarle, si Roberto le hubiese cedido realmente su principado; mas éste negaba la cesion, y esta á decir verdad, no tiene trazas de verosímil. Si pues Roberto no habia hecho donacion de Tarragona al arzobispo, éste no podia disponer de ella en favor de un tercero. El caballero francés habia recibido Tarragona como féudo hereditario, y segun el derecho feudal, no po-

(1) Acta del mes de Agosto de 1151; en Villanueva, núm. XXII.

dia ser desposeido de ella sino á causa de felonía, de la cual el arzobispo no se atrevió á acusarle. Podemos decir, por tanto que la donacion de Bernardo era un documento de ningun valor; siendo lo más notable que el mismo conde jamás se atrevió á hacer uso de él, aunque su corte declaró por una sentencia la validez del acta en virtud de la cual Roberto cedia su principado al arzobispo.

Algun tiempo despues Roberto murió dejando tres hijos, Guillermo, su sucesor, á quien parece tenía confiado el gobierno durante sus últimos años (1), Roberto y Berenguer, los cuales por ser considerados extranjerios, como su padre, heredaron todos los inconvenientes de la posicion de aquél. El arzobispo, es cierto, juzgó prudente guardar silencio de allí en adelante acerca de la referida donacion; pero de concierto con el conde de Barcelona, pretendió que Roberto y su muger, (que cambió su nombre de Sibila en el de Inés) habian cedido al conde dos terceras partes del principado y que esta cesion se habia verificado en la iglesia de Santa María de Tarragona á presencia de él

(1) Esto es lo que me parece resultar del acta de 1154; (Villanueva núm. XXIII).

arzobispo, y de muchos testigos, á quienes nombró, añadiendo que Roberto é Inés habían dado, segun costumbre en aquel tiempo, una piedra en señal de recuerdo. Tambien esta vez, por extraño que parezca, pareció tener alguna razon el arzobispo, pues muchos personajes de elevada categoria aseguraron bajo su juramento que decia la verdad. Sin embargo, Inés y sus hijos negaron siempre esta donacion, y citados ante la córte del conde de Barcelona, no quisieron comparecer, recelosos probablemente de la imparcialidad de los jueces. (1)

Durante la tramitacion de este negocio murió el arzobispo Bernardo, en Junio de 1163, dejando por sucesor á Hugo de Cervelló, hombre ardiente y fogoso, que se indignaba de ver marchar el proceso con tanta lentitud. Por su parte, Alfonso, rey de Aragon y conde de Barcelona, que entró en posesion del condado en 1162, cansábase tambien de esperar. En su consecuencia, la córte del conde, oidas las partes y sentenciando sin ulterior recurso declaró buena y válida la cesion de las dos terceras partes del principado, hecha por Roberto y su esposa (2).

(1) Villanueva, números XVI y XXIV.

(2) Villanueva, núm. XXVIII.

Guillermo se sometió á esta sentencia, pero sus relaciones con el rey no mejoraron, como prueba una carta que éste le dirigió (1), diciendo entre otras cosas: «Yo y toda mi córte estamos muy asombrados de tu atrevimiento, y sobre todo de la manera como tratas todos los dias á los habitantes de Tarragona, que no pueden salir de la ciudad sin ser despojados y áun muertos por ti y los tuyos. Posées una tercera parte de Tarragona y arruinas á las otras dos: te ordeno que al recibir ésta repares en treinta dias todos los daños que has causado; si no daré toda la ciudad con tu castillo al arzobispo, con tanto más motivo, cuanto que ya te he mandado antes que pongas en su poder la ciudad y su territorio.... Si quieres obedecerme quedaré contento y te consideraré como un honrado y leal vasallo; pero si no á nadie podrás echar la culpa de lo que sobrevenga.»

Por último, Guillermo fu citado de nuevo, no se sabe por quien, ante la córte del conde de Tortosa, adonde acudió para no volver más.

El arzobispo, á la sazón en Tamarite, es-

(1) Marca Hisp., núm. 455; una parte de esta carta habia sido publicada ya por Pons de Ycart, «Grandezas de Tarragona» fól. 52.

taba furioso contra él: un día que dos sobrinos suyos vinieron á pedirle dinero, les dijo: «Ah! ¿creeis que voy á regalaros? mientras ese extranjero, ese Guillermo de Tarragona, mi enemigo mortal, esté vivo, nada os daré. ¿No habrá nadie que quiera vengarme de ese hombre?» Los dos jóvenes se estremecieron de horror al oír estas palabras, y resolviendo advertir en seguida á Guillermo del peligro que le amenazaba, ordenaron montar á caballo á uno de sus servidores, llamado Pedro de Figuerolas, y le dijeron: «Corre á rienda suelta hácia Vellalbin, saluda de nuestra parte al anciano Bernardo de Castellet y recoméndale que diga á Guillermo de Tarragona que esté alerta y viva prevenido, pues á no hacerlo puede darse por muerto; porque hemos oído á nuestro tío pronunciar palabras que presagian un acontecimiento funesto.» El mensajero se puso inmediatamente en marcha, pero mientras galopaba hácia Vellalbin, el arzobispo hizo jurar á otros sobrinos suyos, que matarian al rey, de quienes eran enemigos personales. Ellos cumplieron su juramento y asesinaron á Guillermo en Tortosa.

Este asesinato exasperó á la familia normanda sobre todo encarécimiento. Guillermo fué vengado, y el arzobispo expió con su pro-

pia vida la muerte de su victima (17 de Abril de 1171). El rumor público acusaba á Roberto de este asesinato; pero en una carta dirigida más tarde á Alfonso, por Berenguer, confesó éste que él era el asesino de Hugues de Cervelló (1). Para escapar á las persecuciones de la justicia, se refugió con toda su familia en la isla de Mayorca, que áun estaba en poder de los sarracenos. Muerto poco despues su hermano Roberto, dirigió una humildisima carta á Alfonso, suplicándole le enviase á Tarragona á su sobrino, llamado Guillermo, como su padre; pero sus ruegos fueron inútiles y áun cuando el mismo Alfonso hubiese querido acceder á esta pretension, el papa lo hubiese impedido indignado ya contra los normandos, que acababan de asesinar á Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery. Alejandro III pensaba que aquella raza impia se proponia matar á todos los arzobispos, y firmemente decidido á no perdonar tan abominables crímenes, dirigió á Alfonso y á al diócesano de Tarragona carta tras carta, amenazándoles con poner el condado en entredicho si nó eran castigados de una manera ejemplar el asesino, su madre,

(1) Carta de Berenguer. «Marca Hisp.» núm. 436: compárese el epitáfio de Hugues en Villanueva, p. 159.

á quien se acusaba de instigadora del crimen, y toda la familia (1); pero Alfonso no tenia necesidad de que lo estimulasen y estaba muy contento de haber encontrado un medio de desembarazarse de aquellos extranjeros á quienes detestaba. Así que hizo desterrar perpétuamente de sus estados y confiscarle los bienes á Berenguer, á su madre y á toda la familia (2). Más tarde, sin embargo, Guillermo II, llamado de Aguilon, título que llevó su padre, supo ganarse el favor de Pedro II, rey de Aragon y conde de Barcelona, á quien cedió todos sus derechos al condado de Tarragona, recibiendo de él en cambio, en 1206, la tercera parte de la ciudad de Wals y otros muchos señoríos, de este principado, como Picamoxon, Espinaversa, Pontegaudi, Riudoms y Monroig, poseidos ántes por Guillermo I. Su hijo, Guillermo III, tomó una gran parte en la conquista de Valencia, y recibió en recompensa de sus servicios, grandes dominios en el país valenciano. Sus descendientes, los Aguilon, barones de Pétrès, se distinguieron por su valor, no solo en España, sino tambien en las dos Sicilias, en

(1) Cartas del papa, «Marca Hisp.,» números 457, 458, 459, 460; Villanueva, núm. XXIX.

(2) Epitáfio de Hugues.

Alemania, en Hungría, en Gueldre, en Francia, en los estados berberiscos, y por último, en casi todas las partes donde la casa de Apsburgo llevó sus armas, tan frecuentemente victoriosas. (1)

Todo induce á creer que los normandos hicieron otras muchas expediciones á la península, especialmente en la primera mitad del siglo XI; pues las crónicas latinas, escritas en España en esa época, son estremadamente descarnadas, y los analistas normandos no hablan casi nunca de las expediciones lejanas no relacionadas directamente con la historia de su país.

*Car qu'il firent n'ou il alèrent
Ne saveir où il s'arestèrent
N'ai à dire, kar n' afiert mie
Al estoire de Normandie,*

dice en alguna parte Benito de S. Maur. Por eso sin las crónicas italianas casi nada sabríamos de las conquistas que los normandos hicieron en Italia. Unase á esto que en lo concerniente á la época en que sus expediciones á España deben ser mas frecuentes, solo tenemos, á decir verdad, una sola crónica normanda muy breve y muy

(1) Escolano, «Historia de Valencia, p. 534-543.»

incompleta por cierto, la de Guillermo de Jumiéges.

Si nos es lícito suponer que los normandos hicieron frecuentes expediciones á España, creemos que estas circunstancias sirven para resolver un problema singular de la literatura francesa. En ella las canciones de gesta del ciclo Carlovingio versan casi todas sobre las guerras contra los sarracenos de España, es decir, sobre una materia que, á lo que parece, era solo de interés secundario para los franceses del Norte. En nuestra opinion, los normandos crearon las canciones como crearon tambien el espíritu caballeresco y la poesía romántica; pues así como los francos y los galos romanizados no era una nacion poética, la Normandía lo era, y para convenirse de ello, basta ojear sus crónicas donde es muy fácil reconocer el espíritu de los sagas; sabido es tambien que los reyes y gefes del Norte gustaban de rodearse de poetas y que Rollon y sus sucesores, los *iarls* de Rouen, como los llama un autor islandés, conservaron este uso. Tambien fué en Normandia donde tuvo su nacimiento (1) la

(1) Puede consultarse sobre esta materia una interesante memoria de M. Gisle Brynjulfsson: *De l'ancien roman francais et de l'influence exercée sur son développement par les Normands*, en las *Memories de la Societe royale des antiquaires du Nord*, años 1845-49, p. 358 y siguientes.

poesía romántica, llena de reminiscencias escandinávicas y con el sello de esa afición á la vida aventurera y errante, inseparable, siempre del carácter normando; en Normandía fueron compuestas las canciones de gesta mas notables, tales como la de Rolando, las mejores ramas del Guillermo el de la Nariz cortada; allí era por último donde debian interesarse mas que en ninguna otra provincia del Norte por las campañas contra los moros de la península ibérica.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA A. (P. 324).

Con el objeto de que nuestros lectores puedan comparar la traducción del texto de Ben-Adhari sobre la entrada de los Madjus en Sevilla, hecho por el señor Dozy, con la que del mismo texto hizo el entendido arabista español, Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, en su libro *Historia de Al-Andalus*, por Ben-Adhari de Marruecos, Granada 1862, p. 177-78, nos hemos decidido á poner ésta en el apéndice, y en el texto, página 324 á 327, la del Sr. Dozy, indicando ahora las ligeras variantes que existen entre ambas con letra cursiva ó una pequeña nota al pié.

ENTRADA DE AL-MAGOS EN IXBILIA AÑO 230

Habian salido al-magos *en cerca de ochenta* (1) embar-

(1) Por una equivocacion, yerro ó descuido de que no nos damos cuenta hemos traducido *unos cien barcos*, en vez de *cerca de ochenta*, que es como dice el texto francés, completamente igual en este punto al texto español del Sr. Don Francisco Fernandez y Gonzalez. Hacemos esta aclaracion para que no se vean diferencias donde realmente no existen. Ni se achaque á los reputados orientalistas un descuido nuestro.

caciones que así llenaban la mar de aves de *color blanco* (1) como llenaban los corazones de angustias y quebranto,» y habiendo arribado á Ixbona se dirigieron despues á Cádiz y á Xidhona, avanzando en fin á Ixbilia donde hicieron alto «y desembarcaron» hasta que la entraron por fuerza permaneciendo en ella siete dias, y con muerte y esclavitud aniquilaron la gente de ella;» bebieron con ellos la copa de la muerte las gentes de Ixbilia, y llegando la noticia al emir Abdurrahman, dió el mando de la caballería á Isa-ben-Said Al-Hagib (2); y partieron con la caballería Abdul'ah-ben-Coleib y Aben Guasim y otros, acampó con los Xarifes, y escribió á los gobernadores de la cora *para que huyese la gente*, (3) y fueron á

(1) El Sr Dozy trae *«vaiseaux d'un rouge foncé* (Recherches t. II, edic. de 1860 p. 279) frase que hemos traducido (véase la p. 324 de este tomo) *pájaros de color de sangre* creyendo que en ella se aludia á la ferocidad de los normandos; el señor Fernandez y Gonzalez parece referirse á las velas de los barcos que son blancas. Como no tenemos á nuestra disposicion el texto árabe no podemos esplicar como desearamos la causa de esta variante, hija al parecer de una diferencia de interpretacion de sentido.

(2) Aquí hay un parrafito en el Sr. Dozy que no encontramos en la traduccion del Sr. Fernandez y Gonzalez y que dice así: Les musulmans l'empresserent d'accourir sous les drapeaux de ce general y de se reunir á lui aussi etroitement que la paupiere est reuie a'l'œil. Véase nuestra version p. 324 y 325 de este tomo.

(3) El Sr. Dozy no habla de que las órdenes dadas por el general en gefe á los gobernadores fuesen *para que huyese la gente* sino *para que llamasen á sus administrados á las armas*» il ecrivit aux armes, gouverneurs des districts pour leur ordonner d'appeler l'eur administres aux armes. Véase el citado tomo II de Recherches p. 279, 280 y la p. 325 de este tomo.

parar á Córdoba *huyendo* con ellos Nasr Al-Fati; y se reunieron á los Al-magos naves á las naves, y se pusieron á matar hombres y á cautivar mugeres y coger niños, y esto por espacio de trece dias. Refiérese de esto en el Behaget-en-nefs, aunque en el libro de las *Perlas de los Collares*, se dice que siete dias como se refirió anteriormente.

Despues de haber ocurrido entre ellos y los musulimes sangrientas batallas se dirigieron á Captil, donde permanecieron tres dias, y entraron á Cora á doce millas de Ixbilia, dando muerte á crecido número de musulimes; luego entraron á Talieta á dos millas de Sevilla é hicieron noche allí y aparecieron al rayar la aurora en un lugar llamado Al-Fagerin, despues caminaron en sus barcas y trabaron pelea con los musulimes, que fueron puestos en fuga, quedando muertos de ellos lo que no podria contarse, despues volvieron á sus barcas y se dirigieron enseguida á Xidhona y de allí á Cádiz, y estos despues que envió el emir Abdu-r-rashman á sus alcaides y procuró resistirlos, y le rechazaron y se emplearon máquinas de guerra contra ellos y se reunieron los auxilios de Córdoba contra ellos, y tuvieron que huir los Magos y murieron de ellos cerca de quinientos infieles, y les fueron apresadas cuatro naves, y mandó Aben-Guasim quemarlas y vender lo que contenian de botin. Despues tuvo lugar contra ellos una batalla en la alquería de Talieta, dia martes á cinco por andar de Safar de aquel año, en que murieron crecido número de hombres de su parte, siendo quemadas de sus naves treinta y colgados en Ixbilia crecido número de Al-Magos, pues se les colgó en troncos de palmeras *que habia en aquella ciudad*; (1) con

(1) El Sr. Dozy loc. cit. p. 281, dice: d'autres furent pendus á Seville, d'autres encore le furent aux palmiers qui se tronvent á Talyáta.

esto se embarcaron los demás en sus naves y caminaron para Yebla, de donde partieron despues para Al-Isbona, quedando suspendida la noticia de ellos. Fué su desembarco en Sevilla, dia miércoles á catorce noches andadas de Almuharram del año 250, y trascurrieron desde su entrada, cuarenta y dos dias, y fué muerto su amir y les dió muerte Dios, y los precipitó en el abismo y fué dispersada su muchedumbre y número crecido en vindicta de Al-lah y en castigo y en remuneracion por lo que ganaron y en suplicio» y cuando mató Dios á su amir é hizo desaparecer su número, y hubo victorias sobre ellos, escribió el amir Abd-ru-rahman á quien habia en Tanja de Sanagies, haciéndoles saber lo que hiciera Dios con los Magos, y lo que descendió sobre ellos de venganza y destruccion y le envió la cabeza de su amir y doscientas de sus varones esforzados.

NOTA B. (PAG. 380.)

SOBRE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES.

El Sr. Dozy trae este erudito y curioso apéndice acerca de las columnas de Hércules, de que no queremos privar á nuestros lectores:

«Los detalles suministrados por los geógrafos arábigos acerca de las columnas de Hércules, puede servir para corregir y explicar el pasaje de Isidoro de Beja (c. 36) que trata de la llegada de Muza á España, dice así en la edicion de Florez:

«Dum per supranominatos missos (1) Hispania vastaretur, et nimium non solum hostili, verumetiam in-

1) Los berberiscos bajo Taric. 2) Suprimimos

testino furore confligeretur, Muza et ipse ut miserri-
mam adiens gentem per Gaditanum fretum columnas
Herculis pertendentes, et quasi fumi (variante: *tomi*) in-
dicio portus aditum demonstrantes, vel claves in manu
transitum Hispaniæ præ sagantes, vel reserantes, iam
olim male directam, et omnino impie adgressam per-
ditans penetrat. •

Para restablecer el sentido y la rima, leemos de esta
manera:

«Dum per supranominatos missos Hispanie vastaretur,
et nimium, non solum hostili, verumetiam intestino
furore confligeretur,

Muza et ipse, *miserrimas* adiens *gentes*,
per columnas Herculis (2), *brachium* (3) protendentes,
et quasi *tumi* (4) indicio portus aditum demonstrantes,
vel *clave* in manu transitum Hispaniæ præ sagantes, (5)
vel reserantes,

las palabras *Gaditanum fretum* que son una glosa y en-
redan el sentido de la oracion. 3) Esta palabra es
necesaria para comprender el sentido. «*Brachia in mare
protendens*» se halla en Ovidio (Metam. XIV, vs. 190.)
La leccion *protendentes* única buena, se encuentra en
una edicion más antigua de Isidoro. 4) Segun el
geógrafo citado por el Sr. Gayangos, la estatua tenia
los dedos cerrados, á escepcion de uno solo que estaba
en posicion horizontal. Es por tanto evidente que el
vocablo usado aqui por Isidoro debe significar un dedo.
En efecto, creemos reconocer en ella la palabra gó-
tica *thuma*, *pulgar*, este vocablo es cierto no se halla
en Ulfilas, traductor que no habla en ninguna parte de
pulgar, pero por analogia *pulgar* seria *thuma* en el idioma
gótico; pues el anglo-sajon y el antiguo frison tienen
realmente esta forma. Además este vocablo (*tumme* en
sueco) existe aún en todas las lenguas germánicas.

5) En la baja latinidad decíase *præ sagare* en vez de
præ sagire. Véase Ducange.

iam olim male direptam,
et omnino impie adgressam,
perditans penetrat. »

Hé aqui ahora el sentido de este pasage: «Muza vino á España pasando cerca de las columnas de Hércules; la estatua que estaba encima de estas columnas tenia «el brazo estendido» parecia indicar con el pulgar la entrada del puerto de (Cadix); la llave que tenia en la mano parecia pronosticar que el enemigo entraria en España ó estar abriendo la puerta de este país.»

En Isidoro se vé que la estatua tenia una llave en la mano y que la mayoría de los escritores árabes afirman lo mismo; sin embargo, el geógrafo citado por el Sr. Gayangos dice formalmente: «En la mano derecha tenia un baston. Algunos autores sostienen que era una llave, pero están en un error. Muchas veces hemos visto la estatuas nunca pudimos descubrir más que un baston en el objeto de que se trata; además personas enteramente fidedignas que vieron la estatua en el suelo me han asegurado que era un baston corto de cerca de doce palmos, con dientes en el extremo como una almohaza. Los Pséudo Turpin tampoco hablan de una llave (*clavis*), sino de un baston, *clava*. El pasage de Cazwini, citado en el texto, prueba que estos autores tienen razon, no obstante que los otros tampoco están equivocados. Cazwini dice que en el año 400 de la Hegira, (1009 ó 1010 de nuestra Era) se cayó la llave que la estatua tenia y fué llevada al señor de Céuta, se pesó y pesaba tres libras. Es cierto, por tanto, que la estatua tuvo una llave en la mano hasta el año 1009, y que cuando se cayó fué reemplazada por un baston; circunstancia que puede servir tambien para fijar la época en que escribió el Pséudo Turpin, el cual, puesto que sólo conoció el baston, debió escribir mucho

despues del año 1010. Efectivamente, multitud de razones, que fuera prolijo enumerar, me inducen á creer que este autor no escribió á principios del siglo XI, como ordinariamente se ha pensado, sino hácia el 1100.

El almirante Ali-Ibn-Isâ-Ibn-Maimun, que se sublevó en Cádiz, hizo destruir las columnas de Hércules en el año 1145, y habiendo oido decir á los gaditanos que la estatua era de oro puro (tal era lá opinion general en la Europa cristiana, como puede verse en el Pséudo Turpin) mandó bajarla al suelo. Pero cumplida su orden sufrió un gran desengaño, pues era de bronce, con sólo una ligera capa de oro. Así y todo el oro valia doce mil dinares.

El lector perdonará que nos hayamos detenido tanto en las columnas de Hércules, si considera que los datos recogidos sirven para esplicar un pasaje de Isidoro y el relato de una saga islandesa. Además nadie se habia ocupado aún de identificar la torre de que tratan los geógrafos árabes con las columnas de Hércules y reinaba aún mucha confusion acerca de este punto. El Sr. Reinaud, v, 9, ha escrito (Geografia de Abulfeda, t. II, p. 269): «En los alrededores de Cádiz sobre un montecillo existia un templo consagrado á Hércules ó al ménos á la divinidad fenicia correspondiente á aquel Dios. Una estatua colosal atraia desde léjos las miradas etc. El Sr. Reinaud ha confundido aqui las columnas de Hércules que estaban en el mar y no en una colina (rasaja fi al maan) *sólidamente construidas en el agua* dice Ibn-Tyes) ó al ménos en la playa (*in maris margine*, Pséudo Turpin) con el templo de Hércules, tampoco situado en un montecillo, sino en la isleta llamada Heracleum en otro tiempo y hoy Sancti Petri. La estatua de encima de las columnas nada tiene de comun con el templo de

Hércules y la imagen no es, seguramente, ni la de este dios ni la de ningún otro dios, pues el rasgo característico del culto del Hércules fenicio en Cádiz era, precisamente, la ausencia de toda estatua, como decía Lilio Italico:

Sed nulla effigies simulacrave note Deorum.

Puede consultarse con fruto sobre esta materia la obra publicada en 1610 por Suarez de Salazar con el título *Grandezas y antigüedades de la isla y ciudad de Cádiz*. Libro aunque antiguo, hecho con esmero.

Por último, en muchos lugares se encuentran torres semejantes. En España había una, cerca de Tarragona y otra cerca de la Coruña (*Torre de Hércules*), que parecen construidas por los fenicios y tenían por objeto, según la opinión muy plausible de los geógrafos árabes, servir de guía á los barcos que se aproximaban á las costas.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo del traductor.	V
El Cid segun los documentos modernos.	I.
Introduccion.	id.
Primera parte.—Las Fuentes.	7.
Segunda parte.—El Cid de la Poesia.. . . .	124.
Extractos del Siradj-al-moluc.	292.
I. Un campeador en el Egercito de Alman- zor.	295.
II. Un faquí tolerante.	297.
III. Conversacion de Mostain de Zaragoza con un hermitaño del mediodia de Francia.	300.
IV. Ramiro I. de Aragon.	303.
V. Batalla de Alcoraz.	368.
VI. Un escobar musulman.	312.
Los normandos en España.	314.
I. Invasion de 844.	317.
II. Invasiones de 858-861.	336.

III. Invasiones de 969-971.	349.
IV. Expedición de San Olao.	366.
V. Expedición de Ulf,	584.
VI. Los últimos vikingues.	586.
VII. Expediciones de los normandos de Francia.	409.
Notas del traductor.	453.

FIN DEL INDICÉ

DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

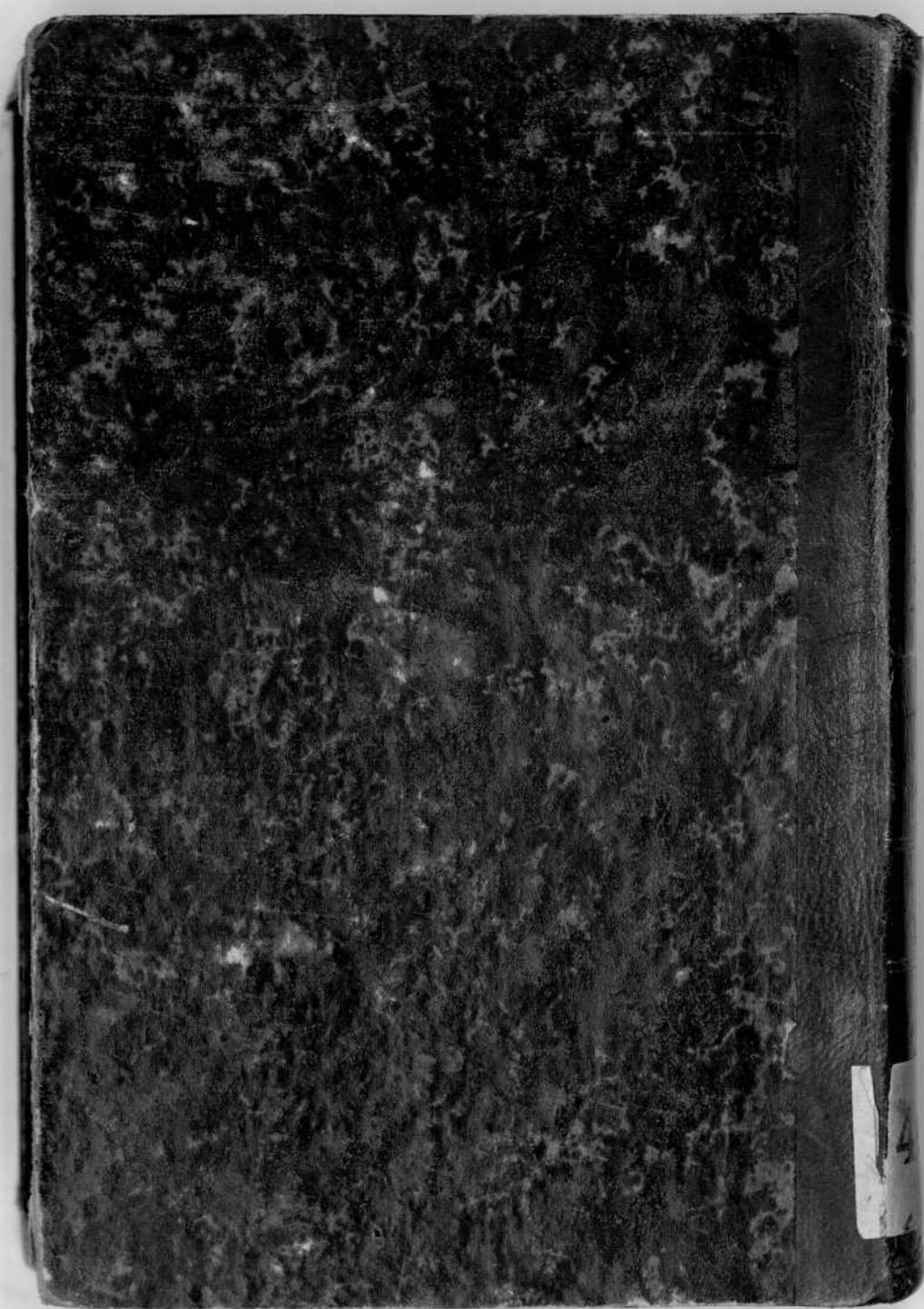
1877
1878
1879
1880
1881
1882

Las relaciones de las naciones de América
con el mundo exterior
en el siglo XIX
por el Sr. D. Juan de los Rios
y el Sr. D. Juan de los Rios

Las relaciones y el mundo
en el siglo XIX







DOZY.

INVESTINES
ACERCA
DE LA
HISTORIA
DE ESPAÑA

2

222